CARA AL VIENTO COMO UN LEÓN

(PLEITESIARIO MARECHALIANO)

DANIEL BARROSO

Imaginante
editorial

CARA AL VIENTO COMO UN LEÓN

(Pleitesiario marechaliano)

Daniel Barroso

CARA AL VIENTO
COMO UN LEÓN

(Pleitesiario marechaliano)

Daniel Barroso

Prólogo: Flavio Crescenzi



Colección Corrélavoz



Imaginante
editorial

CARA AL VIENTO COMO UN LEÓN

(Pleitesiario marechaliano)

Daniel Barroso

Editor: Oscar Fortuna.

danielbuenosayres54@gmail.com
www.facebook.com/danielbuenosayre
s www.danielbarroso.com.ar

www.editorialimaginante.com.ar
www.facebook.com/editorialimaginante

«¿Saben ustedes que, durante una tormenta, el león da la cara al viento para que su pelambre no se desordene? Yo hago lo mismo: doy la cara a todos los problemas: es la mejor manera de permanecer peinado».

Leopoldo Marechal

Prólogo

A poeta depuesto, poeta puesto

> *Ciertamente [...], yo venía registrando en mí, desde 1948 en que apareció mi* Adán Buenosayres, *los efectos de tal exclusión, operada, según la triste característica de nuestros medios intelectuales, con el recurso fácil de los silencios y los olvidos prefabricados [...]. Y su confirmación de lo que yo había experimentado en carne propia me llevó a estas dos conclusiones: 1.º, la «barbarie» que Sarmiento denunciara en las clases populares de su época se había trasladado paradójicamente a la clase intelectual de hoy, ya que solo bárbaros (¡oh, muy lujosos!) podían excluir de su comunidad a un poeta que hasta entonces llamaban hermano, por el solo delito de haber seguido tres banderas que creyó y cree inalienables; y 2.º, desde 1955 no solo tuvo nuestro país un Gobernante Depuesto, sino también un Abogado depuesto, un Médico Depuesto, un Militar Depuesto, un Cura Depuesto y (tal mi caso) un Poeta Depuesto.*
>
> Leopoldo Marechal, *Cuadernos de navegación* (Seix Barral, 2008)

«Desconfío de los escritores que no empezaron haciendo versos»[1], dijo Abelardo Castillo en uno de sus últimos trabajos. El que humildemente garabatea estas palabras comparte ese recelo, y, para tranquilidad de todos los que, de una forma u otra, sospechan que detrás de una sentencia como la que acabo de citar yace una suerte de irrefutable «verdad literaria», les recuerdo que tanto el autor de la novela *Cara al viento como un león*, Daniel Barroso, como su célebre

[1] Abelardo Castillo, (2014). *Ser escritor*. Buenos Aires Seix Barral.

protagonista, Leopoldo Marechal, iniciaron su senda creativa escribiendo versos de alto vuelo. Barroso todavía lo hace; Marechal, por razones que tienen que ver con la finitud de la materia, ya no, pero ahí están *Días como flechas*, *Odas para el hombre y la mujer* o *El centauro* para inmortalizarlo de algún modo.

A Barroso y a Marechal también los une el peronismo, ese «hecho maldito de la política argentina»[2], y es justamente a partir de esa otra inmensa coincidencia que la novela puede leerse casi como un ajuste de cuentas, ajuste que, si bien encierra un homenaje, al mismo tiempo interpela a la historia y sus intencionales olvidos. Remitámonos, sin ir más lejos, a ese ingenioso y elocuente subtítulo: *Pleitesiario Marechaliano*. Sin duda, hay aquí una manifiesta toma de posición, la de iniciar un «pleito» reivindicatorio del «Poeta Depuesto», de modo que, tras evidenciar (aunque mejor sería decir *recordar*) las verdaderas causas de esa «deposición», el poeta vuelva a ocupar el lugar que se merece, tanto en nuestro siempre arbitrario canon literario como en nuestra, muchas veces falible, memoria colectiva.

Se me dirá que a Marechal ya se lo ha reivindicado lo suficiente, lo cual es probable (aunque me pregunto cuánto y cuándo es suficiente), pero nunca mediante una novela, y agrego, nunca mediante una novela en la que el «reivindicado» en cuestión fuera a su vez protagonista.

Pero ¿es *Cara al viento como un león* realmente una novela? No lo es en un sentido clásico o, si prefieren, decimonónico. Sí lo es en un sentido moderno o «vanguardista», que, por cierto, es el que el mismo Marechal le daba a su propia producción novelística. Así, el mecanismo narrativo elegido por Barroso se inscribe en una tradición que tiene al mismo Marechal como pionero, tradición que en nuestro país se inicia con *Adán Buenosayres* y que sigue luego con *Rayuela*. Me refiero a la novela entendida como desmesura, como desborde, como vehículo para describir todas las instancias de la naturaleza humana; novela en la que el humor no está reñido con la reflexión literaria, estética o política, y en la que el libre ejercicio escriturario va ocultando o disolviendo la acción en beneficio de planteamientos más cercanos a lo lírico y lo ensayístico.

---

[2] , John William Cooke (1971). *Peronismo y revolución*, Buenos Aires, Granica.

El diálogo es, también, un recurso explotado pródigamente por Marechal —y, en consecuencia, por Barroso—; sin embargo, no hablo aquí del diálogo realista, propio de las llamadas *novelas de género* (denominadas así por sus respectivos géneros: policial, romance, terror, ciencia ficción, etc.), sino de un diálogo que se estructura desde una perspectiva platónica, es decir, como vehículo o medio de conocimiento, pero también como celebración de la posibilidad de lo «dialógico», posibilidad a todas luces encomiable si tenemos en cuenta que, por lo general, se da entre personajes que primero fueron elevados a la categoría de símbolo. Al respecto, supe escribir hace unos años lo siguiente:

> …la «conversación», entendida como una actividad concreta y nuclear, es un rasgo que conecta las novelas de Marechal con las de Arlt y Filloy. Otro rasgo bien podría ser el aspecto performático de esa «conversación». Pensemos que, en estas novelas, conversar y debatir son acciones que llaman menos la atención sobre el contenido de lo conversado o debatido que sobre la dimensión performática y gesticulatoria —histriónica, diríamos— del hecho dialógico. Asimismo, en muchas ocasiones, los personajes conversan y debaten en pleno desplazamiento, de lo que podemos inferir que el acto de dialogar es también el modo que tienen los cuerpos y las voces para apropiarse del espacio urbano, espacio que presupone la existencia de un público.[3]

Sin duda, esta observación es aplicable a las páginas que aquí glosamos. No solo porque Barroso, en su homenaje, asume en parte las «maneras marechalianas», sino también porque los mismos personajes —símbolos vivos—, en algún punto, lo demandan. Esto puede verse tanto en el prólogo como en el epílogo que enmarcan la historia propiamente dicha, un prólogo y un epílogo que están a cargo de Barroso y Barrantes, dos personajes provenientes del universo literario de Leopoldo Marechal,[4] universo del cual, por una

[3] Flavio Crescenzi (2014). Dispersión en lo múltiple: la teoría surrealista oculta en *Adán Buenosayres*. *Revista virtual La Tecl@ Eñe*.

[4] A riesgo de aguarles la sorpresa, debo advertirles que, en el epílogo o colofón, se suman a estos dos personajes marechalianos los bíblicos Gog y Magog, con lo que, para satisfacción de Lawrence Durrell, se terminaría conformando un cuarteto, aunque no el de Alejandría.

«provocativa concomitancia patronímica», ni el propio autor de esta novela parecería haber salido indemne.

Esa «historia propiamente dicha», que es como hemos convenido en llamar al fluir mítico-simbólico que atraviesa el espacio que hay entre el exordio y el epílogo, comienza con un profundo soliloquio de despedida que el Poeta Depuesto, ya en los umbrales de la muerte, le destina a Elbiamor (nombre poético dado a Elbia Rosbaco), su fiel y amante compañera. A partir de ahí, el relato se va configurando desde distintos puntos de vista narrativos, incluido el de la citada Elbiamor, en los que, en mayor o menor medida, además del lirismo que se impone por su propio peso, priman el humor y la inevitable reflexión sociopolítica, a veces, incluso, confundiéndose entre sí.

A nadie debería sorprenderle, entonces, que el homenaje que Daniel Barroso le tributa a Leopoldo Marechal en este libro sea tan conmovedor como literariamente único. El «Poeta Pretencioso», como se hace llamar el autor en el introito, logra devolverle al Poeta Depuesto, aunque más no sea a fuerza de cariño (esa otra forma de poesía), el sitial que Marechal tuvo que haber tenido desde un principio en las letras argentinas. No obstante, estimo que, para que la reivindicación sea completa, el sistema literario de nuestro país, esto es, aquel que se construyó sobre las figuras de Sarmiento, Lugones y Borges, deberá dejar de lado sus preferencias ideológicas y empezar a valorar, por encima de todo, los logros estéticos de las obras ponderadas, aun si algunas de estas las ha escrito un peronista.[5] Hasta que podamos ser testigos de tamaño milagro, los invito a disfrutar de lo que sigue.

Flavio Crescenzi

Buenos Aires, julio de 2020

---

5 Admito que tanto la figura de Marechal como la de otros autores peronistas —aunque me atrevería a incluir en esta nómina a escritores de adscripciones políticas igualmente «inconvenientes»— no padecen hoy en día el olvido que otrora padecían. Sin embargo, creo que eso se debe menos a un *mea culpa* de los históricos representantes del sistema literario argentino que a la llegada de una nueva camada de críticos y académicos, en sí minoritaria, al sistema del que hablamos. Con esto quiero decir que tal vez se haya ganado una batalla copando algunos lugares estratégicos, pero todavía no la guerra (y pido disculpas de antemano por el imprevisto giro belicista en mi expresión).

Agradecimientos

A mi compañera Amalia, que desde el primer párrafo soportó mi asedio y me dio opiniones y consideraciones inestimables junto con su amor de siempre.

A mis hijos Natalia, Mariano, Daniela y Marcelo, que me alentaron con amor y alegría.

A Marcelo, mi amigo del alma, justamente por eso.

A Guillermo, que desde la primera lectura tuvo confianza en mi trabajo.

A Rolando, que aportó una mirada afectuosa, crítica y conceptual.

A Nan, que amorosamente aceptó unos de los primeros originales y devolvió opiniones y pareceres.

A Kuky, que en la cuarentena 2020 me devolvió pareceres y reiteró afectos.

A Nora, una amiga «virtual» de Facebook, por su alentador comentario.

Y, por supuesto, al maestro Leopoldo Marechal, quien iluminó mi corazón a la hora de intentar nuestra mejor torpeza humana.

Dueto del exordio*

A una imprecisa hora de un prolongado duermevela abjuré de todas mis previsiones. Y tomando por las astas al toro de mis inventivas, decidí empezar este escrito rumiando en letra de molde el reticente escenario de las palabras previas, momento en el cual comencé una caminata cargada de gesticulaciones y silencios poco convincentes, situación que prolongué hasta ese momento del mórbido cansancio y las flagelaciones de un obseso penitente. Pero, ya derrotado en el umbral de una inevitable y autocompasiva monserga acerca de mi fanatismo explícito por el Poeta Depuesto, me impuse un acercamiento por el exordio o privilegios de anfitrión a la hora de servir un banquete de vituallas alegóricas que, aunque no resulte memorable, tenga, al menos, el aliño pertinente de una comilona conmemorativa.

Entonces, ya servida la mesa, doy paso de este apólogo lírico-gástrico, convoco a hincarle el diente de la masticación valorativa con el temple puesto entre dos distancias temporales: la que precede a la espera y la que demora la llegada, que, como dos senderos de cabras, encuentran el pasto en la misma vereda que las distancia. Dos recorridos del mismo atajo congratulatorio que, no sin ciertas incertidumbres, doy a quienes desde la compleja expectativa de estilos y ambigüedades retóricas hayan elegido a este entre otros escritos posibles, poniendo de manifiesto su sencilla preferencia por la égloga celebratoria, por el balurdo de teatralidad poética en prosa melancólica o por esta novelidad de penitencias líricas y laudatorios épicos, según diría Rolando (un poeta amigo) mientras descaraba con frenesí el borde de su mesa de trabajo.

Dicen algunos que aclarar las claves de un proceso creativo confirma la regla del refrán que refiere al oscuro resultado del intento y al inextricable pelambre que la musa exhibirá en su

cabellera inspiradora. Asimismo, hay quienes propugnan que solo la debilidad de la obra admite una aclaración previa y que todo intento es vano cuando vano es el sustento. También los hay que, como yo, gustan de abundar en lo que no daña, de hacer cosas sin cálculo ni conveniencia aun a riesgo de ponerme en gastos o perder la apuesta. Inclusive suelo profesar desatinos invitando a que otros indaguen la tripa creativa y el caracú sintáctico de mis tribulaciones literarias. No pocas personas de mis afectos han peinado el rulo (me persiguen las metáforas y/o comparaciones capilares) de esta historia: alguno con el peine fino de deslendrar el larvario sintáctico, otros con el rizador de metáforas precarias, inclusive hubo de los que engominaron la impericia de una imagen o la rebeldía de una pelusa semántica.

Dicho esto, digo que, si bien estos múltiples afectos han dejado el hígado del análisis y han colaborado hasta el padecimiento onírico (debido a los efectos secundarios patrocinados por la ingesta del presente texto), debo poner en sobre aviso la aparición, en este peculiar exordio, de dos de los archiconocidos personajes de la epopeya de Megafón (también conocido como El Oscuro de Flores) a saber: Barrantes y Barroso.

Fue la lógica consecuencia de este homenaje el tener que vérmelas y componérmelas con la inmortalidad de los símbolos y la verosimilitud de los combatientes mitológicos (que se multiplicarán en el colofón) autoconvocados por la costilla adánica de Buenos Aires y las veladuras filosóficas aferradas a una pared de Monte Egmont 303. Además, estas presencias evidencian mi liturgia catártica, mi fervor incondicional y mi vociferante obsesión Marechaliana / Marechaldiana, sin contar con la provocativa concomitancia patronímica y un atractivo de ribetes psicológicos que no merece mayores aclaraciones ni tampoco menores referencias.

Acaso, a la hora de las vacilaciones argumentales y los pormenores críticos, fueron las invocaciones terrestres más increíbles que las astrales. O quizá solo sea la sensación de haber

quedado más expuesto al grotesco con mis ritos cotidianos, como, por ejemplo, cuando agitaba (emulando el vuelo migratorio de las aves) los abigarrados tomos de la obra de Don Leopoldo Marechal contra la luz lunar que siempre respondía con una redondez de lobizones, concentrando su ojo esplendente sobre la vereda de mi casa de Villa Santa Rita, haciendo berrinches de encandilamiento y serpenteos de látigo cósmico en momentos de mi más honda meditación fugitiva frente a una parrilla generosa y crepitante de humeantes costillares, fumando una pipa de fuerte tabaco y débil hornillo, mientras fondeaba un ron cubano de ocho años o un Malbec mendocino. Quiero decir que, quizás, todo lo enunciado sea motivo suficiente o razón escasa para llevar a cabo esta abrumadora odisea de reverenciar a nuestro Poeta Depuesto.

En fin, fuera lo que haya sido, es lo que hay, y consecuentemente transcribo el breve pero certero diálogo a guisa de prólogo que Barrantes y Barroso, sin melindres pero con caprichos de argonautas literarios, dejaron, mejor dicho, abandonaron, con ebriedad de santos:

—Padre, ¿yo soy pariente de este Barroso, que nos pidió este introito (diz que a una novela o menjunje en prosa reverencial) sobre nuestro demiurgo, el Poeta Depuesto? —inquirió Barroso algo confundido.

—Pichón, si vos fueras de esa sangre de la mía sería el Barroso convocante, al menos por aproximación metafísica o por propiedad intuitiva, digo yo, que alguna pirueta entre la carne y los holgorios espirituales de universos paralelos debería haber habido —dijo melindroso Barrantes. Y agregó—: Aunque tengo para mí que este Barroso es hijo del petiso Rufino, un billarista de Trenque Lauquen y fundidor de la Zona Norte Bonaerense. Y su madre, que tenía nombre de flor y mirada de pájaro y era de una delgadez de lámpara diurna y manos de silencio nocturno, parece que del barrio de Avellaneda, al sur del Gran Buenos Aires.

—Pero, padre —insistió un Barroso desconfiado—, como Ulises atado a su nave por no escuchar ruegos y ululantes disparates navego yo las aguas de un prólogo para un Barroso que no es tu hijo y mucho menos mi hermano, que nos invoca a palos de ciego con su literatura lisonjera y evocativa. Quiero decir, al garete vamos a un trabajo del que no somos artesanos.

—Este Barroso que nos interpela y conjura, que nos llama y patrocina, a partir de ahora llamado el Poeta Pretencioso, deberá defender con el corazón lo que dice con la palabra escrita y viceversa, si esa víscera aún le palpita. Y no estará libre de pecados hasta que pase la piedra pómez del entendimiento sobre la piel de mis emociones y el alma vigilante de Don Arturo no descifre posibles y efímeras zonceras en este barullo novelado, y agregaría: deberá soportar el diente cancerbero de mi mandíbula crítica sobre la quizá fatua obra homenajeante al Poeta Depuesto. —Ya sin aliento después de semejante parrafada dijo Barroso, agitando con el meñique de su mano izquierda su oreja derecha

—Dígame, tata —arremetió bruscamente Barroso—, ¿es el Poeta Depuesto, o Jorge Luis, nuestro mejor exponente literario nacional? Ya sé que es un exabrupto mencionar esta duda al inicio de este cascote preliminar, pero me quema la sesera, me espolea la lengua en estertores de ansiedad, me fustiga los ijares de la chúcara conciencia esta dicotomía bárbara y civilizatoria de nuestra argentinidad, que, dicho sea de paso, le metió brillos y anaqueles a uno y opacidad y catacumbas al otro. Por eso me urge hasta hacerme encima recordar que fue Jorge Luis el que afirmó y firmó que «el Martín Fierro forma parte de la historia del compadraje, es un bárbaro éticamente inferior» y también les puso su peluda pluma a los barrios: «La fealdad de estos lugares (refiriéndose a Avellaneda y Puente Alsina) parece predestinarlos para Perón y el peronismo». Concluyo, padre, y sin ostentación erudita, que Jorge Luis siempre prefirió el olor a bosta de estancia a tener cerca un peón carrero. Y digo que nuestro Poeta Depuesto dijo que el Martín Fierro está dirigido

a la «conciencia histórica de una nación» y que es la «manifestación de las potencias íntimas» del pueblo en la imagen de su «destino histórico». Y algo más, tata —refirió Barroso en tono de oratorio patrio— cuando venían en muchedumbre hacia la Plaza del 45, nuestro vate escribió en su cuaderno de repentismos testimoniales: "Vi, reconocí y amé a los miles de rostros que la integraban". Además, siempre prefirió intercambiar apreciaciones con saltimbanquis y peones del obraje que con los engominados y peripuestos representantes del jailaife. ¡Ay, padre! Siempre la dualidad nos persigue como dos trenes a punto de estrellarse, y no quisiera que, por seguir destripando rivalidades, terminara como pato criollo dejando a cada paso mi desgracia.

—No dudes, cachorro —susurra un tierno Barrantes—. Jorge Luis nos ha perseguido en su ceguera y por intuición literaria o historia familiar de gorra y espada nos ha mandado en gayola, haciendo como que no opinaba y que solamente era un ilustre relumbrón literario. Los dos, vos y yo, cachorro, también somos un fiel de la balanza y es por el Poeta Depuesto que suenan estas campanas, aunque Sam Wood haya preferido a Gary Cooper y John Donne ni siquiera se haya enterado. Nosotros, chango, hemos nacido de la metafísica del Poeta y de la política de las Patas en la Fuente. El Gran Chicato escribe como pocos, pero nos mira feo, mientras limpia el detritus de paloma, con un pañuelo extremadamente blanco, el asiento de su banco preferido en el cementerio de la Recoleta, antes de sentarse a respirar ancestros.

El Poeta Depuesto no solo es una exquisitez literaria, un holgorio de lo clásico, un festín de lo plebeyo, una sensibilidad cardíaca de mastodonte evangélico, sino que además dio sus batallas respetando las escrupulosas sinuosidades de la física, así como los rígidos tormentos de lo metafísico, todo amalgamado por los millones depuestos de la Patria, y si me apuran: de todo el orbe.

—Entonces, padre, ¿nuestro Poeta Nacional es el Poeta Depuesto? —volvió a preguntar un Barroso eufórico y expectante.

—Sí, pichón, hasta la misma verija patria —respondió con voz engolada un enternecido Barrantes—. De todos modos, no olvides que hemos sido conjurados para el exordio del Poeta Pretencioso y convengamos que él, en este desbarajuste literario, induce, en realidad estimula, excita, espolea, al potencial lector a lisonjear al Poeta Depuesto y putear al Gran Chicato en su costado gorila, fatuo y nórdico, dejando a salvo sus bifurcaciones fantásticas y su estilo consumado.

—Por lo tanto, querido tata —expresa un comprensivo Barroso—, mis dudas son pleonásticas y poco aportan a la comprensión del texto del Poeta Pretencioso. Y, en virtud de los enunciados intrínsecos del texto en cuestión, diría que estoy hablando al cuete o porque el aire es gratis, o ambas tulliduras a la vez.

—Ni tan sensible, ni tan beligerante, hijo mío —con voz firme de clérigo budista respondió Barrantes—, hay un momento para los cólicos emocionales y un momento para los aspavientos verbales, y, si no me equivoco, esos momentos no han llegado a tus elucidaciones para el Dueto del Exordio. Así que dejemos vanas lamentaciones personalistas y abordemos las naves del Poeta Pretencioso y pongamos rumbo a su propuesta narrativa, así como Espronceda orientó su bergantín pirata o como Gagarin, su tele comando galáctico.

—Padre, he tenido una erección súbita. ¿Será una simple vanidad terrestre o no controlo mis fantasías en estado consciente? —preguntó un Barroso desconcertado y desconcertante.

—¡Ah! Muchacho, sé de qué hablás —dice Barrantes con tono melancólico—. En otras épocas he fanfarroneado en rueda de amigos, pero, dado el clima de nuestra charla, parece más bien que tu situación espera más de Onán que de mis admoniciones. Hijo mío —retomó Barrantes como distraído—

, ¿sabés por qué el Poeta Depuesto evitaba ir a los happenings del Di Tella? Porque temía salir en bolas y a lunares o desesperado, intentando llegar a un inodoro vertical colgado en el centro de la sala de exposiciones.

—Tata, nuestro Dueto del Exordio está tomando el camino de un corso a contramano, virando para el lado de los tomates, y temo estar yendo para Sevilla y perder dónde sentarme o quedar en Pampa y la vía, si se me permite el farragoso refranero mistongo —reflexionó un Barroso casi entristecido.

—Ciertamente, cachorro —interviene Barrantes con voz quebrada y retórica florida—. Una vez más, son tus palabras las que sacuden este emotivo y empedrado diálogo, acomodando los melones de la razón en el carro del discurso.

—Examinemos, entonces: este Barroso, a la sazón el Poeta Pretencioso, ¿ha obtenido licencia escrita, permiso implícito, gesto histórico explícito y/o autorización habilitante del Poeta Depuesto?; ¿parientes o defensores de artes y oficios u ociosidades previstas en el vademécum de la fiaca argenta, congénita y mutante? ¿O somos víctimas de una manganeta de ángulos retóricos y embelecos de escriba florido pero inopinado? —preguntó un Barroso desconfiado y malicioso.

—Analicemos, chango —propuso Barrantes—: el Poeta Pretencioso invoca a Elbiamor (mujer amada por el Poeta Depuesto y Belona de sus visiones y contextos), lo cual, de por sí, reviste cierta insolencia en clave lírica, aunque rescata amorosamente esa complicidad terrestre y una unidad celeste manifiesta y comulgante. Tal vez encontremos un poco de anuencia poética a la hora del puchero retórico, algo así como un florilegio de argamasa y fratacho lúdico o simplemente un berretín de pelandrún abacanado (¡voto a Celedonio Flores, Gardel y Razzano!). Y, si coincidimos en esto, coincidiremos en que de corajudos es entrar en los cangrejos del tiempo y desafiar la invocación de nombres queridos: demos, entonces, un changüí a esta parte del texto y vayamos por el resto como chancho a los maizales.

—Hace como que sabe lo que el Poeta Depuesto sabría sin saberlo y dice lo que diría el Poeta Depuesto como si lo dijera invocándolo —expone un tanto molesto Barroso, y agrega—: se atreve con el alma del Poeta Depuesto, con sus conjeturadas ansiedades y designios, con sus arbitrariedades y quimeras, no sabemos si como nazareno del Mayor Exponente de la Letras Nacionales o como pancista lisonjero con rédito de quinielero de barrio.

—También —irrumpe un Barrantes ansioso— presenta al pueblo encarnado entre una murga levantisca y descalabrada y una concentración política penitente y variopinta. Discurre esa fantasmagórica autoconvocatoria como acicate ante la inminente muerte de Leopoldo, en un tiempo atemporal y en un espacio del no lugar que lo ocupa todo, como una caravana circense en terrenos fiscales, como una mueca de Dios en el espejo del excusado celeste, como una tragedia heroica bajo un farol de atardecer resbalando en una garúa de lunfanía sobre un empedrado con guijos ya transitados por el Dante. Fantasmagórico dije —dijo Barrantes—, y de una realidad inestable pero eficaz: incursiona en barriadas populosas y lugares entrañables convertidos en visiones de una Cacodelphia de nuevo cuño, algo así como una ilusión con carnadura literaria y tan real como los ruegos de domingo o las flagelaciones de un hincha de fútbol cuando sale de una derrota inopinada. Sin contar con los otros conjurados que aparecen interactuando con presuntos mortales, tan ilustres como Scalabrini y tan sólidos como el Oscuro de Flores.

—Padre —inquiere un Barroso inquieto y sudoroso—, ¿hemos hecho un análisis de la presunta obra del presuntuoso Poeta Pretencioso? ¿Podemos ya empinarnos un tinto con empanadas norteñas o aún falta destripar alguna conjunción, verbo o sintaxis bravucona?

—¡Ah! Chango —dijo Barrantes como en un suspiro— si vas a seguir a Darwin te toparás con un orangután acunando la siesta del hombre. El Poeta Pretencioso no espera mucho de

nosotros, pero nosotros tampoco esperamos mucho de un Racinguista nacido al Norte de la Provincia de Buenos Aires y billarista a cuatro bolas y pocas bandas. Por lo tanto, cachorro, no gastes a cuenta ni esperes que madure la breva. Tu inocencia de monje misionero y tu amor por la «gaya scienza» te hacen un alma puñetera y desprevenida. En cuanto podamos, y sin despertar al gallo primordial de Sócrates ni al pobre batarás del tango (Celedonio Flores), nos tomamos el raje haciendo el pito catalán de los ácratas o una morisqueta de clown de picadero.

—Padre, un día me dijiste que, como decía Cromwell, hay que mantener la pólvora seca, aunque estemos con el agua hasta la pera, e inmediatamente y sin respirar agregaste: la decadencia de un bacán puede viajar en un último modelo. Y para coronar, ya extenuado en tu alocución catártica, bramaste: los piojos de Zaratustra no anidan en cualquier barba ni huyen de los tósigos omniscientes de la filosofía. Digo yo, entonces, con tanta sabiduría en paños menores podemos afeitarnos el alma hasta el degüello y llevarnos este exordio al nicho de la prosapia —dijo un Barroso agradecido y gemebundo, mientras olía el clavel rojo que tenía enhebrado en el ojal de la solapa de su príncipe de gales.

*Advertencia del autor: los por mí conjurados, Barrantes y Barroso, no perciben regalías ni honorarios, reales o abstractos, a lo sumo un mate lírico con bizcochos tácitos, y solo responden a los designios del Poeta Depuesto y a mis pateaduras verbales.

1

Voy a morir aquí, Elbiamor, tendido como cualquier hombre tendido que va a morir, como «la materia sutil de un poema concluido», con la esperanza rota por otra tenue ilusión que se descubre ante mí: íntimas y cordiales sombras del niño que fui librando batallas de hombre hasta llenar de victorias, cuatro papeles escritos en los cuatro puntos cardinales, como quien defiende sus rutinas con virtud de espada, como liberando el alma a viento y flama, como amaneciendo en un invierno de barcos y riachuelo con un sol de escarcha buscando los ajados horizontes de mi alma.

Aquí en la calma chicha de un navegante azaroso e inquieto, con el temor y la fatiga de los bienaventurados, de los gruñones y piadosos, asomado a todas mis indulgencias materiales y fatigas del espíritu, clamando por virtudes en la víspera y rechazando recompensas testimoniales o laudatorias a lo que irremediablemente será nuestro gusano eterno.

Aquí, tendido a contra sol, con la contemplación de los buenos, con la incertidumbre de un creyente convencido de que Dios observa este momento tras la puerta que yo mismo abrí para observarlo. Asomado (Él), quizá entre el dintel y las jambas, atisbando el final tan solo por complacerme en la litúrgica vanidad de mi muerte. Y a la vez yo, asomado al vacío de luz que fulge tras la puerta y que a duras penas deja una ilusión que ciega: esplendores de lo que brilla para ocultar la opacidad del Gran Ubicuo, que de tanto estar en todos lados nos atraviesa de una soledad de universo roto y silencios arrasados de eternidad sonora.

Aquí, tanteando el tiempo detenido en el zaguán de los errabundos y penitentes, guiado por la música de Virgilio (no evoco al poeta lazarillo del Dante sino al rapsoda al de Naranjo en Flor), me dispongo, digo, a recorrer los arrabales

penumbrosos o esplendentes que me invitan al último sueño: ¿qué otra cosa es el último sueño de un hombre sino un mano a mano sin llantos, sin aflicciones y sin testigos?

Eso creo, o al menos eso intuyo, Elbiamor: ir abandonando pretensiones de trascendencia (que alguna vez vulgarizaron mis deseos) o triquiñuelas de justos y santos para provocar la eternidad, o al menos dejarla servida en la mesa de los incautos. Eso creo, o al menos eso intuyo: debo construir en este momento último de las demoliciones arrojadas al pozo del tiempo, de lo contrahecho como perpetuidad de lo perfecto. Debo construir, eso creo, o al menos eso intuyo: un umbral de horizontes íntimos para asomarnos al paisaje del alma, alma que, aferrada definitivamente a la nada, nos devuelva la calidez de esta brevedad de buen ejecutor y en mangas de camisa.

Aquí, este junio de 1970. Día de efímera cosecha en los campos aún fértiles de mis sueños, día de umbrosas tristezas para el himno de mi lejana infancia, día de no nombrar nada porque hoy solamente yo debo nombrarme. Día de ecuánimes blasfemias frente al rígido decoro de los justos, belicoso y agrio frente al devocionario de los ingratos. Aquí, en esta ciudad de contornos campestres, por dos veces nacida entre un crepúsculo de sangre y un destino de hórridos banquetes. Dicen que en La Boca o en Parque Patricios fue su primer nacimiento y que su segunda natalidad fue bajo la luna del puerto, donde el río se amansa como un sagrario de barcos y migraciones terrestres. Este junio de 1970, día de efímera cosecha para esta zona fronteriza del hombre que soy, donde el después es una alianza de fe en el silencioso camino de la santidad de los que callan o un pacto de luz con los espejos.

Aquí, Elbiamor, tendido como cualquier hombre tendido que va a morir, como la materia sutil que Dios observa, mientras el sol quiebra mi sombra y los objetos que acompañan mi sombra, como un invierno de barcos tenues con la esperanza rota buscando los ajados horizontes de mi cara como si fuera una dársena del tiempo.

A contra sol, como un creyente convencido de que Dios abandona sus tareas divinas y se asoma como la materia sutil de un poema concluido. Aunque nada hay concluido y menos el poema y sus tareas divinas, a las que Dios no se atreve a asomarse. Y yo, Elbiamor, que lo observo a un palmo de la ausencia, puedo concluir el poema como una posibilidad infinita.

Dios, que me observa, Elbiamor, y vos parada frente a la soledad de una ventana, liberada del peso de los que sueñan, porque tu sueño aún drena sus sangres terrestres sobre áureos campos celestes, aún derrama sus vides maduras y fragantes sobre la copa del alma; liberada, insisto, de la desolación de este departamento y de un hombre que va a morir tendido como cualquier hombre que muere, mientras el mundo resume su silencio sobre el bullicio de esta mañana de Dios, que va dejando sus divinas tareas por las calles de Balvanera.

2

Leopoldo, tendido como cualquier hombre tendido que va a morir, recorre sus presagios con la mirada inteligente e incrédula de los que sueñan o diseñan sueños hechos de la pura realidad de los mortales. Teje y desteje el traje de sus ilusiones. De la misma tela lo hace y deshace a una medida que siempre es la suya. Trabaja como un sastre de tijeras afiladas en las piedras de la infancia, de medidas y moldes diseñados entre bendiciones terrenales y pertrechos celestiales, de agujas, tizas y alfileres manejados con destreza poética y fidelidad filosófica. Es algo más que su propio sastre: se siente como un diseñador espiritual tomando la medida donde el alma luce hasta en las mínimas vestiduras del cuerpo.

Y mientras revisa las costuras de sus sueños, escucha campanas. Erguido a contra sol siente que la madrugada de Balvanera lo cobija y se entibia a sus espaldas, allí, en el lugar fundante, donde el niño juega con las sombras sobre los patios del barrio de Almagro. Escucha lo escuchable y lo silente. Aprendió las tareas del silencio toda vez que quiso escuchar el corazón de los hombres y sus tareas inútiles.

Se mira las manos y a la vez vislumbra que esas manos lo miran, lo escrudiñan, lo espolean en su médula sensible. No son las manos de alguien que va a morir, se dice, sin certeza de ser él o sus manos las que le hablan a su médula sensible. En realidad, está mirando las manos del niño que siente la madrugada tibia sobre los patios del barrio de Almagro o en los campos de Maipú, quizá el de la calle Monte Egmont o el de las sombras matutinas rumbo a Las Armas. Sabe que sueña que mira sus manos de niño, porque él, Leopoldo, es el hombre que va a morir y es el niño; ambos son los que se miran las manos que sueñan y acicatean su médula sensible.

Leopoldo es el niño y es el hombre: unidad final que no tiene fin, no porque nunca se acabe (aunque nunca se acaba), sino porque no tiene fin: propósito, intención, objetivo; aunque su destino esté trazado en esas manos (aunque no tanto) como en las líneas vitales de sus sueños, que como Dios sueñan que son soñados y se vuelven omnipresentes, porque el mejor sueño es acontecer en el sueño de otro sabiéndose soñado y, por lo tanto, inmortal.

La muerte los une en la tragedia cotidiana de ser ambos y uno solo, lo crucial del momento los une, el prodigio de la evocación los enfrenta en ese lugar que no es de ninguno de los dos y, sin embrago, les pertenece. Como a nadie les pertenece ese territorio personal e inequívoco, imposible y conminatorio de los incrédulos, pero penitentes. De los incrédulos a creer más allá de Dios y los milagros, es decir, creyentes puros, sin deseos de eternidad ni salvación. Creyentes innatos y furibundos, insobornables e indomables creyentes; de los que no han dejado de pertenecer a ese territorio de milagros, aunque nadie les esplenda la ceguera o enderece las tulliduras, nunca serán de los que abjuran de la luz por estar enceguecidos por el brillo de sus mezquinas rogativas y pasivos rezos nocturnos. No, Leopoldo es un penitente de la luz porque sabe que la luz es manifestación de la obra divina en el pulso terrestre.

Propiedad metafísica, ser y estar en el continente de lo incontenible. Vaguedad. Laberinto de cronómetros entre el niño a contra sol entibiándose las manos en la vereda de su casa de la calle Humahuaca y el hombre que va a morir, invocando a Elbiamor con la tibieza en las manos del recuerdo en su departamento de la Avenida Rivadavia al 2300.

En esa hora imprecisa del niño a contra sol y el hombre que va a morir recortado en piltrafas de sombra, Leopoldo deja en libertad las manos del niño y se siente feliz. Deja caer su sombra sobre los patios y las terrazas; sobre los campos amanecidos entre galopes y rumores de peonada. La sombra de sus manos deja caer hasta que el niño encuentre sus propias manos en los patios,

terrazas, pastizales o escarcha, donde ese niño es demasiada sombra cuando el hombre lo alcanza y demasiada luz cuando se aleja. ¿Las manos del niño de ese hombre que soy son libres porque voy a morir? Se interroga Leopoldo, pero no se responde; deja que las manos del niño busquen las manos de su padre hasta merecer el tiempo imposible y continuo de las caricias y los adioses. Las mismas manos, entibiadas en las del padre del niño y las del hombre que va a morir acicateado en su médula sensible, tendido sobre la reposera de fierro y lona mientras su pipa se apaga sobre el labio vencido y la victoria tóxica del humo y sus volutas oblongas.

Ahora ve las manos de su padre construyendo todo. Perfeccionando engranajes, puliendo metales, ajustando poleas y sinfines, haciendo rodar o volar materiales inertes y objetos descartables. Así, mientras el viento columpiaba lo que las manos de su padre Alberto dejaba que se columpiase, mientras rodaban por la calle Humahuaca o Monte Egmont lo que Alberto con sus manos dejaba que rodase. Y él, que era el niño de ese hombre que es hoy y que se va a morir, veía las manos de su padre que de toda madera sacaba camiones y muñecos, ruedas y castillos; infinidad de sueños materializados por el aserrín de sus manos, por el aserrín de la madera que perdía su origen de árbol hasta alcanzar el origen mismo del destino de sus manos. Esas manos, las de su padre, con tristeza de hombre y displicencia de demiurgo, forjaban caminos de sueños y sueños hechos camino, entre marionetas, espadas, patines y camiones, mientras el niño tibio era feliz en las manos del padre del hombre que va a morir.

3

La muerte no amputa nada. Uno se muere entero con lo que lleva y lo que deja. Las carencias anteceden a la muerte, los baldados del alma no resisten la cirugía de la redención minutos antes de entregar el envase. Cualquier guerrero puede tener un acto de coraje cinco minutos antes de su muerte, pero no todo guerrero puede tener cinco minutos con la muerte y llorarle su coraje o una sonora carcajada.

Yo, Elbiamor, me voy entero, mis amputaciones nunca llegaron a mi alma. Apenas pedazos de mí que nunca dejé fuera de mí. Todo me acompañó y fui cirujano de mis dudas y convicciones. Nunca me recosté en una fría mesa de operaciones a que otro tronchara mi alma y la dejara inerme e inerte en un observatorio clínico de erudiciones y flamígeras deducciones ideológicas, urdidas con el ojo vanidosamente ecuánime del microscopio de los tuertos que ya sabemos de qué países son reyes.

Fui, soy y, cuando deje de ser, persistiré en lo que legitima mi nombre: la oscuridad y la clarividencia de las ochavas de mis barrios. Tropilla de luz y polvareda, amenazantes chubascos creciendo sobre lomo del atardecer; nocturnos ventarrones arrinconando estrellas entre los alambrados y los charcos de mi inocencia en los campos de Maipú, mientras el silencio se pialaba bajo los árboles a la hora de la siesta. Los oficios del vivir no fueron ni desdicha ni condescendencia, tramos y distancia uniendo tramos y distancia. De todas mis batallas, las que libré conmigo fueron siempre de una gloria efímera pero exquisita. Y no por ganarlas, no pocas veces ha vencido lo que de mí he batallado, pero sucede (me sucede) que un halo benéfico y vigorosamente perturbador sobrevive aún en la derrota de mis íntimas beligerancias.

Hubo hombres habitándome y de esa multitud fui habitándolos. Poemas que arropé con los trapos benditos de los desabrigados, entre luciérnagas y magnolias secas de balcones y sombríos patios. Escribí historias amparadas y desamparadas por Dios, himnos cantados con la dignidad redentora de los puros, himnos humillantes y oprobiosos, oraciones hechas de barro y materia celestiales.

Yo, el Poeta Depuesto, me destiné al oficio de los justos, a ser herramienta y engranaje; hombre que es otros hombres, materia necesaria y efímera, sustancia siempre transitoria de lo permanente.

He deambulado crepúsculos en andurriales y palacios, chapoteando charcos de Patria y lejanía, galerías donde brindaban por la civilización de los bárbaros; sarmientudos y lavalludos, alzando sus copas contra el gaucho pobre y los héroes de mayo. Celebraron en los patios, bajo parras turbulentas de sombra y dulzores de la siesta oligárquica. Rendidos y ahítos de pantagruélicas ingestas, de esa tierna carne alimentada en los campos robados a la indiada o a la misma natura original de la Pachamama. Entre sangre y alambradas se adueñaron hasta de la mismísima piedra que la alpargata más bigotuda del más pobre entre los pobres pisara.

He nombrado el horizonte con sus nombres bravos y su luminosidad santa. Desde Maipú a Las Armas, entre romerías de domingo y campanarios tañendo herrumbre y límpidos metales. Las flautas del viento amansaban potros y dejaban un sueño de barco entre las sábanas. Yo, el niño tibio que no miraba las manos del hombre que va a morir, corría entre las ollas de las cocinas y los tizones que ardían hasta el alba. Tizones rojos como rosas del infierno, tizones grises como piedras del cielo, tizones blancos como piedras del alma. Hasta el amanecer, cuando jinetes brumosos atravesaban los campos y la brisa hacía gemir la piel, y la piel, como esos tizones, despedía humos frescos para resguardar la calidez de sus entrañas.

¿Son los cascos de los caballos o los talones del jinete los que emulan mi corazón cuando esos tizones se apagan?

¿Es la brisa la que hace gemir mi piel o el brumoso galope de las humeantes bestias las que abren de un tajo mis ojos de niño para resguardar la calidez de sus entrañas?

No hay respuestas para la incógnita de los sueños, para el laberinto de fuego que lleva el niño hasta llegar al tizón del hombre. Todo es porvenir y campanas. La vida crepita como un pan recién horneado, el niño lo devora y la magia estalla al primer bocado, la urgencia devora a la urgencia. La vida devora la magia de la urgencia y, como esos tizones, rojos, grises y blancos, se apaga.

Yo, que sé que la muerte no amputa nada, me voy entero, dejando el equipaje inútil de las probidades escritas en prosa o la utilidad del tiempo que he pasado buscando una temporalidad que apenas si nos nombra. Con todos mis pedazos unidos con la rústica costura de vivir con cada palabra y a cada palabra ponerle vida. Sin estridencias, con la rústica costura que une la vida y las palabras. Ni santo remendón de virtuosos trajes de otro ni puntilloso costurero pontificando doctrinas de moda. Solo la tosca y resistente costura que une la vida y las palabras. Porque la muerte no amputa nada, y eso ya lo he dicho, pero repetirlo no cuesta nada cuando uno se va entero con sus pedazos atados a la nada.

 31

4

—¡Está muriendo Leopoldo, el Poeta!

—¿Quién, el que sueña que mira sus manos de niño?

—El mismo.

—¿El que jugó con marionetas que bailaban en sombras sobre las sombras de las manos de su padre?

—¡Ese, ese!

—¿El maestro de palabras atadas a la libertad del Gran Verbo, el que desencadenaba historias entre charcos homéricos y académicas palabrotas? ¿El que leía Rabelais y disfrutaba su proverbial ironía? ¿El que de Maipú a Las Armas hizo un poema al domador de caballos al sur y que ordenó las coordenadas vitales en su poema a la Patria?

—Sí, hombre, y pare con la retahíla que se me hace lágrima el día. Ese mismo que usted, sin nombrar más, lo nombra.

—¿Se está muriendo el Poeta Depuesto?

—Ni más ni menos.

—¿Podemos hacer algo?

—Debemos hacer algo.

—Usemos la Inteligencia.

—Usemos la Palabra.

—Está bien, usemos la Inteligencia y la Palabra, y el que tenga otra cosa que sepa usar que también la traiga.

Se escuchan voces arrasando el aire, desgarrando los escaparates donde se exhibe la argentinidad en uniforme militar o con prolijidad clerical y de levita. Vienen tronando esas voces desde Villa Crespo a Mataderos, desde el Centro a Balvanera, desde barrios suburbanos donde Severo Arcángelo fundió

 32

metales en el crisol filosófico de Lisandro Frías y demás comensales del Banquete iniciático. Vienen desde las conspirativas terrazas donde se calibraron conjuras patrióticas en el barrio de Flores hasta las sombras maledicentes en los pastizales de Saavedra, donde el mundo se acaba y Buenos Aires disputa su espiral de almas y el silencio lineal de sus desgracias. Desde todos y cada uno de los rincones de las barriadas, despertando entre el rocío y el almidón de las sábanas. Incrédulos y penitentes, se apiñan y se disuelven, crecen entre silencios y estrépitos esas voces como vísceras del alma. Y entre esas vacilaciones y raigambres va despertando un sol fulgente y zafio en las barriadas, derribando ángeles matinales sobre los andamios que el Eterno protegía como expiatorio por los que había descuidado en los basurales y en el Servicio Penitenciario, y que el cura Benítez curaba con su misa del evangelio en camiseta y el agua bendita en palangana.

—Nada que hacer, hermano. El murmullo del viento en las ochavas anuncia una letanía con resonancias poéticas. Desde las ventanas de las casas, desde las grietas musgosas en las paredes de los patios y en las zigzagueantes fisuras en las terrazas. Atravesando laberintos brumosos y fulgores nocturnos sobre el empedrado y las chimeneas de las fábricas. En beligerancia y desafiando las virtudes lunares y opacando hasta el bruñido estaño de los bares: esa letanía se propaga y como si Leopoldo mismo la cantara.

—La letanía en ventarrón dice que se muere tendido como cualquier hombre tendido que va a morir. La letanía de la brisa dice que su pipa libera un humo de hornillo agónico. La letanía de la madrugada dice que hace falta algo más que un fenómeno natural para que el día de hoy prodigue su apariencia. También esos hálitos advierten que, en estos sucesos de naturalidad alegórica, nada tiene que ver La Hiladora que hila el hilo de la vida ni La Inapelable con sus tijeras amargas o La Distribuidora de sueños y sus cortes de manga. Dice que son tormentas de las

hilachas terrestres. La vulgar guadaña con su calavera flaca y su fatal parsimonia.

—Nada que hacer. Su corazón ha decidido no caberle más en el pecho: el muy maula quiere galopiar en los campos del Arriero de Almas.

—Entonces, ¿quién va a cobijar el verbo de los ángeles ahora que su corazón se apaga? ¿Las musas del barrio morirán de soledad y quedarán secas en un infierno de lágrimas? ¿El sol sucumbirá en horas de sombra eternas? ¿Cómo libraremos las batallas celestiales sin las armas terrenales de sus palabras?

—¡Algo debemos hacer!

—Nada que hacer.

—¡Minga! ¡A otro perro con ese hueso!

—¡Un cortejo militante con crespones celestes, cendales bermejos y lirios blancos!

—¡Una procesión silente y tumultuosa, una manifestación vociferando su ontología terrestre, una romería penitente clamando por su virtud celeste! Eso podemos hacer: aunque más no sea unos cuantos de los nuestros batiendo parches y soplando cornetas.

—Infieles de todas las latitudes, penitentes de todos los abismos, murguistas y filósofos; piadosas damas que zurcen los agujeros hechos por las tijeras de la infantería de marina en las frazadas de la Fundación y también las putas más alegres, las más renombradas de toda la población, como la morocha de Saborido y Villoldo. Por lo renombrada, digo, y sin malinterpretar la referencia a la que «alegre pasa la vida con sus cantares». ¡Así que abstenerse, maliciosos y melindrosos condescendientes!

—Un cortejo de poetas penitentes arrojando sus poemas sobre roncos torbellinos de barro y charcos amasados por peones carreteros. Orfebres de la rosa perenne (espero que Erdosain me esté escuchando) cincelando en las paredes las batallas finales.

Cada cual, gritando, cantando, pregonando con la voz secreta, palabras jamás pronunciadas sobre el sordo oído de esta república perdida.

—Si se está yendo que se vaya quedando en cada uno que lo nombre. Hay que construir una realidad más real, en la que los que fuimos arrasados conjuremos al olvido con la obstinación de la memoria y la permanecía de los ritos.

—Y retablo títeres humanos, representando la razón del Gran Oligarca y demás embaucadores de la Patria, mientras Leopoldo los fustiga con su poema *Descubrimiento de la patria*.

—También un cartel que atraviese la esquina de Corrientes y Canning, otro en la calle Monte Egmont; también sobre la calle Ecuador y otro en Balvanera, sobre la Avenida Rivadavia. Un cartel de la más fina tela, bordada con bolillos e hilos dorados, lentejuelas y crin de indomables potros sureros. Y que, en centro, con letras ornamentales y brillantes, pueda leerse:

EL POETA DEPUESTO VA A VOLVER CUANDO
SE LE CANTEN LAS PELOTAS

 35

5

Así es, Elbiamor, es en los meandros interiores o en sus encrucijadas vitales donde los hombres pierden el aliento y dejan que sus barcos declinen las velas. Allí, donde hay que estar erguido y con la frente noble, en ese lugar donde Dios nos deja solos, aferrados a la oquedad del ruego y los oratorios, entre brumas y sombras de ausencia, entre agujeros de silencio y bullicios de almas huyendo de angustias y derrotas.

Solos, Elbiamor, no en soledad, no solitarios, rotundamente solos en la inmensidad de nosotros, atados a una crepitación de fuegos de una madera ignota, que se replica en tizones nuevos y se funde en árboles de ceniza, quemando el revés de la hoguera hasta el destino de sombras de sus ascuas muertas.

Solos, inclusive de nosotros mismos, en la lejana soledad de un alma otra que nos respira en otro cuerpo; que es el nuestro en otredad cósmica, pero que está solo con esa alma otra que de tan nuestra abjura de piedad y demanda el destierro o la oscuridad como toda luz posible: ese candil de los moribundos que es apenas una sombra de la vida o una luz en la ceguera de lo eterno.

Solo, Elbiamor. Solo como un tango en Madagascar, como mis libros en los nomencladores oficiales, como este hombre solo que sabe que va a morir y que no ha dejado ni una sola marca en la puerta, ni una estela en la mar de su barca por temor a que los ángeles descubran su morada secreta.

Nada trascendente la soledad de un hombre que va a morir; de un hombre solo, que es solo un hombre que va a morir. Ser y estar, conjugaciones confusas que estoy (¿estoy?) sintiendo allí donde hay que estar (¡ser!) erguido y con la frente noble.

Soy abrumadoramente yo mismo, en la soledad de un único acto y en todos los actos posibles. Contengo y soy contenido en

36

tantos individuos que soy y multitudes de las que provengo. Estoy en comunión fatídicamente atado a mi prójimo y bíblicamente destinado a soportarlo sin detenerme en ese acto solidario, en la comunión de los iguales, en la beatitud de un gesto de amor que me aleje de esta soledad de purgatorio.

No hay descanso si Dios existe y es eterno. Dios es eterno y no descansa, y si Él no descansa no hay descanso posible para un hombre que va a morir y sabe (tiene fe) que Dios existe (sin descanso y sin fe) y está solo (en la fe y sin descanso), porque la eternidad tampoco acepta compañías y además Dios detesta a los arribistas y, mucho más, a la competencia.

Yo soy (¿soy?) un cristiano militante y creyente fervoroso en este lugar donde Dios nos deja solos (abismados de nosotros mismos), aferrados a la oquedad del ruego y los oratorios. Sin embargo (cristiano militante creyente fervoroso), no puedo evitar la tristeza de esta soledad mirándome a los ojos, de este cuerpo más solo aun que todo lo que habita, del espacio que ocupa y de los vestigios que deja: impresiones vagas de mis manos (mis manos que sueñan que miran manos que sueñan), migajas de la piel esparcidas con el polvo, atravesadas por el sol, difundidas por el aire. Marcas que mis ojos habrán dejado en otras pupilas menos febriles, en fotografías y en afiches. Laceraciones de mí en el pubis de mi amada, destilaciones y mutilaciones espontáneas, trajinando lavabos y corpiños, lunas de ropero o cintas del pelo a los pies de la cama.

Solo este cuerpo solo, desbordado por la tangente de lo intangible, espiritual y concreto como un aire de toros en una plaza de sangre.

Solo este cuerpo solo o el de cualquier hombre que va a morir: ¿Pesa menos que un año de recuerdos o que un minuto de angustia? ¿Dura el eterno dolor por un hijo muerto? ¿Ocupa menos espacio que el temblor de un beso o la intranquilidad de no llegar a tiempo? ¿Tiene menos gravitación que la pasión o la algarabía de un hallazgo poético o la sensación ambigua y gris de una caricia de aeropuerto?

 37

¿Quién puede mencionar, ni siquiera tanto, intuir apenas, el vacío, la soledad de un cuerpo solo, ya sin razón material a no ser su agonía de sangre y el azote de sus pasiones, abandonado a su vértigo marítimo por el manso espejo acuoso que lubrica el corazón, corazón que ya no tamborea y es también la soledad de un órgano solo buscando su razón en cada golpe?

Solo un cuerpo solo en la soledad de su propia despedida, con las neuronas confusas y lábiles, que no pueden sino ordenar una rendición incondicional a la eterna soledad de sus inútiles mandatos. Tendones y huesos, toda la ingeniería gastada y ruginosa, liberada al naufragio previsto antes que el propio cuerpo solo de un hombre solo que va a morir, que intuyera acaso su destino humano como quien intuye que no hay augurios en la palma de la mano.

Así es, Elbiamor. Pero al menos dejo estos borrones fugaces de mi alma desmañada, inquieta y desnuda, convertidos en letra legible, en razones mensurables, en disparates líricos o ilusiones devotas para seguir adelante. Al menos poemas como corredores donde el alma vislumbra la sombra de su propia alma, ardorosas batallas en las que la Patria borró su verdadero nombre y nos desafió a encontrarlo en cada uno de sus nombres. Inútiles discusiones filosóficas para inútiles personajes heroicos, descubriendo inútiles paradigmas morales, eso sí, trabajados minuciosamente con todas las herramientas de la inutilidad del arte.

Historias del hombre que aún tiene anuncios venturosos y amarguras viejas. Invenciones y revoluciones. Grandes contiendas universales, guerras y maquinarias de guerra, lúdicos anuncios y lúgubres premoniciones.

Solo, Elbiamor, como cualquier hombre solo que sabe que va a morir, como cualquier hombre que paga sus deudas con Dios y todas las que Dios dejará impagas por ser él el único que perdona las deudas, pero no a sus deudores.

 38

6

La Patria, se escucha decir Leopoldo tendido como cualquier hombre tendido que va a morir. Se escucha decir o piensa que está escuchando que lo dice, como si otro fuera y no él el que está enunciando meditaciones. La Patria, dice o simplemente es él escuchándose en el eco propio de su íntima otredad. Dice, entonces: «La Patria es un peligro que florece». Y ¿cuál sería el peligro de la Patria floreciendo? ¿Peligro para quién, para quiénes? ¿Sabe Leopoldo que se escucha decir como si fuera otro diciendo lo que ya ha dicho cuando pensaba que al decir «La Patria es un peligro que florece» decía que la Patria era un peligro floreciendo como la Patria misma?

Leopoldo sabe y hace saber que sabe que nunca dijo nada que no se escuchara decir como si fuera otro o que estuviera escuchándose en el eco propio de su íntima otredad. Esa otredad que él conoce y son la Patria misma. Esos, que son peligros floreciendo, esos que, como él, se escuchan decir: «La Patria es un peligro que florece» y marchan entre rescoldos y vacilaciones, entre lo que se espera y lo que no se alcanza, es decir, marchan con esperanza a esos peligros de florecer y ser Patria, aunque no florezca.

Leopoldo tendido como cualquier hombre tendido que va a morir deja acontecer la penumbra, que ya no sabe si es la penumbra agónica surgiendo de sus constelaciones esenciales; ramalazos del alma, opacidades del abandono del cuerpo frente a los despilfarros del alma. No sabe si es eso o el abandono del día a su destino crepuscular metiéndose por las ventanas de su departamento de la Avenida Rivadavia al 2300. No sabe o cree no saber si es eso lo que está ocultando lo palpable y lo etéreo, es decir, dejándolo del lado de las sombras, del lado del brillo oculto que absorben los objetos cuando la otra luz, la arrogante, la de brutales verdades, la presuntuosa y vejatoria luz del día,

empieza a escurrirse hasta desnudar sus bujías eternas para que la oscuridad les tape sus radiantes pudores. O es el menos poético flagelo de una pedestre jugarreta de penumbras, del aún menos poético corte del abastecimiento eléctrico, abrumando con romanticismo de velas quebradas que hacen equilibrio de sombras en porta velas de bronce, en una singladura titilante y luctuosa que deslumbra por carencia su porfía de luz trémula y crepitante.

En todo caso, entre esas penumbras inciertas, sabe y dice que sabe que su corazón palpita con ese peligro de lo que florece como una Patria tributaria de toda la sangre suya: malón de la sangre arrebatando oxígeno para que su corazón (el de Leopoldo) siga siendo un peligro que florece. Como una Patria, su peligroso corazón latiendo, como en la tierra misma laten los aconteceres telúricos y sus intestinas geologías de eructos volcánicos; así, como en el universo se multiplican consignas perpetuas y oscuras; así, como se universalizan las almas que esperan que Leopoldo (tendido como cualquier hombre tendido que va a morir) monte el alazán de su corazón y se adelante a su muerte y, trotando, regrese a escucharse decir «La Patria es un dolor que nuestros ojos no aprenden a llorar».

7

—¡Que se bajen los puentes! ¡Que los overoles metalúrgicos de Avellaneda tengan su banquete de dolor y que las costureras del sur deshilachen sus quejumbres y agüen con lágrimas sus tinturas en los piletones de los patios, en los cacharros de las cocinas, en regaderas de jardines y veredas de tierra apisonada!

—¡Que se crucen los ríos, las quebradas y los valles! ¡Subidos a carros y palanquines, en improvisadas naos del Doke, camiones y bicicletas! ¡A la grupa de matungos de noria, carros de botellero y calesita de plaza! ¡A pata o en carretilla, con el sol crujiendo espaldas o arrastrados por la sudestada!

—¡Del norte hasta el sur, desde el este y el oeste, con viento y con peste! ¡Santo Pilato la cola te ato, si se muere el Poeta Depuesto no te desato!

—Che, para llegar al centro medular de la morada del bardo hay que cruzar el Riachuelo y eso, más que una hazaña náutica, va a resultar una odisea olfática, si se me permite el neologismo.

—Nada, ¡que retrocedan los dioses sus antorchas vengativas y sus vértigos conjeturales! ¡Suenen pífanos, cornamusas, trompetas y timbales!

—Me parece que el tipo está desnortado de dolor, es un defensor nato de nuestro Poeta Depuesto y está conmovido porque se nos muere como cualquier hombre que va a morir, tendido en su reposera de fierro y lona, colgado a su pipa tras la ventana de su departamento de la Avenida Rivadavia al 2300. Pero, a ver si le aclaran que bombos, sí, bombos va a haber, algún redoblante sin duda. Pero todo lo demás es una exageración literaria, una desmesura homérica y no tanto por Homero Nicolás Manzione, el rapsoda de Pompeya nacido en Añatuya, sino por el chicato aedo griego. Hay que ponerlo al corriente. Que pare con eso de las invocaciones divinas, que ya

bastante tenemos con los pollerudos eclesiásticos, los milicos y los bravucones de la Unión Democrática. Que pare un poco, a ver si todavía se nos desbarranca el desfile triunfal por nuestro Poeta Depuesto, que dice que se va a morir tendido como cualquier hombre tendido que va a morir.

—Pero dejalo, che, no ves que está pletórico de emoción, desborda sentimientos. Hasta ayer nomás, apenas si recordaba a la Santa y al General, y hoy míralo, henchido de aspavientos verbales y enumeraciones de conservatorio y academia. Dejalo que haga lo suyo con lo que tenga y sienta desde su mismidad desbordada, desde su carajo místico y verborrágico. Dejalo que muchos como él se vayan sumando y en una de esas hasta los hacemos peronistas, los hacemos.

—Está bien, pero debemos cuidar que nuestro homenaje no sea entorpecido por insustanciales recursos verbales y panegíricos diletantes, a ver si todavía se suman otros al desenfreno místico y nos llevan como chicharra de un ala a los calabozos de la morsa y nos endilgan hasta el secuestro de Aramburu.

—Calmate. Será como poner un caño casero: rápido, inestable y con mucho ruido. Mirá, tenemos un grupo se saltimbanquis que colgarán un cartel con la consigna:

EL POETA DEPUESTO VA A VOLVER CUANDO SE LE CANTEN LAS PELOTAS

En los barrios de Villa Crespo, La Paternal, Saavedra, Almagro y Balvanera. Todo a la misma hora, en el mismísimo día que nuestro poeta busque el motivo final de sus primeros sueños y que sus ángeles distraídos le den pelota y dejen de acosarlo con las risotadas que el maligno pone en sus bocas. Seguidamente una bullanga de putas caminará por los barrios del Centro coreando su nombre, y cada tanto, recostadas sobre

el pavimento, harán la V con las piernas apuntando al cielo, en una sola pirueta, demostrando que la virtud puede andar con las bombachas flojas y afilando la ética de las causas justas y la estética de los amores perdidos. También los bombos tronarán en Barracas, La Boca y todo el sur hasta Barrio Norte, acompañados por redoblantes frenéticos y pitos académicos, provocando un tempo de «allegro forte» y un «pianissimo» súbito en un solo de parche batiente y pomposo. Y algo especial: sobre la calle Alvear habrá una pedorreta lírica interpretada por el coro nacional "Los Grasitas", compuesto por trabajadores del puerto y operarias del frigorífico "La Negra".

—Será una opereta de multitudes, una farsa telúrica y combatiente, sincronizada y minuciosa. Será lo más heroico que pueda concebirse mientras las palabras acuden a la orfandad a la que serán expuestas cuando Leopoldo abandone su reposera de fierro y lona y se las lleve a dormir la siesta. Al mismo tiempo, en las fábricas, en los talleres, en los campos y barriadas suburbanas habrá un golpe de silencio que ahogará los ruidos de las máquinas y dejará sin eco el golpe de las palas.

—Pero, entonces, compañero, ¡lo nuestro será como un carnaval militante, un desquicio de artificios proféticos, una lujuria de improvisaciones místicas!

—¡Con el Poeta Depuesto todo, sin el Poeta Depuesto solo pitos, caños y matraca, hasta hacer llorar las primeras luces del alba y las últimas sombras que la noche arrastra como un flagelo de sueños lunares!

—Tallaremos en la densidad del aire las consignas de los Años Felices, las forjadas en la fragua de las Tres Banderas, y quedarán flotando como brumas eternas entre las orillas del Riachuelo hasta el faldón último de La Pampa, desde las pircas de las Quebradas hasta la cerradura helada de Nuestras Islas usurpadas.

—La historia nuestra es historia que ajusta la balanza. Somos poderosos porque nos atamos a los vientos de la Justicia Social y la Patria Soberana.

—Ya lo dijo nuestro Poeta Depuesto: «la historia no es una ciencia; es el arte de mostrar una cara limpia y esconder un culo siniestro».

—Nosotros somos el aluvión de la Patria, la última trinchera en la que Dios encontró una fuente donde refrescar las patas bendiciéndonos desde las crenchas a la prosapia.

—Somos eso y todo lo que aún no sabemos que podemos ser. Por eso al Poeta Depuesto le bancamos la menipea, la sátira, la farsa, la tragedia y hasta pasos de comedia, porque teje la epopeya entre los barbitúricos de la poesía y la austeridad de la prosa.

—Otra vez nos vamos por el desaguadero de las frases pomposas. Digamos que a Don Leopoldo le bancamos todo porque vuela alto como un cóndor, pero que te deja su amor a la altura de los ojos.

8

Ahora Leopoldo cierra los ojos y obedece los dictados del cuerpo. Su cuerpo quiere descansar. Su cuerpo le implora cerrar los ojos fatigados entre destellos y luces que embriagan. Cierra los ojos entonces. Deja que esos atalayas de lo externo lo lleven a su recóndito mangrullo espiritual, a esa otra mirada que proveen los sueños: al reino invulnerable de los ojos siempre abiertos.

Su cuerpo, entonces, cede a sus propios e íntimos reclamos y pesadamente el brazo derecho, al caer, arrastra un semicírculo de luz en diminutas polvaredas que invaden el ámbito, descubriendo un cosmos aurígero, diminuto y pertinaz. Pareciera que su brazo arrastra una porción de universo tan única como propia, algo así como la creación de un mundo íntimo y vulgar, irrepetible y fugaz.

De su brazo derecho brota un universo tan rutilante y real que reclama otra vez ese semicírculo de luz, porque teme agotarse en ese universo que su brazo derecho arrastra hasta llegar al borde de la base de la reposera de fierro y lona. Momento ese, en el que su brazo efectivamente se desvanece con resplandor de carrusel entre el codo y la muñeca que se quiebra hacia adentro, cayendo en el vacío que deja su entrepierna. Su otro brazo, cruzado sobre el pecho, aferra un libro de tapas azules, o tal vez sea un cuaderno, lo cierto es que el antebrazo y la sombra que proyecta ocultan un posible título o etiqueta. Queda sumido (el libro de tapas azules o tal vez un cuaderno) en el anonimato. Uno pudiera rodearlo (a Leopoldo) intentando descifrar la incógnita del libro de tapas azules o tal vez cuaderno sin lograr desplazar la sombra de su antebrazo que imita caprichosamente el azul (del libro o tal vez cuaderno), generando una confusión metafísica o al menos cromática. Ese mismo brazo (el izquierdo, que con su antebrazo retacea el título

o etiqueta del libro azul o tal vez cuaderno) dibuja un ángulo de sombras sobre el muslo y el parqué, que, como todos sabemos, es una madera codiciada para el asado de todo Argentino Depuesto que de tal se precie; decía que su brazo deja entrever a las claras que su torso tiene una leve inclinación hacia la izquierda, lo que hace posible que se dibuje ese ángulo de sombras sobre su muslo, cayendo en un trazo irregular sobre el parqué, madera que aún no se ha enterado del destino político cultural que le ha conferido la oligarquía, las clases medias y los revolucionarios que se equivocaron de octubre y gritaban en la plaza como cosacos. Vemos que la nuca de Leopoldo descansa livianamente sobre el buche del respaldo, tiene una leve tensión que eleva el mentón, defendiendo olímpicamente la dignidad del descanso y resaltando el lugar justo donde su pipa reposa abusando de la fragilidad del labio.

Ahora Leopoldo sueña que su exilio está signado por los sueños. Por los sueños y por los bombardeos de la marina, que acribillan a cientos que miran al cielo buscando una respuesta, y solo encuentra fuego desde arriba cayendo y escombros y más fuego por el suelo. Por los sueños está signado Leopoldo y por colegas de otros sueños, de otros tiempos, que hoy hasta esquivan pasar por los barrios donde Leopoldo soñó estar despierto fabricando sueños. Sueña que su exilio es un basural donde los cuerpos pueden rogar, huir o desplomarse. Sueña multitudes acalladas, porque los nombres que se nombran dejan rotas las gargantas, calcinadas sus lenguas y una señal sobre el cuerpo que los delata. Sueña su exilo, como quien sueña que al despertar otro exilio lo estará esperando. Porque su exilio está a la vuelta de la esquina paseando su odio con la vulgaridad de los ricos cuando andan de entrecasa.

Su exilio es un dolor de calles ahogadas por muchedumbres inmóviles, avalanchas de quietud gravitando con sus propias leyes, brazos amenazantes en un gesto suspendido y perpetuo. Su exilio es un infierno indescifrable donde arden borradores de papel, y héroes somnolientos van silenciosos a las fábricas, y

mujeres sin rumbo portan banderas entre las ruinas de la Patria. Su exilio está hecho de materiales humanos, de objetos desvencijados y lámparas de luz perpetua que iluminan el revés de las sombras y atraviesan las fronteras de la noche y el pudor de las almas. Su exilio es una declaración de guerra. Su ejército no es este mundo; sus combatientes pueden atravesar los muros del firmamento y las fronteras de lo innombrado, sus armas están cargadas del material intangible de los profetas y su emblema es un cóndor de pico fulgente metiendo las patas en la fuente de una plaza augural con un cielo azul celeste.

Ahora Leopoldo sueña que no quiere soñar, que prefiere pudrirse en esa soledad de ser solo un hombre solo, tendido y solo, que sabe que va a morir. Pudrirse en esa soledad de los que van de la mano de millones solos y desamparados, quebrados como vidrios o heridos como gallos de reñidero. Olvidados en esta soledad de ventisquero, en este azul del poniente como una flama que se debilita y se apaga en una sola explosión silente y sola. Sueña que no quiere soñar y que cada pedazo de sueño latiendo va tragando su voluntad y que su corazón está empantanado como un caballo moribundo, cinchando y bufando en una alegoría de tropilla oscura, retinta, que avanza en la quietud de sus bozales sangrantes, detenido en la velocidad de cascos quebrados de desvelo, entre belfos espumosos y sin resuello.

Cada pedazo de Leopoldo sueña que no quiere soñar, y sin embargo sueña, y es un tajo más por donde drenar el sueño que no lo abandona aun despierto.

9

Ya te lo he dicho, Elbiamor: únicamente grandes abismos y yo en el borde, balanceándome, aferrado a un equilibrio de fantasía donde mi infancia deja que sus pájaros aniden entre tibieza y soledad. Aquí, frente al ventanal que recorta un ángulo de luz que golpea rincones opacos y deja en llamas las sombras del rellano. Aquí, tendido como cualquier hombre tendido que va a morir, aferrado a los pájaros de la niñez entre una fantasía de soledad y tibieza.

La Gran Pregunta me acompaña, Elbiamor, el Gran Interrogante. Ese abismo y yo balanceándome en esa fantasía de equilibrio o en la quietud de una realidad inestable del que busca quietud y equilibrio en una misma realidad o fantasía. Tal vez solidariamente los contrarios uniéndose y solo sea movimiento en equilibrio permanente. Finalmente soy yo mismo anidando entre tibieza y soledad cuando Dios se revela. Cuando Dios se niega. Cuando la negativa de Dios en revelarse nos sujeta a la quilla de ese barco en tempestad que somos, cuando tenemos la certeza de que todo ha sido un sueño o cuando hemos soñado el sueño de Dios cuando se niega. Y no es lo mismo, ni la tempestad ni los sueños, cuando Dios nos sujeta a la quilla de Su barco en la tempestad de Su sueño con el equilibrio de quietud en movimiento.

Digo, simplemente, que también un puñal encuentra tibieza, negando y confirmando, entre destierro y urgencia, atenuando su fulgor avieso como un destino de toros atorados en su cueva de lidia, dejando un tajo de luz tan oscura y letal como su filo. La herida no nos lleva a la muerte, el puñal tímida y pacientemente busca calor y siempre lo encuentra, el dolor no está en la herida, es la herida misma. La muerte no está en la herida y ni siquiera el dolor la convoca. La muerte está en la despedida y el dolor es preparar las valijas.

Todos los creyentes somos la duda de Dios hecha humanidad imaginada y real imagen a semejanza divina y desigualdad eterna, tan costilla como barro, tan serpiente como árbol, tan detritus como manzana. Somos la duda hecha certeza de muerte, eternidad de lo efímero, carne de toda carne modelada en siglos de células combinadas y resistentes.

Sucede que la fe no es ninguna respuesta, mejor dicho: la respuesta de la fe es apenas una opción para ahuyentar lo terrenal de la asfixia y lo metafísico de la angustia. La ciencia de la fe es un oxímoron o una excusa cursillista de los teólogos para tener un oficio perenne, bien pago y de un relativo esfuerzo neuronal y penitente. La Gran Pregunta nadie la responde, es decir, la única respuesta es la fe, o sea y para más datos: hay respuestas que no quitan la duda, pero ayudan a dormir sin sobresaltos, aunque la cobija sea corta y el sueño largo.

Entonces: inestabilidad del equilibrio mortal, no hay contradicción, sobre todo si se pierde ese equilibrio frente a los grandes abismos aferrado a la fantasía de la infancia. Juego eterno sin respuesta: jugamos por jugar, no hay ganadores ni caminos al éxito ni marchas triunfales. Lo que tenemos cabe en una partícula del átomo de una partícula de la gota de una lágrima, aunque llevemos toda una vida tratando de enjugarlas.

Finalmente: es el juego eterno de demiurgos antagónicos, porque son dos la Gran Pregunta, o es una dividida por su respuesta en dos actos de fe, paralelos e indisolubles; sencillamente, si hay fe para el bien debe tener su contrapartida. ¿O la fe tiene un contenido ético, una clave moral, una estructura salvadora? Como diría el Viejo Martín Gramont, el Taumaturgo de la isla de La Paternal: “la fe es la fe y cada cual la tiene donde la pone, y si Dios necesita de la fe para engendrar la duda que lo hace eterno, también la fe en el Diablo es necesaria, porque son los gemelos del génesis. No se puede dudar de uno sin dudar del otro, que es lo mismo que decir: si vas a tener fe en Dios, el infierno sale con fritas”.

Tantas cosas que decirme aferrado a esta fantasía de equilibrista. El cable tenso. El gentío murmurando deja un sonido de bocinas vegetales en el aire. La expectación hace claudicar las miradas. ¿Y si se cae? ¿Si tantos preparativos y ensayos, tanta parafernalia de espectáculo y cintas de colores sobre la calle no son más que un decorado de funeral exótico?

Fantasía de equilibrista: ¿No caerse o darle un final trágico al espectáculo y a los expectantes espectadores? ¿Sostener la fe en un hilo para que Dios y el Otro miren la caída en dos perspectivas de proyección paralela y axiomática?

Es así, Elbiamor, ni las certezas ni las dudas, y mucho menos la fe: toda la cuestión está centrada en no caerse. En aprender una rutina básica e improvisar variaciones sobre el cable tenso. Ya sé: vivir es una tensión a veces insoportable, pero nadie que se quedó al otro lado del cable pudo vencer ese vértigo, esa angustia de estar al borde y no caerse, al menos durante el mayor tiempo posible.

El equilibrio como sentido de la vida, que nada tiene que ver con ser justo o ecuánime, ni haber alcanzado la sabiduría ni el punto omega, nada que ver con haber encontrado el centro de gravedad y mucho menos ser equilibrado, más bien, con haber descubierto la gravedad del equilibrio y embocar un centro de sobrepique y con la pierna cambiada.

Como en el arte y la literatura, donde buscar la belleza tiene más que ver con andar a los bandazos que quedarse aferrado a teorías estáticas o rígidas estéticas. Dudar de la belleza que obtenemos (cuando ese prodigio errático acontece) es como buscar a Dios (e implícitamente al Otro), algo así como la duda de la duda, que nos da algo así como la certeza de no saber y seguir buscando.

Eso, la búsqueda (siempre y cuando uno intuya a ojo de buen cubero lo que anda queriendo encontrar), es lo que vale la pena o lo que menos pena cuesta, ya que la única constancia de

nuestro dedo en la llaga está en lo que vamos descubriendo (¿descubriendo?).

Al menos, Elbiamor, es preferible andar aferrado a un equilibrio de fantasía, buscando pájaros que aniden entre tibieza y soledad, territorios de la fe, heridas que no matan y el dolor de hacer las valijas, a quedarse masticando la siniestra estética del destino.

10

¡Esta murga se creó en alpargata y camiseta,
por eso la llamamos la murga del Poeta!
¡chipum — chipum — chipum!

Por las calles rodaba un sol impuro, era de una claridad ocre, como filtrada por una polvareda de tropilla zaina. Todo era claridad, sin embargo, claridad velada, claridad de madrugada en los húmedos andenes del Belgrano y del Roca. Desde los establos de Barracas a los boliches del Centro, desde la pegajosa luna del Riachuelo a las tertulias masónicas de Villa Crespo.

Luz de crisálida, reptante y mutante. Claridad de un tiempo suspendido en un presente eterno y militante. Claridad de tormenta o artificios de pólvora vencida. Claridad marítima rayada por sirenas de barco, amasada en los sobacos de changarines portuarios hasta el cielo de las grúas y sus oxidadas fauces. Luz empujada por El Pampero, chiflando entre las púas de los cardos y las arterias esponjosas de ombúes, ceibos y caldenes. Luz de La Pampa, abriendo un tajo de sombra sobre el pasto recién sangrado.

Y por esa claridad pasábamos cantando, con el dolor hecho jirones, sobre los escombros de un poema que nos llamaba con sus bombos de cortejo callejero. Escombros de la Patria como parapetos de la historia donde refugiar a nuestros héroes y marcar con explosiones caseras el vacío de los calendarios.

Fue en ese momento que aparecieron las costureritas de Carriego: musas del mal paso taconeando hasta estremecer sus caderas, mientras las vecinas, asomadas tras visillos de macramé y colgaduras de tela basta, encendían velas que tenuemente iluminaban a la Santita y al General sobre su caballo pinto;

arrancando destellos sobre el marco dorado de los cuadros y frascos de botica, con sus rótulos ilegibles y sus bocas rechonchas; cargados con flores sobre los estantes forrados con papel madera o de multicolor regalería, cumpliendo así su homenaje en ese altar de entrecasa.

Así se construyó este vendaval de sangre y tendones, de héroes sin retaguardia y sin trincheras, héroes de fundillos gastados y camisas con el cuello volteado, héroes repentinos alpargateando el mundo de los desclasados. Perseguidos como Fierro y sus paisanos, glorificados en calabozos y bendecidos por los fusilados, anunciados por trompetas y tambores, que sonaban como profecías de una armonía rota y mil veces reparada en los talleres de la victoria.

Así se los veía, bajando de a montones de carros lecheros o de vendedores de hielo, de camiones tosiendo petróleo y bicicletas de rayos contrariados. Esos que llegaban entre las neblinas del tiempo, flotando a la altura de los balcones, que dejaban ver sus músculos vibrantes y los agujeros de mil batallas en sus sudadas camisetas de algodón cardado. Esos que venían respirando un aire de toros vencidos: los muchachos del Lisandro de la Torre y, envueltas en sus mantos de silencio, las trabajadoras del frigorífico La Negra de Avellaneda.

Y esa luz, ese albor, esa claridad, esa niebla luminosa como nacida de párpados recién abiertos, nos empujaba al éxtasis y al combate celestial y cotidiano de no dejar que volvieran sombra al Poeta. Y esa luz, ese albor, esa claridad, esa niebla luminosa, se quedará vagando con los espectros de los basurales y en las visiones de los bombardeos. Peleábamos, aunque más no fuera por la luz condenatoria de los réprobos o por un resplandor de justicia guerrera, así fuera en el cielo como en la tierra.

¡Suenan los pitos, suenan los bombos,
somos poquitos y hacemos quilombo!
¡chipum — chipum — chipum!

 53

—¡Que los de atrás empujen y los de adelante que no reculen! ¡Esto no es un paseo, es la marcha de los derrotados y resistentes, de los ofendidos y penitentes! Somos el berrinche poético de nuestro Poeta Depuesto, la égloga ciudadana del Virgilio de Monte Egmont. ¡Qué digo, somos el mamotreto lúcido de la Patria revelando y rebelando las letras de todas las batallas, somos los incinerados por los pájaros de hierro frente a los ministerios, los fulminados en las bocas de los subtes, los cubiertos con los piadosos sagrarios de cartones y hojas de diarios, el «Subsuelo de la Patria Sublevado somos»! ¡Somos el párrafo maldito de los libros quemados en las plazas, el olor humano que desde José León Suarez dejó una hediondez sagrada apestando la Patria!

—Che, muy emotivo el compañero, pero no se le entiende un carajo. Necesitamos una arenga más simple, convocante, de pocas palabras.

—¡Otra vez, dale que va con la cantinela del verso sencillo y la prosa de formulario! Dejá que cada uno ponga lo que quiera poner y diga lo que quiera decir, mientras lo ponga donde hay que ponerlo y lo diga donde hay que decirlo. Nosotros ya tenemos nuestra consigna:

EL POETA DEPUESTO VA A VOLVER CUANDO SE LE CANTEN LAS PELOTAS

—Sí, ya sé, pero me escaldan los discursos rimbombantes que dejan perpleja a la multitud, ignorando la virtuosa majestad del verbo campechano y espontáneo.

—Si no te conociera de tantos años y en tantas batallas, te mandaría a pasear sin boleto de regreso o al palo más alto de una embarcación normanda. Escuchate rimbombando el lenguaje para pedir supuestas llanezas de oratoria. ¡Dale,

ayudame con este bombo que pesa como si estuviera lleno de caños!

—¡Está lleno de caños!

—Espero que esta vez no revienten como cuando el gordo se quedó sin un dedo y sin el bombo.

—¡Pará! Mirá a esos dos.

—Raros, ¿no?, pero no puedo dilucidar la naturaleza de su rareza.

—Vienen disfrazados, fijate, el de la derecha tiene un ala en la parte izquierda de su espalda, también lo sigue un… ¿resplandor?... como un rastro o resto áureo sobre la cabeza; de un blanco de gladiolo martirizado por el sol y de una luz intermitente como de arbolito de Navidad, o definitivamente como un aparato lumínico descompuesto. El otro tiene partes de la cara medio rojizas y lobunas y un cuerno alicaído de un fulgor pálido e incandescente.

—Acerquémonos, parecen como perdidos y a la vez consustanciados con el resto de nuestros vociferantes sublevados.

—¡Hola, muchachos! ¿De qué barrio son?

—¿Están perdidos? ¿Vienen a ahuyentar a la parca que anda rondando a nuestro poeta?

—Bueno, mire, yo vengo de arriba y él de abajo. Tenemos una relación, como decirlo, histórica-metafórica-emotivo-polisémica con el poeta. Una relación fraterna, somos casi su creación, y eso de "casi" es porque, para los creyentes, somos una verdadera creación de alternancia entre la divina providencia y la maléfica ocurrencia.

—Sí, es así, tal cual lo que dice mi compañero.

—Eso de compañero habría que ponerlo a prueba según los datos de la época.

—Está, está bien, dejame seguir. Decía que, como decía acá… el de arriba, que como ya habrán deducido es un ángel, y yo, que como también habrán deducido soy un…ángel… de abajo, nos autoconvocamos al enterarnos de que Leopoldo está tendido como cualquier hombre tendido que va a morir.

—Él nos convocó varias veces. La más notoria fue para La Batalla de José Luna, pero hemos estado arraigados constantemente entre sus papeles como bejuco a la pared, como un estandarte al combate, como ternero a la teta, como el humo a la pipa de Leopoldo y como Leopoldo a dos de cosas nombradas.

—¡Ajá! ¡Así que ustedes son el ángel de arriba y el íncubo de abajo! ¿Se puede saber por qué traen esa pinta desarrapada y ominosa?

—Es curioso que, de todo lo que pudieran preguntarnos, nos pregunten eso, y que den por sentado que somos ángel y demonio encarnados, como si todos los días se les aparecieran tan campantes unas arbitrarias y leudantes esencias literarias de hueso y carne humanas o personificaciones corpóreas de lémures y afines de saco y corbata.

—Mirá, te puedo decir que te vayas a la mismísima…

—Mi nombre terreno —interrumpió el desalado— es Cantabel. (Mucho homenaje y mucha marcha, pero estos no leyeron nada de nuestro Poeta Depuesto, dijo para sí Cantabel).

—Y el mío es Nebiros. —(Mucho homenaje y mucha marcha, pero estos no leyeron nada de nuestro Poeta Depuesto, dijo para sí Nebiros).

—Bueno, mirá, Cantabel —(Mucha corte angelical y antesala demoníaca, pero son de lo más obvios estos dos, nunca pensé que se llamaran igual que en el sainete de nuestro Poeta Depuesto)—, estamos en medio de un vendaval de confusiones y al garete de muchos aciertos, no somos de andar preguntando por la salud mental de nadie y además no tenemos por qué no

creerles. ¿Alguien que no estuviera loco o que no fuera realmente un ángel diría que lo es? En fin, tienen un aspecto medio aterrador y burlesco. Eso nos llamó la atención. Además, sabemos que habrá provocadores y estamos tratando de mantener un caos amigable, el cual podamos manejar sin tener que pisar el freno o reventar a palos a potenciales conspiradores y conspicuos contras.

—Les explico —irrumpió Nebiros—: cuando nos llegó la noticia, estábamos en una especie de retiro espiritual y descanso ecuménico, cada uno por su lado, por supuesto. Él estaba a orillas del Octavo Cumulonimbus del Primer Nubarrón Arcaico, que a esas alturas es como un vergel hipnótico de caléndulas y crisantemos hipotéticos, que, al parecer, según me conto este, deja un tendal de querubines extasiados y remolinos de almas en jolgorio. Por mi parte, estaba en el Noveno Agujero del Segundo Subsuelo del Primer Caldero Córneo, que es un pedregal austero y caliente, con vientos sedosos como lenguas de iguana, que deja sosegados a los cabríos más exaltados y en silencio al vociferante Azrael. Ahora, bien, como les decía, la noticia nos tomó de sorpresa y tuvimos un tiempo escaso para efectuar nuestras respectivas transmutaciones. Deben tener en cuenta que el espacio tiempo desde donde nosotros venimos no trascurre como en esta terrena y sempiterna Ciudad de Buenos Aires. Es un poco más, cómo decirlo, un poco menos… en fin, que de donde venimos el bondi no tiene paradas programadas, andan con recorrido incierto y los choferes siempre son novatos, sin contar que las transmutaciones no son jauja ni moco de pavo, o como cambiarse el traje antes de misa.

—Conclusión y síntesis, che —terció Cantabel—, en el apuro quedamos medio truncos, contrahechos y desaliñados, aunque después de ver lo que juntaron por aquí no sé por qué se sorprenden tanto.

—¿Qué te pasa, angelastro maltrecho? ¿Te da asco el populacho, te compraste la propaganda divina del querubín regordete? ¡Pedazo de tilingo celestial!

—Tranquilos, compañeros, tanto los mortales como los sempiternos mantengamos la calma, como decía un radical amigo mientras aplastaba a sillazos a un disidente alvearista. En pocas palabras, cuidemos la flauta que la serenata es larga.

—Bueno —dijo Nebiros—, tampoco es cuestión de tratarnos como zaparrastrosos, nosotros somos representantes del Ascensorista de Abajo y del Ascensorista de Arriba, respectivamente. O sea que…

—O sea que, o se ajustan a la terrena marcha de los acontecimientos, o se van olivando cada uno a su rancho.

El avance impetuoso de un grupo de murguistas, ajenos a la discusión y alejados de toda disputa verbal y filosófica, atropelló a los dos militantes de la Causa Poética Nacional y a las dos desastradas ánimas antagónicas, que, convocadas por la mismísima esencia Marechaldiana, seguían entre tropezones y balbuceos verbales argumentando sus eternas razones místico-literarias y sus sin razones terrenas.

Había languidez de tarde brumosa, el aire entraba hacia los pulmones húmedo y ligeramente acre, remolinos de luz bailaban haciendo firuletes en las ochavas, los bares estaban atiborrados de adiós en las botellas y rojos de silencio hasta en el borde de las mesas; las calles del barrio anochecían su desnudez vestidas con sombras de plenilunio y había destellos del mes de junio abriendo multitudes como banderas tras las ventanas.

Y, nuevamente, los bombos, redobles y platillos acompañaban estrofas aguerridas y militantes:

¡Cuando Dios hizo a Jorge Luis
estaba sentado en una barca,
por eso le salió gorila y oligarca!
¡chipum — chipum — chipum!

—Otra vez provocando. Ya tuvo lo suyo con la ceguera justo cuando lo nombraron director de la Biblioteca Nacional —interpeló uno que iba de bandera argentina atada al cuello,

acompañado por otro de raída camisa Ombú y con bolones de acero «anti-montada» en la mano derecha.

—Bueno, quizá como Inspector de Aves y Conejos en los Mercados Públicos logró ver desde su alma atormentada por el exabrupto peroncho la realidad que le negaba la ceguera de su ojo oligarca —replicó con algo de sorna el de camisa Ombú.

—No seas jodido, al fin y al cabo, es solo un escritor. Su literatura es lo que vale, lo demás no tiene importancia —insistía el de bandera argentina al cuello.

—Tenés razón, un literato como él, que entre tantos hallazgos poéticos también dijo: «La fealdad de estos lugares (refiriéndose a Avellaneda y Puente Alsina) parece predestinarlos para Perón y el peronismo» o también: «Los peronistas son gente que se hace pasar por peronista para sacar ventaja» o aquella bella anécdota del Gran Chicato: un joven se ofrece a ayudarlo a cruzar la 9 de Julio. En mitad de la avenida, el joven le dice a Borges: «disculpe, maestro, pero le tengo que decir, yo… soy peronista. Borges respondió diciendo: ¡No se preocupe!, yo también soy ciego». ¡Una ácida frase de un genio del cinismo vernáculo! Será como vos decís, nomás: su literatura habla por él, pero no me negués que él también habla por su literatura. Más que eso, si se dedicara a su literatura y ser un garca y nada más, vaya y pase, pero opina, el viejo gorilón opina públicamente. Y tiene todo el derecho, pero que se la aguante entonces, que se la aguante y que lo lean los que disfrutan de su hojarasca literaria, de su metafórica pirotecnia futurista y de todo ese embeleco de Narciso que le cuelga de sus patricios belfos. En cualquier caso, su fina creatividad será Belleza que a mí me sienta Feo —con voz suave pero firme le devolvió el de camisa Ombú.

—Ta bien, no vamos a discutir por un gorila de las mejores letras hispanas —conciliador dijo el de bandera argentina al cuello.

—Así sea —ya en tono canónigo musitó el de camisa Ombú—. Pero atendé una cosa más: ¿sabías que el padre de Ernesto Guevara de la Serna… ubicás a este otro innombrable?

—No jodas, seguí, seguí —devolvió un tanto estufado el de bandera argentina al cuello.

—Prosigo. Don Ernesto Rafael Guevara Lynch compartía pupitre con el Venerable Chicato y parece que le dio un sonoro soplamocos en el curso de primer año en el cogotudo y cajetilla Colegio Manuel Belgrano. Años después se reiría con amigos igual de pendencieros del pulcro estilista literario porque era un pollerudo y chupamedias. Algo más: ¿sabías que todo lo que el Insigne Chicato ha escrito sobre Buenos Aires le es tan ajeno como Saturno o el Riachuelo, que solamente habrá oído o visto (cuando aún era un Vidente Cualunque) un guapo, un facón, una esquina rosada en relatos de algún conserje tras pesados cortinados en su biblioteca familiar o en grabados y fotos de diarios y folletines? Decía también don Ernesto que con fulgor ocular o en tinieblas nunca sintió lo que escribía, a no ser con los espasmos a pedal de la sinapsis de su sesera. Decía también que El Gran Chicato no tocó una teta a no ser la que lo amamantó hasta pasados los cincuenta entre encajes de bolillo y pasamanería. O sea, tenés razón, no vamos a discutir por el mejor representante de la literatura nórdica en habla hispana —concluyó el de camisa Ombú mientras hacía rodar algunos de los atesorados bolones de acero porque se venía la montada.

11

¿Y si Leopoldo atesorara la convicción de los santos? Esa verdad intangible de los puros que no reverencia al cuerpo ni lo abandona en su fragilidad terrena, que exige del alma el sacrificio de la obsesión y la ternura.

¿Y si Leopoldo, ahí tendido como cualquier hombre tendido que va a morir, estuviera ayudado por su sombra, robándole luz al galimatías de lo cotidiano y la oscuridad al Plan Divino, como una señal de Patria rota, como un reconstructor melancólico de la luz de Patria rota y su tiranía de sombras?

Ningún hombre como él ha perdido su voz hasta recobrarla en el laberinto de las cosas. Ha sido él su propio, íntimo y caótico diseñador de las cosas perdidas y las causas patrióticas. Enjundia pérdidas que en otro tiempo fueron sustancia nutricia de quimeras y desilusiones. Él trastabilla con la verdad y sus vislumbres, maquina la respuesta a todo ejercicio mítico entre matorrales reminiscentes de símbolos y atolladeros de transcendencia fáctica: «de todo laberinto se sale por arriba», ha dicho, perturbando categorías filosóficas y el sentido común de los que tienen marcada en la frente la salida de emergencia para no perder su lugar en el reparto de indulgencias y aliviar la expiación.

Otro ha sido él y siempre él mismo ha sido. Redimiéndose bajo la luz mortecina de un farol del barrio o en las veredas de un callejón perdido y amurallado. Ningún hombre como él ha liberado su voz entre embrollos de luz y Patria rota.

¿Pudo perderse hasta siempre encontrarse entre las cosas y su sustancia mínima o en el reflejo mismo de las cosas? ¿O derramándose en la hermosura final de esas sombras de luz pudo ensimismarse contemplando su obra como la posibilidad infinita de un reencuentro que se demora?

Leopoldo es una certeza de luz hecha añicos en la calle. O, mejor dicho, es la esplendente luz de la calle haciendo añicos las certezas. La verdad lo persigue porque ha sido un perseguidor de utopías y un demandante de belleza.

Por eso Leopoldo asume la forma de lo que ama. Y sueña que la Patria tiene la forma amada. Y mientras se funde y escinde, murmura: ¿no dan ganas de llorar hasta los bofes del alma cuando uno se siente como una metáfora de sí mismo?

El sueño que sueña el soñante es la realidad del soñante y hasta el soñante mismo, dice Leopoldo, mientras pájaros de oscuridad le sobrevuelan los ojos. Él mira a través de esos pájaros. Es una mirada sin derrotas entrando a la luz como a una ausencia.

Mira sin indulgencias lo que el mundo siembra cuando los hombres confunden los signos perennes del tiempo con la urgencia del tiempo de los hambrientos y se disponen a olvidar sus cuerpos envueltos en los trapos del alma, porque siguen combatiendo cubiertos por escudos quiméricos y armaduras anhelantes.

Leopoldo es realidad que se sueña y sus ojos atraviesan los pájaros de la oscuridad que lo sobrevuelan, acontece en la intemperie de sus ojos; trasciende amaneceres y ocasos, se inaugura en el lenguaje de los libres y sabe cómo nombrarse. Atado al sueño de la Patria puede nombrarlo todo, porque la Patria que sueña Leopoldo es una clave espiritual: una inmensidad de amor arrebatado al universo atormentado por los cimarrones apocalípticos de Los Horribles, una complejidad tan elemental que puede soñarse como una ausencia entrando a la luz sin derrotas, entrando a la raíz del silencio como quien entra a lo innombrable invocándolo.

Por eso Leopoldo será una metáfora de los sueños de la Patria derramando en cada letra eternidad de palabras, las que revelan y ocultan, que moldean silencios sin callar la transparencia de los nombres que otros dejan para que se cifren solos. Él no, solo

será discípulo de los dioses y los Actos Puros y cantará con las patas en el barro, frente a los portones de desolados corralones en las tumultuosas barriadas; cinchando entre charcos y luz escasa, en ancas de ese animal de esperanzas que emerge desde el oscuro rincón de los olvidos; aullando relinchos de optimismo por veredas y muros encalados, así, hasta la extenuación, con la pura voluntad encendida de relámpagos, victorias y desvelos que esperan ser desagraviadas por baguales redentores, entrando a la historia con el sudor de los que se bendicen desde adentro.

Leopoldo descifrará claves homéricas, innúmeros senderos de Virgilio donde el alma rompe el cascarón de las buenas obras y hurga en el caos natural de las cosas; rondando la oratoria del exilio de Séneca mientras un fuelle maldito protesta requiebros de nácar con setenta cueros resoplando el sonido de un corazón reventado; entre corifeos de barrio y pingos bravos, entre la polvareda interminable, arremolinada y lacerante de un Pampero que sopla humillando cardos y toros capones, dejándolo sediento de auroras y soles de mayo.

Así entrará Leopoldo a los signos y designios de la historia, al bastión cotidiano donde ganarse el puchero encierra todo un decálogo de súplicas y batallas, cubierto por el quimono de Samuel Tesler y la cadena áurea de sus símbolos guerreros.

Será lo espiritual y lo último de sus aquiescencias en horas de epopeyas. Como decir: será la Patria sin referencias ni comparaciones ni reclamos de indulgencias. La Patria como su propio ser: existencia pura, íntima. La Patria es si nosotros somos con ella, contemplando la urdimbre de todo en cada parte de su existencia, con todos los nombres que puedan nombrarla.

Leopoldo es Patria que sueña la Patria soñada por Leopoldo.

 63

12

Aquí estoy, Elbiamor, tendido como cualquier hombre tendido que va a morir, impugnando escenas improbables tan solo por el gusto del alimentar el tiempo con el material que más aprecia: la vida, nuestra vida. En este caso, la mía.

¿De qué otra cosa se alimenta el tiempo sino de nuestra efímera sombra sobre la rotunda luz del mundo? ¿Qué otro lamento somos sino esta audacia de luz molestando las sombras del mundo? ¿Qué más que una interrupción en el sistema perfecto de Dios somos? A no ser su propia interrupción, su caricatura de lo eterno o su imagen hecha semejanza de lo increado.

Al garete somos en las estelas procelosas del tiempo. Barquito de osamenta frágil y ánima atada al trinquete, vapuleada por ventarrones y tormentas, dispuestos a todos los puertos, a todos los mares y continentes, a todas las islas o desbordes litúrgicos del océano.

Barquito indetenible, batallador y penitente queriendo llegar a donde llegar está tan cerca de la partida que haber partido es estar llegando. Siempre a tientas con la brújula imantada hacia la Gran Pregunta metódicamente escrita en nuestra bitácora de sueños. Somos esa plétora trashumante de no detenernos como si al movernos atravesáramos el tiempo por el atajo de lo eterno.

Por eso, no detengas tu brazo, Elbiamor, al cerrar la ventana, que llegue hasta su destino la mano atrapando el tosco metal de la falleba que la traba. No habrás de detenerlo, de lo contrario sucederá un tiempo alterado, inacabado oscuro y sin destino. Habrá un movimiento quieto en el gesto inconcluso y dócil de la mano, algo así como una posibilidad perdida en la emergencia del movimiento, negada en su quietud perpetua o en su movilidad subvertida y aletargada.

64

La obra ha de llegar hasta el final y el final siempre es el tiempo devorando su obra. El tiempo es hacia adelante, empujado por el pasado, que es el tiempo que ya no es, hacia otro tiempo que tampoco es pero que será abandonando en lo incierto a otra esperanza demorada un poco más allá. O tal vez el futuro nos embauca en la diligencia de llegar a un momento ideal, que apenas es una sutil encrucijada sin camino de regreso. Por eso, Elbiamor, has de llegar hasta el final, porque si se detiene tu mano aferrada a la falleba que traba la ventana habrá algo que no ocurre y solo será el tiempo de tu mano en la obra inconclusa: tiempo sin obra, tiempo puro, acto moroso atrapado en lo que quiso ser, alterando el único registro de nuestro real tiempo perdido: los actos de nuestra vida cumplidos como el tic-tac de Cronos que se devora al devorarnos.

¿Quién puede decir que ha concluido su obra siendo uno mismo el concluido? ¿Somos con fecha de caducidad y vencimiento y el producto es alterado en todos sus factores hasta no reconocerlos?

No hay tristeza, Elbiamor, quizá torpes y erráticas conjeturas o pequeñas hendijas que nutren mis sospechas en este pliegue del tiempo, corrijo: de mi tiempo.

Demasiados prodigios, Elbiamor, para ocultarlos en la chistera junto a rojos pañuelos y blancas palomas que apenas vuelan o que desaparecen cagándonos la solapa. Demasiada cordura, Elbiamor, para encarar lo mutable e intangible que muy campante atraviesa lo terrestre y celestial, como engranajes movidos a cuerda o detenidos por el óxido de las tormentas y la inutilidad de los presagios.

El tiempo: lágrima seca que moja el universo, sin embargo, cifra total de un error de cálculo eterno, ambigüedad de laboratorio experimentando con materiales obvios, frágiles e intangibles.

Finalmente, Elbiamor: libros leídos, mujeres amadas, una tarde en la borraja de la inconciencia infantil, el descubrimiento

 65

de la muerte en el ala de un pájaro; en un insecto tronchado sobre una hoja sin otoño, comprobaciones del alma. Estricta ciencia de los ojos, susurros de Dios en la brutalidad del silencio mientras transcurrimos con la ilusión de haber partido o de haber llegado con el tiempo justo para salir peinados en la foto y sonriendo.

 66

13

Leopoldo por momentos piensa que es una sombra que arrastra a un hombre que proyecta la sombra de un hombre y que a veces coinciden en reciprocidad unívoca, manteniendo, claro está, la natural deformidad que interpelan las sombras. En esos momentos, él y su sombra recorren a contra sol la Avenida Rivadavia y se mantienen en paridad, salvo, claro está, esa distancia, ora atrás, ora delante, del objeto proyectante. En este caso, el mismísimo Leopoldo es paridad de lo disímil, choca y se estremece en zigzagueantes dudas de luz cuando atraviesa las recovas tumultuosas de Plaza Miserere y se deja convencer por la lumbre del universo dejando que su sombra haga a su antojo contraluces y reverberos.

Son momentos únicos en este momento de consumir hipótesis (tendido como ya saben) e inaugurar «el loco berretín que tengo para vos» (Ferrer y Piazzolla), decía Leopoldo mientras liberaba tabaco en círculos de humo y rascaba sin entusiasmo la lona de su reposera de fierro. Providencias de la mirada interior, de la agitación de la esencia misma de la mismidad, erupción metafórica del íntimo discurso de la frágil materia que se debate entre la naturaleza, las piruetas de la ciencia y los artículos de fe y penitencias. Mientras la fuerza real y definitiva se agita en la invisible contingencia que nos habita, que pone en evidencia que a veces somos más sombra que objeto de sombras.

Leopoldo se siente como una vaguedad de otro destino, como un albur de otra casualidad inexplicable, como una levedad en la constelación angélica que el creador dispensa a las almas penitentes e inciertas.

En esos momentos el entorno de luz agoniza en hebras o hervores de santidad en el caldero de la Luz Primera, lo pone al borde de una existencia corpórea y su contingencia celeste; le

canoniza los sudores, lo purifica con colores litúrgicos y oratorios de trisagio. Leopoldo se apura a recorrer esas hebras de luz justo al borde de sí mismo, cargando la sombra de él a sus espaldas como quien lleva la pesada incógnita de una metáfora. Ahí, precisamente en ese momento, sabe que va a estallar en palabras, sabe que va a abandonar las inútiles tareas mundanas (la ratonera de la Vida Ordinaria, como reflexionará en el Banquete de Severo Arcángelo) y escuchará su propia voz diciendo: ¡La pucha! ¡Nunca me pasó esto en las reuniones del Martín Fierro, y mucho menos en el Ministerio!

Será excelso, eminente, elevado, burlará cada palmo terrenal apretujando un puñado de dioses dictándole vocablos: ¿Y de qué materia serán esas palabras acontecidas en medio de explosiones divinas y cantos angelicales? Serán de la materia perenne con la que los hombres transcurren las madrugadas rumbo a las fábricas, serán del puro barro que salpica a los cuchilleros de Mataderos y Balvanera; como el hilo que enhebran las obreras en el bruto golpe de las lanzaderas, serán polvareda y sangre de matarifes, cuerpos rotos por las bombas de los que nombran al Cristo con los clavos vueltos a ensartar en el madero que arde en la Recova y Plaza de Mayo. Pero también prosopopeya y ditirambos, maceraciones de lo clásico y pulsiones religiosas, febriles bravatas y la canonización a través de la farsa.

Leopoldo puede conjeturar una sombra tras otra, como un recuerdo que se asoma a la ventana de los sueños. Inclusive, soñar que puede hacer una montaña de sombras evacuando como un buey o como mil palomas buchonas, depositando el detritus del recuerdo en la sentina de embarcaciones de eternidad sin puerto.

Leopoldo a veces piensa que es una sombra que arrastra a un hombre. En esos días se vuelve luminoso y la sombra que arrastra es todos los hombres; uno por cada letra, en cada página, palabra por palabra, que vuelven y rondan La Plaza y escriben todo de nuevo al cobijo de la sombra de Leopoldo.

14

—¡Marechalópolis! ¡Marechalayres! ¡Sí, señor, si se nos muere el poeta la Capital Federal se va a llamar ¡Marechalayres!

—Muy bien por el entusiasmo, compañero, pero no se me limite geográficamente: piense en Latinoamérica. Además, Marechal debe ser declarado Escritor Nacional Fundante, Máximo Representante Literario de los de Acá, Troesma de Bardos y Literatos Rioplatenses, Rapsoda Patriótico, Gaucho Homérico de Las Pampas, Filósofo Argento y Peruca Inmortal.

—Marechalayres, entonces: ¡será República!

—El poema *Descubrimiento de la Patria* será nuestro himno (completo y sin chistar), y la música se la pedimos a Canaro y que la cante Hugo del Carril, total el quía con la marchita ya quedó engayolado.

—El Teatro Colón pasará a llamarse Antígona Vélez (de todas maneras, se mantendrá el dicho popular de «¡andá a cantar al Colón!» para cuando ya sabemos cuándo).

—A propósito, una pregunta, che: ¿cómo es posible que estas procesiones provocativas y desafiantes, que estos cantos prohibidos que nombran al Poeta Depuesto, al General y a la Santa, que esas pancartas de letras estridentes y mensajes subversivos, puedan sucederse entre estados de sitio, interdicciones, prohibiciones y proscripciones, fusilamientos, presos y perseguidos? Digo, ¿es raro que podamos andar vociferantes e instigadores como si tal cosa, mientras Los Horribles meten bala y ponen preso hasta al musiquero paraguayo Asunción Flores?

—Esto es Buenos Aires, capital federal de la República Argentina.

—No me digás. ¿Me estás revelando algo con eso? ¿Debo mantener el secreto o se lo cuento a algún uruguayo? ¿Es una cábala recóndita o me estás tomando para el churrete?

—No, mamerto, digo que estamos en medio de los cruces de los barrios del poeta: entre la Encrucijada de todos los Arrabales del Plata y en la Glorieta Eterna de la Ciudad de los Mártires, estamos en ¡Nueva Cacodelphia!

Esta Cocodelphia, a diferencia de la descripta en Adán Buenosayres, no será para descender ni para ascender. Ni ciudad de Virgilio (cicerone dantesco que andaba como un croto perdiendo los trenes del infierno) ni ciudad de profetas y bautistas cristianos. Ninguna Babel. Ninguna Babilonia.

Nuestra Nueva Cacodelphia es ciudad de ilusiones y resistencia, de imbricaciones y trascendencias, de festejos y tanguedias. No iremos por toboganes ni laberintos. No entraremos por un árbol hueco ni desafiaremos cancerberos ni salamancas o rejas inaccesibles y zanjones de «putrifango». Solo habrá calles arboladas, ochavas en flor, aromas a glicinas callejeras, a madreselvas asomando por las enladrilladas paredes suburbanas. Acaso, y por el caprichoso equilibrio de algún temperamento de pendencias nostálgicas o arrebatos de realismo crítico, es que tendremos alguna oscura cortada de La Paternal o algún sinuoso callejón de Patricios, recovecos y baldíos bochornosos de los barrios, el trucutrún azaroso de trenes y tranvías, formando un ambiente propiciatorio a nuestro propósito condoliente-celebratorio.

Habrá puentes que solamente se cruzarán para volver al punto inicial de los Días Felices. Trenes que partirán con el único objetivo de añorar regresos y pañuelos al aire, como banderas sin destino entre los escombros de la memoria. Aquí estamos chichipío, badulaque, papamoscas, babieca y bartolero. Aquí, en la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria: ciudad de poetas y labriegos, de patriotas, cafishios y linyeras, de filósofos y mujeres de trenzas negras. Los nacidos del esperma y el óvulo de los catequismos naturales: del barro y el costillar

divino que el Único hizo a semejanza de su espejo celestial: «Deus et dominus natus» y los creados por Leopoldo, eludiendo tentadoras brujerías terapéuticas, usando el eterno légamo de los poetas y la virtud de los imprescindibles (Bertolt Brecht).

—O sea, estamos en una realidad paralela, virtual, adyacente. Somos ingravidez latente en una escenografía de cartón piedra. Actores debutantes en el escenario límbico de las almas inquietas. Ánimas sin descanso en los arrabales del espacio atemporal de la vacuidad eterna.

—¡Ma' qué! Pará con el melodrama discepoliano y ese tonito de Stanislavski a las brasas. ¡Esto es la realidad más real de todas las realidades! El pueblo marchando por su Poeta, protegido por la mismísima Obra del Poeta, codo a codo, con los personajes de sus obras corporizados a fuerza de levadura patriótica y de «Cirulaxia» para el constreñimiento anecdótico y las disenterías litúrgicas. Personajes tan parecidos a nosotros a pesar de sus trazas y su oratoria delirante y contingente. Tan nosotros esos otros que andan entre banquetes, conspiraciones lunares; pugilismo bíblico y el ajuar intacto de la novia eterna. Somos el «subsuelo de la Patria sublevado», como dijo el que espera solo pero no tan solo y buscando en la espera el momento de todos los momentos.

Ahora somos invisible materia en la realidad mugrosa de Los Horribles, somos La Resistencia que crece silente como una incógnita que espera volver con la furia del verbo y la bronca demiúrgica que Leopoldo nos puso en el pecho como una cataplasma para los resfríos de La Patria.

15

No he sido un contemplativo, Elbiamor, ni en términos especulativos ni condescendientes. Podríamos convenir en que he contemplado como un soñador, como un utópico conjeturador de lo que se mira. A veces he sido un simple mirón, aunque toda mirada es compleja por el solo hecho de atajar la realidad en la retina y volver espiritual, simbólico digamos, lo retenido. Nada de lo que es mirado queda igual al instante de ser mirado, toda mirada rectifica y recrea la imagen; nada será lo que fue después de haberlo observado, la mirada violenta al objeto y aniquila la paz de la pupila. Si se mira bien, contemplar puede ser peligroso y, ser contemplado, una tentativa de despojo a primera vista.

He contemplado el mundo, Elbiamor. Bueno, lo que del mundo se ha dejado contemplar en ese caleidoscopio esquivo y oscuro con el que tropezamos a diario. Ya sabemos que no por pudor, sino por mezquindad del tiempo histórico, el mundo no nos deja ver todas sus cosas mirables. Y a las no mirables ni siquiera las esconde, sencillamente son irreconocibles al ojo humano o insoportables de ver, lo cual es casi lo mismo, aunque la diferencia reside en el dolor de no saber y en la incertidumbre de la fe y sus espasmos irracionales. Siempre el dolor hace la diferencia. Y no me refiero al dolor de la carne, al dolor físico, sino al otro, al dolor contenido en una burbuja de aire, entre el vacío del pecho y la respiración de la sangre; íntima conmoción de la substancia entre óxidos de angustia y la arena de los deseos, tajo, herida invisible de las despedidas y los tequieros, agujero, pústula sangrante del destierro hecho médula inalterable en algún recóndito lugar de lo sufrible.

Repito: he contemplado como utópico conjeturador de lo que miro, por eso, carbonilla en mano, he garabateado en las paredes del alma ese oleaje de alpargatas y libros, derramando

nuevas orillas del discurso y las alegorías, nuevas verdades que se hacen realidad en el abismo insalvable de las mentiras que Los Horribles derraman sobre todas las cosas mirables de este mundo.

También he descontemplado, Elbiamor. ¿Cómo explicarlo? No es dejar de contemplar ni poner la mirada en el límite de ver solamente la puerta donde hay bendiciones o catástrofes. No es abjurar de sonidos ni almas rondando en las plazas del barrio. Sin ir más lejos, Elbiamor, en la Plaza Primero de Mayo he intercambiado una bolsa de bolitas de vidrio por quince minutos en calesita de un alma en pena de apenas un metro, seguramente hijo del algún hugonote descendiente, a su vez, de algún calvinista sobreviviente de la Noche de San Bartolomé, que olvidado en los jardines del viejo Cementerio de los Disidentes (inaugurado por el desborde de muertos sin bautizo en la Iglesia del Socorro) quedó vagando penitente y mendicante en este antiguo Hueco de los Olivos. Lugar que cobijó la osamenta de protestantes de los cuatro rumbos y también a los primeros judíos, cubiertos con lienzos húmedos y barullos de kadish, mientras se lavaban las manos para que la muerte se alejara con el agua de los cántaros. Hasta la tierna y hermosa Elizabeth, esposa del Almirante Brown, busca todavía en la esquina de Hipólito Yrigoyen y Pasco, con su ánima descolorida entre albores y nocturnales sin luz, el despojo de su barco humano o el esqueleto de su navegación celeste. También en Plaza Miserere un grupo de ánimas vociferantes hurgaron en mis bolsillos y se perdieron con un viejo boleto de tren en las escalinatas del Sarmiento, pero creo que estos eran tangibles esperpentos del Spinetto que apenas si tenían apariencia de ánimas, con ese blanco macilento de sus caras, ese aliento mefítico del averno, sus palabras guturales y llenas de albures y trabalenguas, por haber chupado en exceso caña norteña y grappa cuyana, mientras hombreaban bolsas de papas y cajones de berenjenas.

Decía que he descontemplado, Elbiamor. Y aun hoy a veces descontemplo, es decir, me resisto a la tentación de lo trascendente. Me despojo de toda veleidad filosófica y dejo que agonicen mis desacompasadas armonías metafísicas entre los restos melancólicos de mis sueños más humanos. Me dejo ser sin más, así, tendido como cualquier hombre tendido que va a morir, apenas llevando la cuenta de las imágenes nítidas o borrosas que rondan por este cuarto, mientras escucho un silbido intenso, que no logro distinguir si es el «vibrato» emocional de mis recueros de aquellos pájaros atardecidos en Maipú o mi padre llamándome cuando la mansa noche se alborotaba de silencios sobre la calle Monte Egmont.

Esos silencios, Elbiamor. Esos silencios destripaban hasta las nervaduras de una hoja o las plumas de un zorzal en pleno vuelo. Silencios como una catástrofe de colores indescifrables, suspendidos en el aire y arremolinados en amenazas de turbión y resisteros de glicinas. Silencios como tormentas muertas, como árboles llorando a campanadas y sangrando por el badajo de sus ramas, silencios de baguales atrapados en el sudor cansado de sus patas, silencios como la palabra de Dios atragantándonos con los alimentos del alma.

16

¿Y si no pudiera encontrar el rumbo y todo fuera tan fortuito y fugaz que ninguna luz llegue a iluminarlo? ¿Si las deliberaciones básicas que su alma puso en desorden, es decir, en el orden propio de su caos, fueran inútiles eructos metafísicos de sus noches de ángeles y prisiones celestiales?

Leopoldo no puede responder nada más o no quiere, o simplemente toda respuesta ha sido ya ignorada por todas las preguntas que ha decidido dejar anotadas en un cuaderno espiralado de hojas cuadriculadas y tapa lustrosa y blanda. Allí ha anotado cada pregunta con tetrágrafos latinos en cursiva antigua y cada respuesta con dígrafos griegos, mezclados con multígrafos en sánscrito y sus geometrías pertinentes.

Cuestión que cada letra del tetrágrafo puede ser una palabra o una combinación de palabras en sus cuatro caras simbólicas, y la pregunta puede ser la combinación de estas palabras o de esas, más el tetrágrafo siguiente en su representación escrita o iconográfica. Y la respuesta puede ser ostensiblemente más compleja (imprimiendo aquí un doble juego: exponiendo la complejidad donde quizá no esté y dejando que la pregunta contenga varios misterios colaterales y aleatorios), porque las combinaciones son muchas más y los pares pueden ser dos vocales y/o consonantes; acentuadas a veces, remitiendo a variables muchas veces más fortuitas que científicas. Mejor dicho: remitiendo a las variables más fortuitas de la ciencia.

Y no es que Leopoldo quisiera ocultar algo. Ni mucho menos. Quienes hayan sido bendecidos en conocerlo, aunque más no sea mínimamente o hayan frecuentado sus obras, habrán sido testigos, o lo serán desde este momento, de que nunca buscó «hacerse el difícil» y mucho menos hacer de lo difícil una exclusividad solo asequible a los «cultos».

Nunca posó de intelectual ni de académico. Tampoco anduvo con las veleidades de la troupe porteña que sacudía ismos de cualquier árbol de la creación artística universal para intentar que les cayera como un fruto newtoniano la nueva ola que barriera los cascajos locales.

No, Leopoldo, más bien, cerró el grifo a la fuente que manaba desde la liturgia ismológica hasta las austeras y renovadoras ideas que hacían tambalear desde la literatura a los gobiernos y poner en remojo las barbas de la literatura nacional. Así es, Leopoldo se aferró a los clásicos y encomendó su razón a los evangelios. Pero, ojo, jamás dejó de tener las patas en el suelo y los ojos mirando el cielo. Así desveló a anunciadores de proféticos poemas construidos en las coladeras del infierno humano. A quienes proferían versos que navegarían perpetuos en las aguas de la eternidad de Dionisios. A quienes transmutaban la letra creativa en liquidaciones de mercería o a quienes, en medio de un holgorio de bricolaje literario, vomitaban triquiñuelas para la eternidad en el Pen Club o la S.A.D.E.

Combatiente lírico de las batallas más feroces, Leopoldo deja las preguntas y las respuestas escritas en otra incógnita destinada al tacto y la memoria, hechas de amor y desconcierto para que el cascarón del huevo del arte se haga tortilla ante cualquier entredicho del lenguaje o imperfección del abordaje creativo.

Leopoldo no puede responder nada más o no quiere hacerlo mientras las volutas de su pipa abandonada en el cenicero están haciendo su trabajo morosamente. Pero ha decidido dejar su cuaderno espiralado de hojas cuadriculadas y tapa lustrosa y blanda sobre la mesa chica donde está el teléfono, en el estante de abajo que hace de revistero. Está abierto en la cuarta hoja, donde deja descifrado, no sabemos si con un tetrágrafo o un dígrafo, o sea que no sabemos si ha dejado una pregunta o una respuesta que, después de un arduo procedimiento, sabemos que dice: «el cuervo de Poe olvidó sus palabras al llegar al poema».

17

Con un buen horizonte a uno le dan ganas de remar, dijo Leopoldo que decía un amigo de tertulias que no era ni el Vindicador de la Siesta ni el Antropófago de Ángeles, tampoco el pintor de los Pedos de Koriscos. Ninguno de ellos, según cree saber que su mente sabe lo que su mente recuerda: ninguno de ellos habría elaborado una metáfora que uniera una reflexión donde la naturaleza, la mecánica y la destreza llevaran a parte alguna.

Leopoldo, un martinfierrista fundante, discurre en tertulias, también llamadas Exaltación por la Metáfora, donde solía recordar los meandros infinitos e íntimos que la creación artística ponía a consideración de los Forjadores de la Obra de Arte. Se dice que, en esas reuniones de oscilantes vanguardias e inciertas sabidurías, Leopoldo arremetía con un discurso de apariencias y consecuencias de posibilidades infinitas, y que dejaba absorto al auditorio (no precisamente famoso por ser impresionable), y que al filo mismo de la última frase repetía sin concomitancia y en estado de absoluta e intencional provocación. A guisa de ejemplo, una incipiente noche de un día primaveral hizo una reverencia al estilo asiático y, acomodando la gola tras carraspear profundo, dijo: "la obra de arte, la obra del hombre; la búsqueda de la belleza de la mano del Dante o de los Evangelios, ascenso o descenso, no importa en tanto sea la belleza la verdadera virtud del alma y se desborde como un cántaro o se desnorte cual chalana en medio del Bermejo, atravesando con prudencia de guerrero el equilibrio ficticio de la razón o lo que impunemente hemos dado en llamar La Razón Pura, que Don Immanuel vapuleó meta positivismo y lógica fundamentada".

El éxtasis —diría más tarde Leopoldo que les decía a todos en la Exaltación por la Metáfora— puede alterar nuestra

determinación y conquistar, o al menos conjeturar, un hecho creador que sea en sí mismo un acto de belleza. Hemos de buscar consuelo en nuestros escritos pueriles como si fuéramos niños asustados de encontrarse con la revelación del Sabio Puro Han Xiang o la manifestación cristalina de Xochipilli. El uno, salmodiando en su flauta las virtudes de los Ocho Inmortales, y el otro, entre los placeres de un príncipe bañándose en las Aguas Fértiles y poemas como flores y también viceversa.

Dice, se escucha decir Leopoldo, que dice: «sé que soy apenas un hombre, un hombre que va a morir tendido como cualquier hombre, pero hasta el hálito final estaré en lucha contra Los Horribles, los Constructores de la Mala Ciencia, los Profanadores de Poemas y Los Masificadores de Conciencia. Contra la bruta, tosca, grosera y cerril mueca mefítica que nos califica como perjuro humano, como malestar juerguista del universo, como materia impropia y repulsiva de los siglos, como una fabulación de endriagos nómades sobre la tierra»

Digo, dice Leopoldo, que, «en la mínima sombra de mi lecho, desde la irresistible sosería del cuerpo yaciente, desde la última ultimación de mi alma, me verán de pie sosteniendo mi disputa desde la Exaltación por la Metáfora».

Porque, así «como lo clásico es atrapado por lo académico y rescatado por lo romántico, inaugurando las estaciones del arte», así, la belleza acudirá a quién sucumba de avidez frente al síndrome del lienzo o el papel en blanco y dispondrá de sus favores incomprensibles hasta negándose, como una provocación hegeliana sosteniendo el arcano de la Idea Pura.

Digo más, dijo Leopoldo enronquecido: «algunos, como los pescados, solo se sostienen por las agallas». Y mientras cataliza el concepto y pone distancia con la metáfora concluye diciendo: «la búsqueda de la belleza puede aparecer como un paraje yermo en el bosque del arte y florecer repentinamente reventando ubérrimo, aunque por las noches le anden meando sus brotes blandos».

18

Me preguntás, Elbiamor: ¿por qué tendido como cualquier hombre tendido que va a morir?

No tengo una respuesta sencilla, ni siquiera simple. Nada simple, ni siquiera sencillo, se teje entre las Escrituras Sagradas y los Fervientes Grimorios, nada que en una sola palabra resuma la Epístola de Juan; ninguna de ellas y sus paralelos, ni siquiera los espíritus invocados por la Clavícula de Salomón. Nada tan simple ni tan sencillo, digo, y digo también que una sencilla y simple reflexión bastaría para destejer embrujos y sagrarios.

En todo caso, Elbiamor, te diré lo que no es, aunque al final termine siéndolo (lo que dos veces se niega será afirmación a la tercera). Tampoco es una metáfora, ni una convocatoria de ángeles o íncubos, ni por asomo una descripción de la realidad o un expediente de brutalidad literaria; quizá, como siempre, sea algo así como un diseño de la intencionalidad de una metáfora, que de tanta realidad descripta termine siendo una metáfora pura de realidad, convocando ángeles o íncubos en la brutalidad literaria de un expediente benéfico.

Lo cierto es que si tendido, no tan yaciente, y si yaciente, no tan extenuado. Ni descanso ni entrega, ni agotamiento ni ocio filosófico, nada de eso. Ni en mi voluntad ni en mi apatía, ni en mis sueños, ni en mis desengaños, ni como Poeta Depuesto ni como penitente del Único. Solo como un hombre solo que sabe que va a morir. Tendido, que si tendido, no tan yaciente, y eso ya lo dije. Y también porque uno tiende, alarga, desarrolla, despliega, prolonga ese momento donde UNO ES más UNO que nunca. Ese momento cuando UNO sabe que ha venido a este mundo como peludo de regalo pero que no piensa (UNO) irse como de regalo o, mejor dicho, regalado. Tampoco es que UNO ande poniéndose precio como un indecoroso cerdo capitalista, sino que (UNO) al menos quiere, como cualquier

hombre, morir en sus trece y al ritmo de su comparsa (ni salmodiante de las Escrituras ni piadosa catarsis, ni hombre de letras ni iletrado de los hombres, ni ilustre escudriñador de sustentos filosóficos ni filosofante de rantería) porque, aunque tendido como cualquier hombre tendido que va a morir, UNO pone los puntos sobre las íes y los petates sobre el burro a sabiendas que de un pozo se perciben apenas los bordes y que de los bordes no se deduce el fondo, ni siquiera si existe el fondo.

Finalmente, Elbiamor, me pareció adecuado estar aquí fumando mi cachimba con tabaco misionero en nuestro refugio de Balvanera, cercano a la ventana de sol y neones que se entrechocan a la hora en que los neones se alinean en la Avenida Rivadavia como un ejército callejero que persigue sombras y escruchantes, aunque cuando llueve queda su luz atribulada en prismas confusos y vacilantes.

Digo que, tendido en mi reposera de fierro y lona, con los pies repantigados sobre el puf de pana roja (confieso que nunca me gustó el puf de pana roja que compraste pero que mis patas cansadas nunca sometieron lo balsámico a una disciplina estética), con mi cuaderno de Tapas Azules, contemplando y descontemplando (ya he explicado esto), fisgoneando la tristeza de algunos objetos y la barra de luz flotando en el polvo atmosférico, que declina desde los vidrios casi limpios de la ventana atravesando con sus piruetas de materia apenas visible y vaporosa hasta casi mi antebrazo izquierdo, que pende sin esfuerzo hacia un abismo familiar, como quien desde un bote buscara acariciar el agua al desgaire de los elementos mirando los remos que otro bate y arrastra.

Decía, Elbiamor: aquí tendido como cualquier hombre tendido que va a morir. Quizá tan comedido y alerta que no pueda advertir los designios del Supremo ni los trabajos terrestres que impone advertir que otros serán los que continúen lo que uno ha continuado, si es que hay alguna continuidad en la faena diaria de los hombres.

19

¿Estoy aún aquí o he partido sin enterarme? Y si he partido sin enterarme, ¿dónde estoy si no es aquí? ¿De todas las inútiles preguntas, cuál y más pueril de todas la que preguntara el aquí y ahora de la existencia?

¡Ah! La retórica, Elbiamor, la impronta del discurso sobre la impronta misma. La posibilidad de diluir la realidad en la realidad del discurso. El pleonasmo, el exceso, el subterfugio, la triquiñuela del verbo y sus morigeraciones sintácticas emborrascando una peroración equívoca, farragosa y furtiva.

¡Ah! Placeres nada inofensivos si desde un púlpito se aterran las mentes con oratoria de fritanga en el tártaro, condenaciones eternas, elaborados en imbricados lenguajes de pecado e imperfecciones humanas. O desde los Ministerios Públicos: la prosa articulada en una minuciosa emboscada que dice redimir esclavos esclavizándolos hasta en el contexto, alocuciones y soflamas para dar caza a los que ignoran la ley o retozan en el libre albedrío de conspiraciones tácticas y apatías estratégicas.

Y la literatura, ¿qué sería de ella sin sus ángulos o aristas lingüísticas y sus engañosos circunloquios discursivos? ¿Qué sería de los mentirosos profesionales del idioma? ¿Qué sería de la vacuidad del mensaje si no recalcáramos nuestra elocución hasta quebrar el fémur de la lógica?

¿Será este momento el indicado para un Tratado de la Lengua, Elbiamor? ¿O simplemente al boleo, a la rebatiña con mis doctrinas, saco a la luz, en condiciones de quién intenta ponerle la cola al burro, el infortunio de vivir a cuenta de las letras o de las infortunadas letras que dan cuenta de mi vivir?

Recordarás, Elbiamor, que alguna vez dije: «Creo que un poeta lo es verdaderamente cuando se hace la voz de su pueblo, es decir, cuando lo expresa en su esencialidad, cuando dice por

los que no saben decir y canta por los que no saben cantar. El hombre de letras es un manifestador de su pueblo y de las virtualidades de su raza».

También he dicho otras cosas que no contradicen estas, pero que me evidencian en la rotundez de mis designios y pormenores, tanto como Poeta Depuesto como así también en mi completitud humana cuando dejé en letra de molde lo que sigue: «Todo escritor, por el hecho de serlo, ya está comprometido: o comprometido en una religión, o comprometido en una ideología político-social, o comprometido en una traición a su pueblo, o comprometido en una indiferencia o sonambulismo individual, culpable o no culpable. Yo confieso que estoy impávidamente comprometido en el Evangelio de Jesucristo, cuya aplicación resolvería, por otra parte, todos los problemas económicos y sociales, físicos y metafísicos que hoy padecen los hombres».

A no olvidarse, Elbiamor: las letras también hieden como brutos y relinchan con su material discursivo, que como toda carne vive el deterioro del vivir, destilando humores de ácidos vocablos envejecidos, corrompiendo hasta la libertad del símbolo y la realidad del enunciado, pringosas conjugaciones que arrastran despojos líricos entre la arbitrariedad del verbo y la ignominiosa racionalidad del texto.

También las letras van al sumidero como resultado de la lógica evacuación intestinal lingüística hasta aliviar las tripas metodológicas de la lengua y sus banalidades discursivas.

Dicen, Elbiamor, que uno es esclavo de sus palabras, y a esa esclavitud me someto, pero no como quien fatalmente le debiera un gallo a Esculapio, sino más bien como quien sabe que la esclavitud a una palabra puede ser redimida y liberta por el sometimiento a otra más justa. Yo más bien creo en que uno debería ser un examinador celoso de sus ideas, un arquetipo de sus gestas remotas y futuras, un nazareno de sus sueños íntimos y un combatiente épico del destino patrio.

De todos modos, Elbiamor, disfruto los pormenores del lenguaje como carancho en su nido y solo he sido hostil a quienes, por no tirarse un cuesco a tiempo, se han desgraciado encima sin posible enmienda ni reparo.

20

¡Fumado un puro me cago en Aramburu,
y si se enojan, también me cago en Rojas;
y si se siguen, se siguen enojando,
me cago en los comandos de la Libertadora!
¡Chipum - chipum – chipum!

—¿Hicimos bien en venir, Cantabel? —interrogó con un aire de preocupación Nebiros—. Escuchá lo que cantan estos energúmenos.

—Y a vos, ¿desde cuándo te espantan las energumendeces? —respondió Cantabel, entre afectadamente asombrado e irreprimiblemente divertido.

—Bueno, si bien vengo de donde ya sabés que vengo, hay algo en ese tono desafiante y de encendida beligerancia que me descose la piel y me arruga los cuernos, bueno, EL cuerno, había olvidado nuestra catástrofe transmutatoria. Digo que en nuestra Dualidad Única al servicio de los Dos que son Uno y que otra vez (¡válgame el que corresponda!) nos enviaron a Buenos Aires y que mi patrón, el Gran Ascensorista de Abajo, que, como todos saben es uno y varios a la vez, al que todos temen hablarle, pero y sin embargo, Él a todos les habla, esperando alguna respuesta que no sean solamente las candongas del Conserje Supremo, que atiente en la Infra Entrada. Prosiguiendo, decía que…

—Ta bien, Nebiros, ta bien… —dice resignado y harto Cantabel.

—¡¡Cantabel!! —gritó jocosamente alarmado Nebiros, y continuó—: además del desastre transmutatorio (que, si bien

compartimos, debo sincerarme y decirte que nada hay más patético que tu aura de filamentos intermitentes), te estás trasfigurando en uruguayo. ¿Ta?

—¡Basta, Nebiros! —rezongó Cantabel—. Podrías abandonar tus divagues seculares y tu gorilización rioplatense y concentrarte en nuestra misión Leopoldiana. Estamos aquí para disputar a la muchedumbre la representación máxima del legado Marechaldiano.

—Debo recordarte —balbuceó Nebiros— que somos uno, los dos somos uno, nuestra Unicidad fue y es fruto del acuerdo conciliar de los Ascensoristas Supremos —argumentó Nebiros recuperando la firmeza discursiva—. Y aprovechando mi interrupción a tu interrupción, cuando yo estaba describiendo la naturaleza misma de nuestro origen y de quienes somos súbditos. Retomando, decía que tu patrón —proseguía un Nebiros, redundante y desafiante—, El Gran Ascensorista de Arriba, que, como todos saben, es uno y no es ninguno, que nunca responde, pero al que todos le hablan, aunque también le temen como al Otro y que también tiene su lamedor de botas, el rubicundo Genuino Conserje del Portal Áureo. Bueno, como todo el mundo sabe…

—Como todo el mundo sabe —volvió a interrumpirlo Cantabel—, nuestra misión necesita más hechos que palabras.

—¡Ja! Ahora me vas a venir con eso de que «mejor que decir es hacer y mejor que prometer es realizar» —vociferó ahogadamente Nebiros.

—No me vengas con terrenalidades partidarias de los que baten bombos en toda la cuadra. No, simple y cándidamente hablando, digo, decía, que, o nos metemos a cabeza de muchedumbre, o quedamos como cola de procesión —ejemplificó Cantabel con la paciencia al borde de la desmesura angélica.

—¡Y olé! Angelucho —dice Nebiros despreciativo e impostando un acento hispánico—, ahora me venís con un

refrito del refranero hispánico, a ver si nos ponemos a tono de nuestro origen quimérico y abstracto.

—¡Basta! —fue el casi aullido colérico de Cantabel—. ¡Basta! —y en el mismo tono bramó—: ¡Hemos de llevar Leopoldamente nuestra acción de copamiento o sucumbiremos en el intento! ¡Asumamos la conducción de esta comparsa y organicemos una verdadera ceremonia de Eternización por el Poema y exorcicemos a mal parida Res Anglo-Oligárquica!

—Che, angelastro del demonio —tronó la voz de uno de los organizadores del Bochinche Patriótico Poético por el Poeta Depuesto.

—Perdón, compañero, pero yo soy Cantabel, usted debe referirse a Nebiros, que es el que viene de Abajo.

—Me importa un pito quién es quién, están conspirando en nuestras narices vestidos con esos harapos malolientes y ese maquillaje de siniestros querubes y clowns de pacotilla. Y eso es demasiado, tanto para hombres de factura cotidiana como para infrahumanos de origen cósmico o literario.

—Bueno, che, no se manden la parte —terció Nebiros—, ustedes tampoco son el Bello Brummell, ni Adonis o agraciadas muchedumbres celebrando las Panatenas. Parecen más bien representantes de aluvionales «cabecitas negras» y del Peronismo de la Primera Horda.

—Además de contrahechos, son unos garcas de la patricia madre que los parió —espetó a los cuatro vientos una costurera sentada en el cordón de la vereda, mientras cosía lentejuelas en una pancarta de terciopelo que tenía de fondo la pipa humeante de nuestro Poeta Depuesto.

—Les voy a acomodar un «apercart» a la mandíbula —retrucó un obrero de la construcción, rojo como carne de sandía y verde de furia como la cáscara del mencionado fruto.

Otro de los manifestantes, harto pero sosegado, dijo:

—Ya tiene suficiente el Poeta Depuesto con el ninguneo y estulticia de los periodistas, la persecución de Los Horribles y el desplante de sus pares, para que vengan estos ángeles/demonios, engendro psíquico, terreno, celestial o del inframundo a disputar las migajas simbólicas de presuntos Representantes Marechalianos. Aquí todos somos un cacho del polisémico símbolo del Poeta Depuesto. Somos él cuando nos prohíben decir los nombres amados, somos él cuando nuestros Himnos son música herida, apenas silbada, somos él cuando prefieren ver desvencijadas y herrumbrosas Singer a la intemperie de su destino de fierro olvidado, antes que verlas relucientes e industriosas en las casas emparejando dobladillos en las polleras de las muchachas o cosiendo para afuera telas de fiesta y encajes de novia, o remendando guardapolvos, sábanas o «los cortos» de la purretada.

—Por eso, acá, en esta marcha grotesca y bullanguera —terció con entusiasmo un empleado de Harrods—, en el espacio de los puentes tendidos por la Encrucijada de todos los Arrabales del Plata, dispersos en el tiempo Marechaliano de la Patria: que cada uno se disfrace de lo que quiera porque a la final cada uno se disfraza con lo que le viene de adentro, de lo que le brota de los poros del alma, de lo que recoge de las esponjas del tiempo y de las fotografías que lleva pegadas en el silencio de los párpados y en el bullicio de los recuerdos. No nos importa si son de este mundo o de los márgenes literarios, de los bordes mágicos de un mandala o del «sanctorum mater» de una Biblia Anglicana. No reparamos en si son hombres puros o de los que, como barriletes, que solo avanzan cuando el viento les da en el culo.

—Por eso, ni ángeles ni entes, ni hombres o endriagos. a duras penas somos un mazacote de tendones e ideales, eternidad del símbolo desparramando vibraciones sobre el instrumento más sensible del «pueblo esencial». Somos pirueta filosófica manteniendo un equilibrio de entrecasa, una trampa al sentido común y a la barbulla ordinaria. Un albur somos, jugándonos

el cuero y la palabra hasta que al Poeta Depuesto se le cante lo que se le tenga que cantar desde donde se le canta a la Patria —se animó un ferroviario de overol engrasado hasta la botamanga.

21

Leopoldo relee algunos apuntes desordenados en hojas sueltas, atrapadas en el interior de dos rígidos cartones atados con un cordón de tiento marrón a guisa de cartapacio, pero sin sujeción de las hojas a ese continente aparentemente improvisado.

Pareciera que relee y, a la vez, que recién empezara a ver físicamente el contenido de lo que esos símbolos dibujan y esconden en su juego de caracteres amontonados y urgentes, mediante una caligrafía que estira una *hache* junto a una *eme* abigarrada y al lado de una *ese* raquítica y serpenteante. Descifrado el entuerto caligráfico y a voz en cuello exclama: «Hegel o el desgarro del alma puesta al servicio de la trepanación filosófica» y agrega: «no está mal», mientras revisa si sigue activa la cinta magnetofónica que dejará grabada su voz tonante y a la vez melodiosa. Constatada la actividad monótona del carrete sinfín y del celuloide imantado, baraja la frase siguiente y sin esfuerzo alguno espeta: «Los Grundrisse descubrieron el alma perversa del capitalismo que consume al consumidor que consume lo inútilmente consumible. No está mal. Nada mal». Y agrega: «la reflexión científica atravesada por la pompa literaria y el vértigo poético ponen de manifiesto el maravilloso acicate que pueden encerrar personas humanas con los dedos de frente necesarios para no confundir dónde está la civilización cuando un bárbaro escribe: «¡Qué Viva el Cáncer!» o cuando el Padre Inmortal del Aula quiere regar con sangre de gauchos los campos ubérrimos de La Pampa y al sur hasta chocarse con la Antártida».

Relee Leopoldo. No, en realidad vuelve a escuchar de su voz grabada los fragmentos y variaciones de lo que ha escrito previamente. Sumido en cierta vigilia intelectual o bostezo creativo espeta: «la filosofía ha sido envenenada por la prosa de

los bandidos de Wall Street, el solipsismo del obispo Berkeley y las flores de Bach».

Tarea rutinaria la de escuchar de su voz lo que su voz dice, monotonía de un preludio de modorra y vacuidades, momento ese en que aparece de la nada la sombra blanca de quien se presenta como el Ángel de la Siesta, que no es otro que Macedonio, incitándolo a la vigilia poética usando sus metáforas de agua entre el fuego de sus versos. Pero Leopoldo sabe de sus astucias y le tiende una trampa, le dice al oído la ecuación filosófica sobre el determinismo crístico del libre albedrío y le revela la sutileza psicológica de la sombra del padre de Hamlet.

El Ángel de la Siesta hace un gesto exageradamente cinematográfico de haber sido mortalmente herido y recoge su limbo en el embudo de luz que se cuela por el lucernario de la sala, y se aleja dejando olor a glicinas y fermentos avinagrados de orujo Cuyano.

Por fin Leopoldo vuelve a sus papeles, descifra una *be larga* rebasando el renglón de abajo junto a una *ele* desbordando por el renglón de arriba hasta llegar a una *ese* achaparrada y maciza. Finalmente, exclama: «el alma homérica necesita algo más que un suspiro para llegar a los campos del lugar alcanzado por el rayo de Zeus», y tras cartón agrega: «¡Me cacho en Dié, el endiablado y moderno aparato que atesora sonidos está apagado!».

Después de encender nuevamente la grabadora y repetir la reflexión antes mencionada, vuelve a aullar gozoso: «¡No hay cadáveres bellos James Dean! Nada es estéticamente más horroroso que un cadáver joven»; esto último no fue fruto de una frase descifrada, sino fruto del repentismo creativo, e inmeditamente reincide en un casi susurro: «si Zoroastro viviera estaría predicando en Constitución y Balvanera apartado los piojos de su barba y sin un peso en la chistera. No está mal», volvió a decir, a decirse en realidad, decir para sí, mientras desgranaba unas largas parrafadas que trascribía a un block de notas que contenía desordenados números telefónicos y citas

olvidadas, ya que la grabadora se obstinaba en chirridos y agudos carraspeos eléctricos y ponía en riesgo sonoro lo que podía asegurarse con la palabra escrita.

«Toda interpretación del ser nos lleva a horizontes más familiares y con membrete en el orillo». Mientras escribía esta frase pensaba en Hermes y en los Tres de Tubinga. «¡Yo no soy un filósofo!», gritó hacia la puerta entreabierta de la cocina donde aromaban tostaduras de pan y café recién filtrado. Acaso ¡un meditador de la espesura esponjosa de los hombres, un tramoyista en bambalinas místicas, un observante de almas, un poeta épico y contuso que festeja con la cofradía y llora solitario en los suburbios!

Yo, el Poeta Depuesto, tendido como cualquier hombre tendido que va a morir, ¡soy Molino de Ideas! ¡Quizá, a lo sumo, un Iluminador Metafísico con permiso y bajo la protección del Ángel de la Siesta! ¡No soy un filósofo! Simplemente soy otro paria en el derrotero de lo divino buscando al Constructor, antes de quedar desnudo de mismidad y arropado de vacuidad, sabiendo que la mitad razonable de mis palabras han estado siempre en mis fatuos silencios.

 91

22

Me persigue un hombre, Elbiamor. Me persigue el brazo de un hombre. ¡Qué digo!, me persiguen la mirada y la sombra del brazo de un hombre, que en una estancia de Maipú aulló como un ahogado cuando la trilladora dejó convulso y serpenteando su muerto brazo sangrante.

Yo era un niño, Elbiamor, el niño que busca en las manos de su padre el hombre que soy; un niño que escribía poemas de niño entre la tierra bruna del sur cercano y sus pasturas feraces y verdeagua, bajo un cielo encabritado de tormentas quietas que tronaban de dolor por el muñón de un peón de campo. Y yo, Elbiamor, el niño poeta que buscaba en las manos de su padre el brazo muerto y sangrante del ahora manco Rearte, que supo, hasta ayer nomás, domar un bagual a la manera de los indios Pampa.

Me persigue la sombra enjuta y cerril del oligarca que dejó que el brazo muerto y sangrante corcoveara en los pastos secos, hasta amansarle las tensas arterias que lo unían al corazón como los suspiros al alma. Enfundado en sus botas de patriarca y con rebenque al hombro, no permitía, el rubicundo fundador de alambradas, que se perdiera el tiempo en menesteres de quirófano ni en lamentaciones por un brazo que ya no piala ni enlaza. «¡¡El manco a sus labores!!», dijo el muy atildado patrón mientras con su rebenque apartaba bichos y briznas de alfalfa. Y agregó: «¡que con el brazo que aún puede con el fierro para la yerra siga cumpliendo su conchabo y que el doliente brazo mocho no importune con sus corcovos de sangre y con sus relinchos de mostrenco al trote!».

Ningún recogimiento, ninguna misericordia para ese brazo sangrante (muerto y sangrante), ya fuera peón de barraca o animal que en el pretil espera su hora; era un sudor, apenas la anatomía brutal de una lágrima. Brazo animal que fecundó esa

92

latitud de llanura otrora cobijo de la indiada. Tierra robada entre fusilería y repartija: a tantas leguas al norte como el sudor aguante, a tantas leguas al sur meta galope y con las riendas flojas, a tantas leguas al este buscando la ceguera misma de un cielo que se deshace como agua y al oeste, por donde la noche empieza a devorar las sombras y la distancia se borra ahogada en el paisaje, ahora hecho sangre del manco mientras los perros cimarrones husmeaban.

Palos y alambres, barcos y encajes: esa fue la insignia de los primeros oligarcas y los últimos patricios, los que despilfarraron oro, los que derramaron odio, los que a un muerto brazo de un peón surero lo tiraban al agua turbia de una zanja.

Me persigue el muerto brazo sangrante de un hombre, Elbiamor. En cada fogón donde arrimo el cuerpo y dejo al garete mi alma veo esa mano sobre guitarras y costillares de carne ardiendo. Veo el brazo de esa mano tensando las riendas de un potro bravo, boleando ñandúes y liberado en caricias metido entre piernas de mujer sobre un catre blando y velas que se apagan.

Yo, Elbiamor, el niño poeta que escribió un epitafio para el domador Liberto Frías, mientras un llanto de un dolor nuevo arreciaba sobre el íntimo cielo de mi alma y el tío irlandés fumaba apoyado a un cedro moro, apiadándose del niño que escribe poemas y busca en las manos de su padre el muerto y sangrante brazo de Rearte. Y el hombre que soy, Elbiamor… el hombre que soy, aferrado a ese muñón del desprecio de los poderosos, aferrado a esa sangre que riega todas las latitudes de la Patria, aferrado a un ultraje que rezuma santidad, y ese dolor me santifica cuando en cada brazo muerto y sangrante veo miles de peones en la sangradera de la barbarie, que van desde los campos de Anchorena hasta los portones de los talleres Vasena y la Semana Trágica.

El niño poeta, Elbiamor, tempranamente entendió que la oligarquía era el fundamento innoble de nuestra desgracia y el hombre que soy, que se buscaba en las manos de su padre,

 93

entendió tardíamente que un epitafio, además de un acto de amor, pude ser una declaración de guerra, o al menos una barricada.

¿Quién puede humanizar los pliegues monstruosos de la historia Patria? ¿Quién puede detener el cálculo del despojo sobre un horizonte de alambres y estacas? ¿Quién puede reclamar la heredad de la tierra y de las bestias sus boñigas y afrechos ante el poema de un niño que llora por hombres que no pudieron llorar y que nombra dolores que se prefieren callar?

 94

23

¡Deben ser los gorilas, debe ser!
Que andarán por allí
¡Deben ser los gorilas, debe ser!
Que andarán por aquí

—Nuestra gente desbarranca entre congas, candongas y bochinches nada pesarosos y por demás licenciosos, meta jarana y bullanga de volatineros en esta hora que nos mutila, que rompe el suceder con la parálisis del no ser. Se muere uno de los mejores y estos, meta palo al tiento, pitorreada al aire y contorsiones al cuerpo.

—No te voy a negar que hay música de jarana y cánticos de domingo carnavalero, pero, el Poeta Depuesto, nuestro Leopoldo, que está tendido como cualquier hombre tendido que va a morir, no reprobaría nada que naciera de las entrañas profundas de la Patria, ya fueran recogimientos de luto y penitencias severas o chamusquinas alegres y charangas de fiesta. Jamás fue un pontificador circunspecto ni anduvo con cara de bragueta. Siempre festivo y de jarana, con la seriedad puesta en el filo de la espada y no en el esmalte de la vaina. ¡Que canten los que se les cante mientras canten al Poeta! ¡Que canten la Marchita y vitoreen al General y que recen por Evita Capitana! ¡Que reclamen a voz en cuello justicia por Valle y por Vallese, por los del basural de José León Suárez y por los que en la Plaza fueron sorprendidos desde el cielo y por la espalda! ¡Que canten en el yotivenco porque la sudestada no les voló el techo y que bailen en los patios por el cogote ganador del Gran Premio de Palermo! ¡Qué suenen los bombos, verduleras, mandolinas y matracas!

—¡Caracho! Compañero, me puso la piel de esas aves de corral que terminan en puchero. Tiene razón, ¡que cada uno cadaunee su sentimiento y que lo ponga afuera! Me pasa que a veces me pongo con la seriedad de los vulgares a buscar pelos al huevo, a la sota sus patas y al gato su quinta ídem. Tal vez, el hipo en la garganta o los torrentes de la lágrima me empujan a confundir los púlpitos y peanas con el dolor de las almas.

—Además, no se olvide, estamos en Nueva Cacodelphia, lo más real de esta realidad argenta, y que a partir de ahora será llamada Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria. Y aquí, mi amigo, nadie anda mirando lo que se le pega en la suela al zapato, si la alpargata bigotea o si resbala en chancletas. Acá, todos ponen y nadie quita hasta emparejar la repartija: ¡somos la perinola peronista!

—Es usted un verdadero combatiente, un guerrero digno del Megafón que creó el Poeta Depuesto, es por eso que le pido si me explica mejor lo de Nueva Cacodelphia y su Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria.

—Con gusto, no es difícil de comprender, pero hay que tener abierta la sesera y templado el sentimiento. Ponga atención que largo el rollo: mucha gente transcurre realidades en las cuales no realizan lo que realmente esperan, buscan la verdad en vericuetos y agujeros de la historia, con cataplasmas y ventosas sociologías, en fin, se descosen para encontrar y se fruncen para entender. Como dice nuestro Tirano Depuesto: la verdad hay que encontrarla en la realidad, pero no todo lo que nuestro Tirano Depuesto dice es todo lo que hay para decir, pues no toda la realidad es la verdad entera y, por otra parte, si se dijera toda la verdad quedaríamos rodeados de mentiras. No sé si me sigue.

—Reculando a los chancletazos, pero lo sigo como perro de sulky, aunque ande perdido como submarino en el desierto.

—Prosigo: Nueva Cacodelphia es una concurrencia espontánea, una construcción funambulesca y a la vez tan

concreta como el paredón de La Chacarita. Lo que acontece es una reunión ecléctica de almas visibles, de símbolos tangibles, de sombras luminosas y realidades retrospectivas con un potencial futuro de la ostia. Todo amarrado al pasado con los piolines del Titiritero Patrio, transcurriendo en un presente surgido de una carambola espacio-temporal, únicamente posible en el centro gravitacional que Buenos Aires, ejerce en homenaje a nuestro Poeta Depuesto. Un acontecimiento de Metafísica Popular Aplicada, un mazacote filosófico ablandado con el agua santa de los charcos ontológicos de la conciencia nacional, un minestrón histórico y un brebaje político que nos permite analizar TODO sin secuelas gástricas o peloteras de milonga suburbana.

Finalmente, Nueva Cacodelphia es un bochinche de multitudes postergadas, el no lugar de TODOS los lugares posibles: convergen las materias esenciales, los cuerpos transidos y machucados, las almas perpetuas y los gritos rotos: indios achurados por la civilización de la espada, fusilados de La Forestal y en la cárcel de Las Heras, viejos ácratas y los muchachos peronistas. Hombres esclavizados en los campos de Valcheta, hombres sepultados en La Patagonia de Varela, hombres presos del CONINTES, hombres rematados a machetazos en Napalpí. Todos se reúnen en cada esquina, en cada monte, en cada selva o montaña; entre oscuras quebradas al norte y ochavas iluminadas al sur. Todos, con la Vitalidad de los Justos, en la Resistencia invisible e incorpórea de los que la Patria devora y la historia se los traga. Estamos en el umbral de TODOS los Confines, en la noria del tiempo, en el trapiche del espacio. Somos titanes renaciendo en polvaredas de ánimas, en montoneras de sustancia justiciera, espectros militantes tirando del piolín del barrilete sociológico. Somos los millones que volveremos y seremos lo que debemos ser «¡capiche, compañero!».

—O sea que de osamenta y tendones poco tenemos, venimos de la quinta del ñato, somos una banda de aparecidos buscando Justicia en lo Poético.

—Algo así, pero sin el desasosiego catártico de sus palabras. Sin embargo, me quedo con lo de Aparecidos, sí, eso somos: los Aparecidos, los Siempre Presentes, los custodios de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria, los defensores del culto a nuestros verdaderos héroes, los que conocieron la encarnizada furia de Aquiles y los luctuosos ritos de Héctor. Nueva Cacodelphia es lo más real de la realidad de los dolientes, lo más próximo a una terapia de multitudes combatientes, la primera y última presencia de todo lo viviente, lo inmaterial y lo eternamente convergente, vanguardia de los rastros cotidianos y los restos de la realidad real indestructible, retaguardia de leyendas y quimeras permanentes. Somos el nombre de lo que llevaremos como bandera a la victoria.

 98

24

Leopoldo entrecierra los ojos, deja que un remanso de luz le dibuje sombras entre los párpados; luego, los cierra con fuerza y miles de puntos titilantes derrochan cegueras blancas y caleidoscopios monocromos; esbozan formas que no se parecen a nada, al menos nada de este mundo, a ninguno de los objetos previstos en el inventario de la memoria, ningún animal humano, ni de los feroces o domésticos; de todas las formas conocidas ninguna se parece a nada que pudiera nombrarse. Se proyectaban en ese microcosmos de los ojos apretados hasta martirizar los párpados, en esa fantasmagórica sucesión de formas imperfectas; sin referencias ni lógica, sin familiaridad ni substancia, saturados de lóbrega luz, en opaca luminosidad de dormidera.

Juega Leopoldo a embriagarse «post tenebras lux» y en el juego encuentra similitudes entre esos fantasmas resplandecientes y las oscuridades rotas en los campos de Maipú, cuando la luna roja atardecía sobre el lomo de los cimarrones o cuando la blanca luna en la negra limpia noche fulguraba en las lápidas del cementerio y en los huesos de la llanura o la amarilla luna del alba que despertaba el cantar de los gallos, que a su vez despertaban a todos los habitantes de la casa menos a él, que se quedaba roncero, embriagado de calor y blanduras bajo las sabanas, capturado entre el letargo de las voces familiares y el grito de los reseros rumbo a las pasturas y los obrajes.

¿Será posible, se interroga Leopoldo, que con solo cerrar los ojos y apretar los párpados esa trampa de luz y sombras me lleve a lejanías de llanura y mataduras de potros corraleros? ¿Son esos trampantojos de ceguera chusca los que traicionan con imágenes las remembranzas y sístoles de antaño, o son esas zonas de recordación y morriñas las que adornan ese juego de imágenes de surrealismo tácito?

99

Leopoldo no quiere manipular la razón de esos goces penitentes y atávicos, de esas extravagancias recurrentes entre holgorios y portentos de infancia, de esas sinuosidades del tiempo que son presencia inaccesible, como esa flor disuelta entre las hojas de un libro atascado en los estantes de una biblioteca errática, aferrada a todas las mudanzas, a todas las variaciones y acechanzas de mutaciones de insectos en pleno larvario y presagios de ubicuidad sobre un orden de abecedario. Por eso, deja que el olor de las asaduras nocturnas, que los acordes de las guitarras y la voz áspera de arrieros cantores invada la sala de su refugio del barrio de Balvanera. Deja que esa lejanía irrumpa a contraluz de rincones y aldabas, que el sortilegio de la reminiscencia se encarne en la inutilidad aparente de los objetos y las cosas. Deja, sin saberlo, que los hechizos de luz con sus trampas de sombra le indaguen ausencias o, sumisas, las imágenes deambulen enmarcadas en un bastidor de nostalgias.

Leopoldo sabe que está a salvo de las destartaladas interrogaciones del alma y de las tramoyas prodigiosas de la sustancia escondidas dentro de fotográficas evocaciones, resbalando entre pulcras sábanas y crepusculando quimeras sobre reticentes almohadas. Él ha recorrido las fatigosas falsificaciones de falsos profetas y ha desafiado el pulso de doctores cirujanos (sin metáfora ni retórica), como aquella vez cuando le cosieron el testuz, que por una mala maniobra automovilística (se sabe que esos trastos mecánicos agreden al hombre sobre todo si el hombre es poco ducho en cálculos aerodinámicos y pone barranca abajo lo que debería ir horizontal y estable) en tierras de Torquemada. El accidente y las leyes de la física lo dejaron clavado en el techo del automóvil, en posición de un caracol o como un diseño de Gaudí. Estuvo quince días internado y otros tantos calculando: si veinte puntos en la bóveda dejarían entrar lo que debía permanecer fuera y, por su opuesto, dejar afuera lo que debería permanecer adentro, sobre todo teniendo en cuenta que hacía pocos días había sido condecorado por su conferencia «Sobre una sentencia de San

 10(

Isidoro de Sevilla» y temía que tanto esfuerzo se tronara por esa sutura con forma de banana y que le chorrearan las conclusiones en versículos de impiedad, sangrientos y frutales.

También ha demolido simulaciones y simuladores de la cofradía y la amistad, que lo han dejado de lado cuando puso el pecho del poema y el suyo propio, el de su mismísima osamenta en momentos en que estaba el país rematadamente proscripto y bajo sospecha.

Tiempos malditos de generales, brigadieres y almirantes que perseguían hasta a la muerte misma, no como una arrogancia teórica o metafísica, sino hasta los confines mismos del ultraje a un indefenso cadáver.

Tiempos en los que la tristeza podía nacer con una despedida trucada por la brutalidad policial en las puertas de las casas, fábricas, talleres, campos de la labranza, escuela y todos los etcéteras donde el pueblo trabaja o descansa. Tiempos en los que la tristeza podía renacer con una bienvenida hecha cicatrices, formularios de ausencia o agujero por donde la vida se gastó huyendo como en las tolderías de Fierro, que fue maldito y perseguido hasta en los mismísimos acordes de una vihuela hecha facón de verdades y templanzas en pie de guerra.

Tiempos de pendones malditos en la mirada nada sutil de los perseguidos y en la mirada brutal de los perseguidores. Tiempos de atravesar el tiempo como si fuera una daga en vigilia de la carne de otro tiempo o de todos los tiempos, vigilia perdida en los bordes de una sola vida o en la consternación de millones, tanteando pormenores de dolor y generalidades del amor, como preparando un corte de venganza esa daga en vigila de la infamia sobre el filo del odio y la venganza. Tiempos de ojos bien abiertos recogiendo cegueras como una luz del destierro.

Leopoldo, de pronto, abrió los ojos entonces y recordó a su amigo Macedonio: «no todo es vigilia la de los ojos abiertos» y dijo como susurrando un secreto: el tiempo de los hombres es mantener apretados los ojos contra el párpado y encontrarle sentido a la impertinente luz que se filtra y nos desvela.

25

«Junio, la marca ociosa que los dioses pusieron en mi cuna y en mi féretro», escribió Leopoldo en uno de sus cuadernos espiralados de hojas cuadriculadas, tapa lustrosa y blanda, que, en su primera hoja, con letra de imprenta mayúscula decía: CONCLUSIONES AL FINAL DEL JUICIO/JUNIO. Mientras su pipa descansaba sobre el labio izquierdo y el humo ascendía como una reflexión visible, como la densidad de una idea, como un instante manifiesto de lo etéreo en su axioma tangible.

Lunio, decían en latín los habitantes del Lacio, y el solsticio de cada hemisferio se acomoda al radiante sol y alcanza el cenit que debe alcanzar, estribando entre el verano y el invierno según dicta la naturaleza y sus leyes cósmicas.

Junio, en mi cuna y en mi féretro. Mientras, como en el tango, fumo y espero, aquí, tendido como cualquier hombre tendido que va a morir, interrogando a la ociosa voluntad de los dioses, haciendo gala de un inopinado politeísmo acomodaticio; aunque aferrado a la Unicidad del que me ampara y contrito por la parte crística que me absuelve. Entonces, digo, veo un junio conjetural y rapsódico pisoteando tiempo o esencia en decurso, deshilachando el hilo que Ariadna dejó para huir del monstro de mi perentorio Laberinto hasta olvidar el origen del mito o mis imprecaciones matinales, cuando la metáfora es inhallable y el verbo indecible y solo lánguidamente, una lagaña filosófica me defiende de la luz del Gran Iluminador. Sigue escribiendo Leopoldo estas vicisitudes catárticas mientras su pipa agoniza con su carga de humo ensimismado hasta apagarse sin consecuencias metafísicas… quizá, solamente sea el tiempo del niño que busca en sus manos las manos del hombre y abunda en sombras o en sueños de un junio inaugural de patios, jinetes y sombrías ochavas. O de un

 102

Junio Final del Juicio aherrojado a la pata crepuscular de una cama de agonías y crepúsculos ciegamente blancos.

Junio, como noria constante, eficaz y metafísica, tirada por un matungo percherón o por un agua circular y permanente en los torrentes del alma. Junio, como trapiche usando la noria hasta el jugo final, hasta el hueso hecho polvo, hasta el propio silencio hecho un ruido trunco… sigue Leopoldo trazando con trazos oblicuos, como profanando letras con la sombra de su mano tiznada por la sombra del niño que busca sus manos de hombre… Sierpes de Cronos quizá, devorando hasta lo simbólico en las tres dimensiones de su existencia y en los eternos círculos de su morada. Junio engulléndose junio sin reparar en los daños que infiere al calendario circular de mi existencia. Es como tropezar con la línea material del tiempo a la altura del pecho, como descubrir la ecuación de la vacuidad temporal entre dos extremos: uno inicial y otro conclusivo, donde los meses acudieran a un juego ficticio sin plazo ni referencias y los años se amontonasen como el ganado en el brete esperando el mazazo en el testuz con terror de castidad en la mirada.

Junio es el Todo: principio y final. Los años que separan mi junio inicial del junio último son casi una ilusión de permanencia, una esperanza nacida con llantos de niño y vestida con los lutos del hombre. De todos modos, junio no es una incógnita de calendario, ni un vaticinio atemporal clavando sus colmillos en el anca de los redomones lunares y sus cuatro mutaciones de luz sobre el cuerno de la noche y su vértice de fuego oscuro.

Tampoco es junio un encuentro azaroso de mis trepidaciones cotidianas con el mundo bullicioso de lo visible y los silencios del universo metafísico de mis exaltaciones poéticas, que como la cerviz de un toro de lidia ya no siente las púas de las banderillas ni las puyas de los picadores sobre el lomo y sus cuartos.

103

«O, simplemente, será junio un reto romántico de mis elucubraciones compitiendo con el ejercicio clásico de mis pasiones», anota Leopoldo en letra clara y cursiva, mientras prepara otra cachimba urgente, pensando en los aviones de junio y en la Penitenciaría de Las Heras donde otro Argentino Depuesto frente al pelotón de fusilamiento dejaba en manos de su hija un anillo con el aura de los rezos y la callosidad de las obras, también varias cartas para los verdugos apostrofándolos en tiempo y forma. Se despidió con un beso augurando calendas de victoria aferrado a un octubre esplendoroso desde un junio ciego de oprobios.

 104

26

Ciertamente, Elbiamor, desde los tiempos de la Biblioteca Popular Alberdi de Villa Crespo que no respiro ese aire entre benéfico y prodigioso, evocativo y premonitorio, como quien arremolina las hojas de un libro y las deja volar apenas atrapadas por el dedo pulgar; exhalando desde ese peculiar abanico crepitante una respiración intensa de árbol, bocanada de aire filantrópico oliendo a pastos de La Pampa o incendios de quebracho en El Chaco, eructo de laurel recién machacado y frescor agrio de ajos y cardos. Revelación y destino de los sueños atesorando nostalgias de momentos y lugares ignotos o familiares. Intensidad sobre el pecho, colapso azul en las arterias, espasmos de luz en los tendones. Aire de elucubraciones terrestres y frutas del cielo, aire urgente y la vez relajado, aire de muelle portuario y de orquesta sinfónica, aire como voces de sótano y coros Órficos. Aire, al fin, que hemos respirado en augurios y desconcierto y que hoy respiramos en esta isla de Balvanera; desde donde yo, el Poeta Depuesto, y vos, Elbiamor, somos: el uno, que construye la cartografía literaria de una sed política y religiosa con la hechura metafísica de la Patria y el otro (la otra), que destila las ciencias y conciencias del mundo ignorado por los Alcahuetes Ilustrados del Gran Cipayo.

Este departamento y sus inmediatos confines, sus caminos estrechos y de recorridos mínimos; el escaso suspenso en las estancias atiborradas de promesas en las paredes y esa resaca ambarina de tabaco turco que se diluye en hendijas y respiraderos. Aquí, en este recóndito jardín de pinotea y zócalos lustrados. Aquí, entre infinitos rincones de este espacio cuadrangular y previsible; entre rigurosas líneas espectrales y objetos negligentes, extasiado entre una luz fresca y detenida en los ventanales del frente y la otra luz seca merodeando desde el alba hasta la invasión nocturna con sus reverberos ardientes y extraviados. Este islario maternal y congruente, este territorio

105

interior de robinsones y templarios, este cobijo de amantes que nos aleja de poetas de musas militari y embelecos de pasamanería. Guarecidos y a salvo de la filosa sombra de sables de empuñadura entorchada y de chancletas cardenalicias arrastrándose por los pasillos de una Catedral que ha dejado a Cristo sin el trapo de sus pudores. A salvo de entusiastas conciudadanos civilizatorios que vitorean el triunfo en los desfiles militares y en los purgatorios populares. Los mismos que propiciaron el exterminio mapuche, tehuelche, ona, querandí, guaranítico y ranquel; sometiendo el Puelmapu hasta humillarle los huesos y los dioses. Perseguidores de gauchos pobres y harapientos: diestros en bolear animales, domadores de baguales e insidiosos cantores en fogones y pulperías; desgraciándose en sangre y pendencias bien afirmados sobre la tierra, aunque los milicos los trocharan como bestias. Atildados disciplinadores de trabajadores con la crencha engrasada y la piel oscura, de poetas con conciencias impúdicas y contestatarias. Esos, que fueron contras de todos los que no tuvieran alcurnia de levita o cucarda imperialista en la pechera, fuesen generales de la Patria o Shorthorn capón en La Rural. Ahí, en ese antro de bosta y polvo, se pavoneaban como reales aves de corral oligarca o picoteando el lomo de los peones como caranchos en bandada. Hasta hubo uno que entró con un carruaje traído de España por la Infanta: el muy distinguido general de labio leporino, cabeza de raposa y bigotes de morsa.

Sí, Elbiamor, estoy indignado hasta el cuello, pero sereno hasta mis entrañas. Vos y yo hemos encontrado senderos universales en nuestra íntima aldea, hemos iniciado la unidad cardinal y armónica en este archipiélago de retazos beligerantes y épicos. Somos, entonces: sendero de unicidad beligerante en este archipiélago resistente de Balvanera.

Desde este centro piadoso de Buenos Aires, donde acuden Nuestra Señora de Balvanera y las vacadas que iban rumbo al Matadero de Miserere, nosotros, Elbiamor, esparcimos racimos de una vid diferente, trapicheando un vino lujurioso hasta hacer

 106

amanecer sus fermentos y taninos, como aquel que preparaban Megafón y Patricia Bell de sus «parras interiores» y que luego derramaban con júbilo eclesiástico y danzas de beguinas y milongueros porteños.

Este deliberado barrio cosmopolita con balcones con flores o sin ellas (recuerdo aquel poema de Baldomero), que atesoró sin reparar en reclamos orientales o pretensiones francesas al Jilguero del Abasto en la calle Rincón 137; morocho y zorzal criollo, subido a los retablos del café O'Rondeman junto a Razzano y algunos relumbrones de punta afilada, que animaron reyertas por infortunios de amor y trámites urgentes en los que el honor le ponía sangre al traje y al expediente.

Barrio de Discepolín y su Mordisquito Depuesto hasta el féretro. Barrio de Salomé Loredo y Otaola, conocida como la Madre María. Barrio de aullidos y resoplos de otros argentinos degradados y amontonados tras los muros del Hospicio de Miserere.

Barrio donde don Hipólito, cuando andaba de uniforme y machete, apresando a los chorizos y escruchantes, manducando puchero con los changarines del Mercado mientras algunos parroquianos vociferaban bravatas contra los conservadores, pitucos y engominados.

Este barrio de fantasmas donde las sombras del Cementerio de Disidentes ocultan fémures irlandeses, quijadas alemanas y alguna flemática clavícula «de la pérfida Albión».

Aquí, Elbiamor, somos David preparando su honda, mientras las estrellas de esta noche sin tregua juegan con el bandido Nuño Oñez, que juega ante la aparición de la Virgen María, que juega con convertirlo en fraile.

Ya sé, Elbiamor, parezco un guía turístico del Jardín del Pensamiento, que así llamaban al solar donde levantaron el Mercado Spinetto y que, a decir verdad, es un buen nombre para recordar ahora que nosotros vivimos en los introjardines resistentes del pensamiento y el destierro de entrecasa.

Hemos sobrevivido a este desafío insular de la existencia, mimetizándonos en elocuencias de metáforas y plegarias, convertidos en pura estrategia del ser encarnando virtudes cotidianas; tan virtuosas y esenciales como la Patria misma cuando la Patria es el comandante Andresito, Sabino Navarro, el gaucho Rivero o Evita Capitana.

¿Y mis libros, qué ha quedado de mis libros? Poemas arrojados con la furia o la bondad del Nazareno, arremetiendo contra los filisteos de lo vulgar y pedestre. Poemas colmados de antorchas y presagios, atravesados de una lírica de metáforas flagrantes e inconfesables hasta atragantarme de humedad simbólica y belleza desértica; siempre amasando su costado profético con la harina de la palabra, la levadura de los adjetivos y la sal del verbo. Intentos de reflexión explícita y apodíctica, tesis de purificación de mi Psiquis chocarrera y polifónica hasta reencontrarme con la neblina esotérica del Riachuelo y su sincretismo de agua pura.

¿Mis libros, Elbiamor, qué han hecho con ellos sino ignorarlos y apostrofarlos, la más de las veces sin leerlos y siempre sin amarlos? Novelas prodigando la cartografía heroica de Buenos Aires, sus suburbios y pajonales, andurriales de matreros y fogosos amantes, ochavas de quijotes sentimentales, balcones heridos cuando había silencio de serenata de resistentes y resistidos haciendo tronar caños y velas en todas las plazas para La Santa. Esos libros míos, provistos de urgentes coordenadas, buscando la unicidad de un lenguaje capaz de emitir silencios en clave de parábola, arrastrando recuerdos y añoranzas desde el niño que fui hasta el hombre que te abraza, Elbiamor.

¿Quién ha perseguido a mis personajes hasta sus refugios de sombra y vanidades? ¿Quiénes arrasaron de los escenarios los mitos tonantes de los actores, los vestuarios harapientos y chuscos de los comediantes? ¡Han mordido los talones literarios y los sueños ecuménicos de mis personajes! ¡Han dado por muerto a Adán Buenosayres! ¡Gog y Magog tuercen sus jetas de opereta para eludir la asechanza febril de los gendarmes! ¡El

Oscuro de Flores desata su nueva batalla contra los tardos y prebendarios! ¡Módicos y remilgados hijos de puta, carroñeros del fondo del tarro, ilustres chupamedias de la Sociedad Argentina de Escritores!

Entonces, Elbiamor, tendido como cualquier hombre tendido que va a morir en nuestro refugio de réprobos y malditos, tan postergados como los millones que volverán y buscarán y encontrarán a Lisandro Frías y su viejo revolver oxidado gatillando un suicidio de glicinas.

27

¡Viva Nueva Cacodelphia!
¡Viva la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria!
¡Viva este Buenos Aires de subterfugio
de almas sublevadas y resistentes!
¡Que se doble lo que pueda doblarse
y rompamos lo que tenga que romperse,
que el dolor no paga!

Venían de los más variados y remotos umbrales de la historia, desde el otrora finisecular, desde el más reciente pretérito *plus quam perfectum* y desde la pirueta acrobática del presente de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria.

Todos se iban mezclando y desagrupando en oleajes abigarrados y silentes, en ráfagas dispersas y bochincheras. Hermandades de humanidad herida en el cuero bautismal de la Patria, hecha de los mismos jirones que dejó La Santa hasta el desvelo mortuorio de su caja temprana tantas veces ultrajada y eternamente resurrecta.

De esos retazos de gloria y desencanto estaba hecho este tiempo de multitudes que venían desde el fondo del tiempo, arrastrando su justicia de toros aguerridos y serenos.

Así llegaban, arremolinando las vitales luces del regreso que desde la nada más palpable enceguecían a los incrédulos e iluminaban a los confiados y penitentes. Aromados frescores de madreselvas y patios emparrados tejían la jornada de los que venían de parajes yermos y tórridos. Crujientes rescoldos y asoleados rincones derramaban bienvenidas en humeantes tazones a los que venían de la escarcha y los ventisqueros.

 110

¡A todos según sus necesidades

y a cada cual según sus padeceres!

Clamaban los carteles de papel madera pintados con tinta china o carbonilla blanda, pegados a lo largo de las cuadras sobre paredes o colgados en los árboles de las plazas. No faltaron quienes, en estas contingencias nacidas de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria, dijeran:

¡En Nueva Cacodelphia se práctica el comunismo!

Y también:

¡Este paraje de la realidad pantanosa está lleno

de reformistas y pequeñoburgueses!

En cualquier caso, las multitudes siguieron marchando de a manojos o en dispersos caminantes, vitoreando por las batallas perdidas o ganadas, pero nunca abandonadas. Marchaban sosteniendo un silencio de sagrario con recogimiento de laudes consagratorios y vísperas de clavicordios en cuaresma. A la vez que emergían bombos y redoblantes, batiendo palmas o mirando el cielo como quien interpela a Dios y no se conforma con ontologías de barro ni costillas concibiendo hembras y tentaciones de serpientes con una manzana en la punta de la cola. Otra vez lo terreno y lo celestial, la huella de Leopoldo guiando en turbamulta, transitando claridades y penumbras con la tozudez de los postergados y la urgencia de los hambrientos.

De pronto, sobre una recién encalada pared de un baldío a mitad de cuadra, surge una consigna escrita de un rojo poco frecuente para la tiza y el carbón, en la que podía leerse:

¡Con corpiño y calzón suelto,

somos todas del Poeta Depuesto!

Era el rastro reciente de las más fervientes sobrevivientes del Caracol de Venus, que de bullanga y ropas nuevas iban blanqueando paredes como pintores de tablón y brocha gorda, metidas dentro de overoles que, lejos de desdibujar sus embelesos, marcaban aún más sus sinuosidades y redondeces renacentistas. Otras, venían ataviadas con atuendos de una fábrica de Lomas o de la textil Grafa de Villa Pueyrredón. Desfilaban con orgullo de encajes y pasamanería; ocultas tras velos de novia, arremetían con lápices labiales en ristre diseñando consignas y demandas con letra de afiche y minucioso trazo de notario pontificio o perito calígrafo.

Entre las que iban en romería se destacaba una disímil en todo lo visible y a la vez mimetizada en ropas invisibles y mundanas, cubriendo su desnudez con fulgores nupciales y las arras reservadas en un estuche de pana roja. Callada y con una mueca temerosa e indulgente, de rostro pálido y manos de pájaro; extraviada en una bruma de ausencia que la rodeaba como una música inaudible para los mortales y a la vez sonora de prodigios, que la protegían con precisión de tímpano y la sensibilidad del otoño cuando atardece sobre las parras. Circulaba con la mirada inexacta de un ángel y la mudez sonora de una campana en la arena. Seguramente era la que ya sabemos: la que dejó la vaguedad de su aroma confundiendo el origen de todas las fragancias, la que es imposible nombrarla sin que la belleza se ahogue de abundancia, la única y la última de todas las extraviadas, la más constante presencia por todos olvidada hasta el dolor del recuerdo: «increíble para los ciegos y evidente para los hijos de la luz».

De todos modos, la gritería en maitines y los fandangos de atardecer no permitían socorrer a la innominada, y mucho menos detenerse por mucho tiempo a mirarla sin quedar aferrados al éxtasis de la nada.

A poco de andar, tras rastros inútiles y coordenadas sin rumbo, atravesando lugares sin marca ni constancia, empezaban a revelarse una serie de pintadas emotivas y militantes:

¡La Patria sin el Poeta Depuesto
es un como barco sin su destino de agua!

Era el puro talento de los peregrinos que deambulan la belleza en continuo ascenso hacia el caos metafísico, desnortando el sentido original de las gestas poéticas iniciadas en la calle Monte Egmont al 300 y revividas en ese islario de Avenida Rivadavia al 2300; verbigracias el Teatro de Operaciones Poéticas que puso en jaque al ombligo de la Buenos Aires expuesta y a esta otra: la Buenos Aires paradojal de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria, o Nueva Cacodelphia.

Desde estos dos líricos embudos creativos el Poeta Depuesto destiló la más perfecta y sonora guerra de guerrillas, desde el flujo redentor de sus montañas poéticas hasta las intrincadas asperezas de la cuidad en prosa de taberna y dramaturgia clásica.

Así se moldeó el asedio a los cerriles uniformados que depusieron hasta un cantor de tangos (solo porque le puso su gola a la marchita y filmó cosas de pobres y escritas por comunistas); paso a paso avanzó por montes de adjetivos resistentes y selvas de sustantivos apócrifos, hizo tronar el escarmiento creando, uno, dos, tres poemas, atacando en simultáneo la prosa de los Ministerios, como quería el guerrillero que no pudo hacerlo y se quedó en Las Higueras tendido sobre un jergón de tablones.

¡Vea, vea, vea, qué cosa más bonita,
bancamos al Poeta y a todos sus puemitas!
¡chipum — chipum — chipum!

En continuo apareció cantando un destemplado desgarro de laringes. Un grupo incontenible, bullicioso y funambulesco entre quienes podían divisarse las desastradas figuras de Nebiros y Cantabel, abrazados como compadres y borrachos como una cuba, agitando los brazos mientras a uno se le resbalaba el cuerno hacia la nariz y al otro le quedaban cada vez menos plumas celestiales y su maltrecha aureola que oscilaba con luz de tugurio e intermitencias de kermese provinciana.

De pronto se detuvieron y montaron un retablo con maderas y caños, improvisaron un megáfono con un embudo de lata de taller mecánico y a voz en cuello anunciaron representaciones varias de poemas, sainetes, pasajes apodícticos y literarios de nuestro Poeta Depuesto. Sin que mediaran hechos o palabras entre los presentes apareció uno que se presentó como Vikingo de Villa del Parque, tomó el improvisado megáfono, que también podríamos llamar latófono, y dijo sin más: «un día vamos a quedar haciendo patito en el Gran Charco del Universo». El grupo, al cual ya se le habían sumado gran cantidad de curiosos, empezó a vivar al Vikingo de Villa del Parque, que repetía su consigna sin desmayo, aferrado a una botella de hidromiel y otra de *uisge-beatha*.

Al poco tiempo y a lo largo de varias calles y avenidas, distanciados irregularmente unos de otros, surgieron retablos como el mencionado anteriormente con el mismo propósito de arengar, recitar e interpretar obras de teatro y sainetes. Entre el gentío aglomerado en torno a uno de los escenarios y a viva voz, un espigado hombre de gruesos bigotes de manubrio y manos de tecladista recitaba el Poema del Robot, con parsimonia de ciencia tallada en la cara y sin detener su marca, portando un cartel que decía: «Todo bicho que camina viene de Villa Adelina». Mientras la Rubia de Lomas de Zamora, que aún no sabía que labraría la tierra con sus brazos de viento, iba sembrando hijos y puteando contra el capitalismo, y también por el calor que hacía en Corrientes a la hora de la siesta, aunque incomparable con el que pasaría en Beer Sheva en un tiempo que aún no sabía pero que en ciernes la esperaba.

 114

El que se quema con zapallo sopla hasta la sandía

En cuanto a la razón estricta de esta pintada, teniendo en cuenta el contexto e inclusive su trama adyacente, no tenía relación aparente, pero, entre semejante multitud variopinta en origen, tiempo y distancias, toda reflexión era venerable y cualquier dislate una obra de arte; pues nunca la pena por la pérdida del que está tendido como cualquier hombre tendido que va a morir desdibujó la alegría y los gestos republicanos de quienes, desde toda la eternidad reunida, marchaban como marchan los esclavos toda vez que su lucha los haya liberado. Desde el norte abacanado, patricio, pituco y pretencioso al sur mistongo y laborioso, desde el este melancólico y profético, entre brumas y barcos como adioses, hasta el oeste fantasmal y belicoso. Desde el cuadrante terrestre, desde todos los arrabales oceánicos, desde vértigo universal, desde el columpio onírico y desde cada baldosa astral, venían como vienen las tempestades nutricias de la patria.

Las construcciones materiales eran sólidas y de buen obraje, cálidas y con alero para la siesta. Pero las construcciones abstractas desbordaban una solidez beligerante, a saber: umbrales metafísicos, cimientos de lo místico, quicios de lo ideológico que atajaban aparentes e indetenibles derrumbes de la voluntad y el coraje. Eran como sombras puras de geometría inacabada, aferradas sobre dinteles de concreto construidos con la médula del símbolo autóctono. Construcciones sin límites ni arquitectura, que pendulaban suspendidas hasta ubicarse sobre gigantescas auras de tacuaras tucumanas, que sujetaban un cartel tallado a fuego sobre cuero de vaquillona, con costuras de crines de alazán tropero y tientos de capón sacrificado; amarrado, a su vez, con alambres de fardo, oportunamente recogidos de un baldío de Avellaneda, que decía:

No hay rengo que corra derecho, ni bizco que mire fijo

 115

28

Leopoldo tiene en sus manos un cuaderno que en nada se parece a los anteriores, tampoco al Cuaderno de Tapas Azules, que quedó atrapado entre el laberinto del sueño de Adán Buenosayres y el óxido lunar de los inviolables cerrojos de la calle Gurruchaga. Nadie se atrevería a arrebatarlo de ese ámbito: sería no solamente matarlo en su nervadura de objeto con su memoria de árbol, sino que además quedaríamos en orfandad poética y en desconsuelo filosófico.

En realidad, mirando con detenimiento, es un rechoncho block de notas sin renglones tamaño oficio con unas improvisadas tapas cosidas con hilo encerado. Una de las tapas tiene una etiqueta de papel rústico con una inscripción confusa que seguramente, además de ser el título de esos escritos, debe diferenciar la tapa o inicio de las anotaciones con el final de ellas. Como ya dije, el referido block no tiene renglones, pero la letra pareja y serena no parece necesitarlos. Quizá Leopoldo esté meditando las conclusiones volcadas al papel, mientras muerde y aspira la pipa de raíz de brezo y saborea el resultado picante del tabaco misionero, o solamente se entretiene tendido como cualquier hombre tendido que va a morir, releyendo sus animosas conclusiones metafísicas y sus barruntos de contracción y contrición cristiana.

Repentinamente, Leopoldo empieza a establecer un soliloquio de voz queda. La pipa ya aferrada a su mano derecha y la izquierda esperando su turno gesticular, golpea sobre el muslo un rítmico tamborileo de impaciencia. Dice, en falsete, como anunciado la llegada de una troupe circense, con voz despejada, entre una suave y recóndita ronquera; mientras la mano que ya no tamborilea en el muslo, puesta ahora en forma de bocina al costado de su boca, decía que dice: «¡El arte nos devuelve un vago reflejo de lo que nunca veremos ni en la

naturaleza ni en el espejo!». E interroga: «¿Será, entonces, un acto obnubilatorio y arbitrario, un golpe de furca aplicado al intelecto y devoción artística? ¿Será que esta retórica arlequinesca devora almas en su búsqueda de belleza y, al mismo tiempo, por el columpio angustioso de la náusea nos somete al papel inmaculado y repulsivamente albo? ¿O somos apenas un intento espiritual pero manifiesto, algo así como creadores subalternos del otro Creador, el Mandamás Original y Artista Supremo?».

Ahora, subiendo un decibel de zorzal, continúa: «¡La Divinidad no necesita de intermediarios, ni siquiera de los arrogantes sacerdocios o papados recalcitrantes! ¡Oigan bien, señores! ¡Para imitar a la naturaleza habría que imitar al Hacedor de Natura, y eso solo es posible emporcado hasta las barbas y con chaleco de fuerza! ¡Que se atrevan entonces! ¿Acaso no saben que Dios tiene un Taller de Sombras y el Otro, uno de Espejos?».

«Resulta medio enmarañado lo que estoy refiriendo», dice para sí Leopoldo, desprovisto ya de la propiedad de *«voce di testa»* y aspavientos. «Será porque este asunto viene de nalgas desde el principio mismo del Principio», se dice, y agrega: «la belleza se deletrea entre los misterios más sibilinos, en una espiritualidad que, sin embargo, acaricia hasta la piedad el hueso, quebrado del talento. Lo bello no se toca a no ser con las ansias, pero lo bello nos sacude, nos deleita, nos confunde, nos convoca al abismo de lo abismable y nos deja en soledad de piedras, como mudos guijarros celebratorios percudidos por el agua. Piedritas sin refugio en las pircas de Tilcara. Penitentes pedruscos en el Monte Calvario o quizás en el Himalaya, entre mudez de templo y rogativas aliteradas bajo alfombras nevadas y silencios de ventisquero. Tintineantes abalorios rodando en el oscuro callejón donde seremos emboscados si no logramos despertar a tiempo y reconocer que somos creación de lo creado, invención de lo inventado».

 117

La pipa ha quedado sobre la silla de capitel tallado a mano, sobre la cima inestable de un Aconcagua de papeles, libros, cuadernos, accesorios para limpiar la cachimba (desde la boquilla hasta la cazoleta) y objetos variados e incalificables.

Leopoldo mira esa escarpada montaña íntima e indescifrable, resultado de la urgencia y la desidia de un hombre tendido como cualquier hombre tendido que va a morir. Escrudiña a ojo sin revolver los pormenores del equilibrio ni el cambalache del apilamiento. Y con escasa curiosidad, pero con deleite de observador obsequioso, evalúa como imposible tal incongruencia edilicia y a la vez lo asombra el desafío a las leyes físicas y estructurales básicas.

Naturalizando esa digresión de orden mutante y equilibrio desorbitado, y colocando sus dos manos en bocina sobre su boca (ya no sabemos si va a decir algo ya leído o recién inventado), espeta: «¡A veces me siento amordazado por un dogma vacilante, atrapado por un arte inquisitivo, tanto en su sentido inaugural como ético!».

El tono de su voz sigue siendo un dibujo de su voz real prolongando su imaginaria convocatoria circense, para continuar diciendo: «¡La belleza en sí y el arte por el arte son categorías complementarias de la vacuidad y la estulticia poética, algún sentido, aunque más no sea narcisista, debe interceder para darle la necesaria complejidad y espesura humanas!».

Ya con los brazos abandonados a los costados del cuerpo, interroga con la mirada fija en el cielo raso, que sin duda invoca al otro cielo con techumbre inexplorada: «¿Cómo pesar la substancia de la belleza en el arte sin dañar el leve equilibrio de la belleza como objetivo humano de lo creado?».

Nada parece calmar la sed inquisitiva y el desborde anímico de Leopoldo. No busca claves ni verdades, no quiere serenidad ni silencio; reclama par sí: plenitud de hombre y fecundidad en las ideas. Por eso, ya con su voz natural y sin dramatizaciones gestuales, mirando entrar la oscuridad que amenaza la existencia

 118

de su sombra, dice: «Desde hace algunos años oigo hablar de los escritores comprometidos y no comprometidos; a mi entender, es una clasificación falsa. Todo escritor, por el hecho de serlo, ya está comprometido: o comprometido en una religión, o comprometido en una ideología político-social, o comprometido en una traición a su pueblo, o comprometido en una indiferencia o sonambulismo individual, culpable o no culpable».

A estas alturas reflexivas deja que el sonido de su propia voz lo embriague y lo remita a otro confín de meditaciones y desvelos. Limpia la pipa, esta vez, la tallada en raíz de naranjo, la carga con una mezcla que incluye un picado clásico de La Habana, una pizca de Peterson's Old Dublin y latakia Siria. Con lentitud, la enciende y da permiso al humo con una bocanada profunda, y con un gesto ampuloso deja apenas rendida la boquilla sobre la comisura del labio izquierdo, constata que la fumarada tenga la densidad esperada y que se dibujen fluctuaciones y rutinas, a la vez armónicas y caprichosas.

«Tal vez, el arte también sea la densidad armónica y caprichosa del humo creativo», dice Leopoldo, mientras ve como las nubes del tabaco quemado se desvanecen contra el cielorraso, e insiste: «quizá el arte también sea la densidad armónica y caprichosa del humo creativo que al llegar a la cima puede evaporarse, pero nunca caerse».

 119

29

Hay quienes llegan a la cima de un árbol y luego no saben cómo bajar. Es notable, Elbiamor, la recurrencia de esta máxima entre mis congéneres de tertulias y colegas del grupo martinfierrista, que además han dado constantes muestras de conocer, ya sea por lecturas de enciclopedias o juegos de infancia, la estructura arbórea y sus implicancias, pues se la pasan yéndose por las ramas.

Asimismo, debo (más que deber quiero) decir que a muchos de estos merodeadores de las alturas del arte y de la náusea creativa los admiro y respeto. Aunque a veces cuesta que me escuchen, tan atrincherados que están en sus Torres de Cristal o en sus Paraísos Parnasianos. Se comportan como fantasmas arrastrando poemas cual pesadas cadenas de penitencia y desdicha. Los veo ignorarme y hasta despreciarme, hablan en los baldíos intelectuales; se ocultan entre la culta periferia europea y las beligerancias beatnik de Norteamérica, como quien ha dejado de ser y reconocerse en sus contornos y concomitancias, como marionetas del estándar de «lo in y lo out», como prestidigitadores con galera prestada y palomas lisiadas.

Sucede, Elbiamor, que la polifonía del discurso hace a la polifonía del decurso: transcurrimos buscando al otro como si buscáramos a Dios en cada hombre, y en cada hombre somos Dios multiplicado. Nuestro discurso es la palabra de todos, nuestra individualidad al emitirlo es apenas una apropiación por el arte de la palabra colectiva. Los que sucumben a las alturas y solo se oyen a sí mismos quedan presos de una belleza vacía, porque el alma de la belleza les ha cerrado sus ventanas y solo les queda arrojarse al vacío o salir por la puerta de servicio.

Hay en el arte una ascensión mística y una iluminación discursiva trascendente: vamos encadenados al destino de

nuestros sueños y temblamos como un barrilete sometido al ascenso por ventoleras divinas, apenas ligados a la vida por el piolín de las palabras. Somos la hermenéutica textual de lo que callamos en el poema y hay quienes confunden la praxis con estar a salvo de toda posible coordenada pragmática y tropiezan con la poesía como quien patea descalzo la pata de la cama.

Voy a tratar de ser tan diáfano como un jardín de piedra cubierto de nenúfares: el arte puede ser una posibilidad infinita, pero también una gansada cotidiana, o también: una extravagancia sonora como un pedo en misa.

Ya sé, Elbiamor, que mi pulido lenguaje a veces tropieza con vocablos gruesos y tonantes que me tientan, ya sea por la claridad conceptual del enunciado o por la limpia estocada del léxico, que, sin ser argumentos mortíferos, dejan una sutura sin estéticas para el eufemismo. Sin contar que, con tales vocablos y giros filológicos, salimos de la realidad abstractiva del intelecto para ingresar a la realidad consustancial de un oyente, que al ser sorprendido por una frase o un vocablo grueso e inesperado pone en tensión la cuerda interna con la que ahorca su mutismo y apatía.

Sabés muy bien, Elbiamor que he discutido con burócratas de la metáfora, con circunspectos funcionarios del adjetivo necesario, arduos inspectores de la sintaxis y las puntuaciones. Muchos me han escarnecido hasta sumirse en catarsis de refinamiento hepático y brutalidad de cirujanos. La mayoría de ellos reunidos en los jardines de invierno de caserones coloniales, en estancias bonaerenses con olores de catafalco patricio y manos de estrujar crisálidas o de acariciar encajes al bolillo. Casonas construidas sobre osamentas de indio, alambradas por peonadas que les sublevó el que te dije y arengó la que ya sabés.

Esos, los Defecadores Oficiales del Gran Inodoro del Arte reunidos en tertulias de té de Ceylán y licores de Barbados, atrapados entre festones y atavíos suntuosos, entre los menajes y moblajes que trajeron en las bodegas de los barcos junto a la nobleza de sus títulos recién comprados.

 121

En esas tertulias, Elbiamor, despellejaron hasta mis ornamentos humorísticos, que como Rabelais usé, así como uso todos los días solemnidades de fundidor de hierro y simplicidades de físico atómico. Fueron muchos y se mostraron sin disimulo como enaguas de vieja, diciendo que un buen escritor no puede utilizar ese caos simbólico, esas rabietas metafísicas, esas grandilocuencias míticas, esas humoradas de borrachines en fogones de gauchos, esas groserías de peón iletrado y, encima, peronista. Digo que disfrutaban, Elbiamor, intentando tronchar las patas a mi verbo o buscando la debilidad de mis vocablos. Me diseccionaron hasta la cáscara, despreciándome como al irlandés (Ulises and Dublin a single heart) al que en sus pagos persiguieron hasta el absurdo de los tribunales, moralizándole hasta la materia fecal porque olía a mierda. Hasta hicieron comparaciones de su Ulises y mi Adán, tratando de unificarnos en una especie de leprosario literario para aislarnos en verbo y alma de nuestras respectivas patrias.

Aunque lo verdaderamente imperdonable para ellos fue que escribiera historias de profetas del barrio con humos de librepensadores o seguidores del que te jedi. Aborrecían de las reflexiones en fogones donde los payadores eran filosos como navajas de matarife y brindaban con las ánimas de las hembras del Caracol de Venus, o dedicaban sus arpegios a vendedores de biblias como el púgil José Luna, o cuando Antígona Vélez vuelve atravesada por la misma lanza que ensartó a Lisandro por desobedecer a su casta.

Si lo pensamos bien, Elbiamor, alguna razón tenían: un escritor conviviendo entre el caos simbólico de su cosmogonía y el caos real de los nuevos símbolos revolucionarios es un dislate lírico y una amenaza onírica en inestabilidad química.

Yo, el paria de las letras nacionales, el burlado por sustentar un supuesto estoicismo trágico y cristiano. El rapsoda que chapoteó sobre el fango populista, el amansador de mitos queriendo entrar por la ventana culterana de una literatura de pasatistas y aduladores, con la esperanza ecuménica de construir

 122

la simbología nacional del Malón Homérico de las Pampas, de afilar la faca platónica de los discursos poéticos y reventar el riñón del obispo Berkeley hasta concluir que la teología de la materia es un dilema teórico de romper y raja.

Sí, era demasiado, viniendo descamisado, tan aluvional y zoológico, tan pingorotudo de onomásticos patrios y tan proclive a darle al bombo hasta reventar el parche.

No creas, Elbiamor, que esta noche brotarán las acorraladas Euménides de mi alma, no; tan solo quiero bruñir el cincel que talla la Psiquis de mis detractores, intuir el filo esencial que esculpe la piedra numeral de la infamia. Quiero ver cómo la obra del Gran Cipayo deja un olor funesto en la piel y una opacidad brumosa en la mirada, ver cómo la sombra de Sarmiento (atroz, solitaria y penitente) se acobarda en el basural de José León Suarez sin encontrar la prosa ni el sable de sus euforias. Sombra de Sarmiento zigzagueante sobre los muros del penitenciario de Las Heras o de La Plata, cayendo al fin, demolido ya en su destino de sombra; hincando sus rodillas frente al eterno fulgor de Facundo y sobre el ensangrentado polvo que cubre sus cenizas y su muerte bárbara, como las de Dorrego, Chilavert, Francisco Ramírez o el exiliado Artigas, que también es una sombra, pero apenas si se nombra porque a poco de nombrarla se agiganta.

Atesoro estas dolencias de parias de la Patria. Pruebas recogidas en la escena del crimen de quien con vida reclama sus credenciales de Poeta Depuesto, antes que deponer la certidumbre de banderas que llenaron los barrios y las plazas. Soy apenas este bogar de mis libros, resistiendo como barcos los turbulentos silencios del naufragio.

 123

30

—No voy a invocar la virtud bíblica ni la sabiduría salomónica, pero voy a consentir una tregua que nos hermane y resuelva un «quítame allá esas pajas» a disputas que atrasan y demoran. Tanto usted como yo estamos aquí convocados por el Poeta Depuesto, que sin proponérselo abrió las compuertas de esta dimensión hasta ahora ininteligible de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria; la Nueva Cacodelphia, acogiéndonos como hermanos en sus infinitos laberintos de sanación literal y metafórica. La Buenos Aires implorante e incierta, la de oscura luminosidad perenne, que con su farol único y providencial lame humedades de empedrado y soledades del alma, melancolías de ultramar y caminos de derrengada esperanza en la noche errática de nuestras vindicaciones Patrias.

—¡Qué lo parió, compañero! Yo no lo hubiese dicho mejor, solo agregaría:

«Canta, oh, musa, la cólera del Pélida Aquiles, cólera funesta que causó infinitos males». Y clamaría, al mismo tiempo, por la desambiguación del alma homérica, no tanto por la del griego sino más bien por Homero Nicolás Manzione, el rapsoda de Pompeya, nacido en Añatuya y que puso sobre la laureada frente de tantos compatriotas una señal de tormentas, cantadas como elegíacas convocatorias o epopeyas cinematográficas de soñadores en pie de guerra.

....

Lo que antecede es un fragmento de una plática que fue escuchada en el bar La Academia. Digo “fragmento» porque se extenderá después de este lapsus aclaratorio. Sigo, entonces, y agrego a lo ya dicho que también hay quienes oyeron un diálogo equivalente en el bar Margot y en el Café de Los Angelitos. Es más, algunos afirman que, según las descripciones físicas de los contertulios, estos se parecían a Gog y Magog (los

 124

archiconocidos y ambiguamente valorados clowns del Banquete de Severo Arcángelo), con impresionantes expresiones demudadas a repetición histriónica; en una simulación sistemática de todos los sentimientos y conmociones humanas, dramatizadas con sutiles máscaras en sus jetas de lúcidos farsantes profesionales. Otros sospecharon que se trataba de Barrantes y Barroso (los leudantes tragicómicos de la química filosófica de Megafón o la Guerra) que, haciendo gala de un duelo frenético de la dialéctica y la diletancia, consumían las horas arrellanados en sus sillas, mientras oteaban desde la ventana la marcha del gentío convocada por el que está tendido como cualquier hombre tendido que va a morir en esta Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria. De todas maneras, nadie nunca pudo precisar el origen ni identidad de los parroquianos que, en simultaneidad itinerante, no menguaban en oratoria ni escatimaban el laúd poético de su caudal metafórico-científico.

Quisiera referir, antes de continuar con la transcripción de estos estrafalarios, puntillosos y originales diálogos, que los hube de rescatar de papeles mugrosos y caligrafía de recetario médico que me fueron llegando por anónimas manos y rostros desconocidos que habían escuchado e inmediatamente trascripto estas febriles y picantes pláticas, en servilletas abrumadas de tuco y muzarela, en papel madera manoseado y ajado por mil envoltorios y cientos de ataduras de embalaje, en cuadernos con hojas mezcladas con dibujos de aburrimiento y anónimos e incompletos números telefónicos y de quinielas. También, alguna cinta magnética con las voces cargadas de gorjeos eléctricos y afonías de sótano, digo que decía que también en el bar La Puerto Rico, en el Rodney y en El Tortoni fueron vistos y escuchados en una simultaneidad prodigiosa de espectáculo ambulante y manipulaciones de prestidigitador fullero, experimentado e inescrupuloso.

Comentan que quienes pasaban frente a ese cuadro habitual de dos tras la ventana de un bar (piscolabis y vituallas, copa de

coñac o café de por medio) se detenían turbados y boquiabiertos por las imágenes funambulescas y doctorales, a la vez chapuceras y distinguidas, encajadas en sus trajes de etiqueta o sus camisetas de entrecasa. Decían también que sus cuerpos transmitían una ligereza atemporal, que simulaba un detenimiento de alas y en sincronía con un movimiento espástico de cuzco espulgándose; demorando lo que el columpio de un párpado demorara en exponer la aurífera escena del acto teatral que representaban y su ritual trama dramática, aunque algunas ocurrencias terminaron en una desordenada comedia cortesana. Liviandad de la materia y atemporalidad de los hechos sutilmente perceptibles en las miradas que los reflejaban como en un espejo invertido, suspendido por la voluntad del aire que a su derredor gravitaba con densidad de goma arábiga, o como en un colosal cinematógrafo flotante que dispara caóticas imágenes de interiores diáfanos y apariencias confusas.

Dicen también que, en los 36 Billares, la plática referida solo era interrumpida a tres bandas o cuando el quejido de una tiza anunciaba un massé sobre la punta de un taco matemáticamente equilibrado en comunión con la arrogancia de la mano y la tensión del antebrazo; frenando las leyes del movimiento y ofuscando el rigor de la física sobre ese universo verde de aristas muelles y tibieza de sumisión al tacto.

También en el Izmir de Villa Crespo, en la confitería Las Violetas de Almagro y el Café de García en Villa Devoto, estuvieron los citados dándole a la sin hueso, en un disloque de tiempo y espacio que unicamente en Nueva Cacodelphia, en esta Buenos Aires de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria, podía sobrevenir sin desequilibrar al universo y sus bordes abismales y emergentes.

Asimismo, en otros tantísimos bares y confiterías se pusieron de manifiesto y se multiplicaron dejando elipsis beligerantes y reflexiones inciertas como estas:

—Frente a algunas reflexiones, la ginebra encuentra el lugar justo para la íntima pausa entre la furia y la tristeza, inclusive

me animo a afirmar que muchos se pelan el culo estudiando a la luz de un candil escolástico y no solo llegan a una chambonada filosófica, sino que además no pueden volver a sentarse. Le digo más: no se puede eludir una gambeta filosófica siendo un teórico en el área penal del apotegma.

—Tiene razón, pero sucede que a veces somos, al mismo tiempo, una sinfonía compleja y armoniosa, y otras veces apenas una balada con estribillo pegadizo. Le redundo: en esta disquisición entre filosófica y trillada charlatanería me someto a utilizar la metáfora como una vianda conceptual para las almas hambrientas o, a lo sumo, un epínome que deslumbre hasta el hartazgo o haga colapsar con interferencia simbólica sus neuronas cachuzas.

—Será como usted dice, pero estas almas que espontáneamente acuden al llamado vindicatorio de sus legados maltrechos, que reúnen torbellinos de justicia malversada emergiendo desde la víscera más sana de la Patria para sanar la enfermedad histórica de la infamia, merecen que el referí les dé tiempo de descuento, al menos no cobrar penal por cualquier revolcón de sainete espamentoso o el orsai en cada jugada de balurdo clásico. Al pan, pan y al vino, vino: que de nada sirven melindres y retruécanos cuando queremos chupar haciendo bochinche de portuarios el caracú de nuestras desgracias o el mate ocioso de los domingos por la tarde. Digo: debemos ser astutos como serpientes y sencillos como palomas, o al menos no patear al arco con los botines flojos y el sol en contra.

—Adscribo totalmente a su reflexiva monserga. Le digo más: evoco, rememoro, recuerdo «que en un instante atroz te hice llorar». Acto seguido, debo pedirle que me disculpe la intromisión de Manzi-Gutiérrez en Fruta Amarga, pero me vino bien de bute el gotán y no pude esquivarle al bulto a la evocativa mistonga. De todas maneras, decía que recordaba que nuestro Poeta Depuesto preguntó: «¿Cuándo mis compatriotas dejarán de orinarme encima?». Esta cita pone de relieve el crudo y franco interrogante con un lenguaje llano y sin artilugios verbales, que

podría exponerlo a la rebatiña de puntillosos cancerberos de la vulgaridad en el buen uso del lenguaje. Ahora, bien, también recuerdo que hubo expresado: «toda casta social que reina fuera del orden jerárquico tiende a universalizar sus características» y no por eso lo etiquetaremos de elitista recóndito o de veleidoso discursante, como sospecho que son sus reparos a mis exposiciones anteriores.

—No confunda pelota vieja con vieja en pelotas. Lo que estoy tratando de decirle en este momento es lo siguiente, dos puntos: lo mejor sería utilizar un discurso respetuoso y campechano como un traje sastre, que se manifieste en una palabra diáfana, un mensaje desnudo y un concepto contundente. ¡¿Me he explicado mejor o necesito de algún exegeta iluminado?!

—Como decía nuestro Poeta Depuesto: «de todo laberinto se sale por arriba» o también, y sin intención de importunarlo, lo que Séneca sentenció en el senado: «a los que corren en un laberinto su misma velocidad los confunde». Quiero decir y digo que se ha hecho entender desde el principio. No es que no lo entienda, cofrade, simplemente no lo acompaño, prefiero tomar otro bondi, otro transporte verbal que me lleve a destino. Su teoría no me convence y no me parece que la utilización de un lenguaje rico en expresiones haga flaquear el mensaje en sí ni que complejizar el mensaje implique, *per se*, desalentar su comprensión. Muy por el contrario, estoy en las antípodas de tal pensamiento. Además, sospecho que usted es de los que subestiman a la gente sencilla pero sabia y que da más vueltas que caballo de noria o manco en batel a remos. Sucede que me acontece el presentimiento de que usted, aunque simule llaneza, es más complicado que morderse el codo o mear tosiendo.

—En este sencillo acto de levantar la copa para brindar con el Eterno compruebo que usted es ciego y sordo. Una lástima que también no sea mudo.

—No crea que me ofende, yo podría decirle que no hay duro que no se ablande ni arisco que no se amanse, y eso no

cambiaría para nada las cosas, salvo el nivel de beligerancia y el desordenado encanto del refranero.

—Hace un rato usted recordaba, evocaba, ponía en contexto y circunstancia una reflexión del Poeta Depuesto: «…no veo mal ninguno en que un Estado, celoso de la justicia distributiva, ejerza, por necesidad, funciones «supletorias» de las que se negó a cumplir el Hombrecito Económico en su apostasía social». ¡Con qué sencillez pone en la picota al Gran Cipayo y su Cohorte Despótica! Como puede advertirse, con un discurso potente desnuda una realidad doliente sin meandros teóricos ni devaneos discursivos.

—«…Cuando un país vive las horas genéticas de su destino, todas las actividades que contribuyen a esa inmensa «promoción de la Patria» tienen un común denominador que signa y une a los hombres lanzados a la empresa; y ese común denominador está en todos los factores de la Patria, desde un martillo a una sinfonía». Como verá, mi muy estimado, nuestro Poeta la hace más difícil que encajar un gato en la chimenea. Sin embargo, nadie podrá decir con un mínimo de fervorosa curiosidad en la metáfora, que el mensaje se destripa con apenas un herrumbrado y mocho cuchillo de Hermes y que su convite patriótico no tiene pleonásticas arengas sumidas en quiasmos o metonimias.

—No voy a empacharme destilando citas o refregando el sentido común de sus parrafadas. Más bien, estoy dispuesto a darle de puntín y sobre el área a una gran convocatoria de masas: ¡viva el optimismo de la voluntad, abajo el pesimismo de la razón!

—¡A otro perro con ese hueso! ¡Intenta correrme por la vereda de la humildad mientras se pasea glotonamente por la avenida gramsciana! Hágame una gauchada, someta sus triquiñuelas discursivas a la catarsis pública que se lleva a cabo en la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria y verá usted que ni a reflexiones sobre las nueve esencias del ser y el cuadrante del alma en cuarentena ni a intensas y vulgares

imprecaciones de peón carrero se limita la jornada. Haga mutis por el foro y acuerde conmigo que no es tan importante el modelo como el kilometraje. Concluyendo con lo siguiente: esta discusión está más enredada que orgía de lombrices.

— ¡Qué mutis ni ocho cuartos! Solamente me retiraré cundo finalice el último acto y el pesado telón oscurezca el escenario. Y tampoco: solo cuando los actores den su saludo final como súbditos sometidos a los aplausos. Usted se presenta muy elocuente y conclusivo, pero yo creo que sus teorizaciones son más peligrosas que peluquero con hipo. Intenta revolcarme por el picadero de matungos mostrencos y que elija al pingo por la bosta o la herradura. No, señor, uno puede citar filósofos y poetas, científicos o escultores, pero debe alumbrar con esos candiles y no encandilar con esos relumbrones o andar reventando pirotecnia de palabras y rimbombancia de enunciados teóricos.

—No se meta en el quirófano que el cirujano está con gripe. En este alambique de lo hipotético se destilan los alcoholes más crudos de la filosofía. Nos embriagamos con los vapores de sustancia anecdótica y brindamos con agua de horchata para ocultar los sin sabores de nuestra beligerancia. Mi amigo, lo invito a sosegar las hostilidades a coscorrones sobre la pensadera ecuménica hasta que el chicón de los afectos nos duela en el alma.

....

Siguieron por todo el tiempo que duró la convocatoria del Poeta Depuesto y por toda la eternidad de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria, con el mismo tono discursivo y con la misma angustia semántica, escrutando la ubicuidad del lenguaje y la elocuencia de la metáfora.

Discutidores agudos, porfiados y compulsivos, marcados por la literalidad y los trampantojos metafísicos, anclados a los afectos y al garete de los defectos; curtidos de ambigüedad y bruñidos de aciertos, entre empanadas criollas y varias botellas

 130

de un mosto casero, coincidieron en descansar desde el paralelo de sus clarividencias a la diagonal de sus cuerpos y retomar la riña ideológica antes de que el gallo afinara su gola matutina y justo después del atardecer crepuscular de las batarazas.

 131

31

Allí estaban los gitanos: los hombres reunidos en círculo pasando de mano en mano vasos de sangría y platos con andrajos, ocupando una parcialidad de la vereda y la totalidad del buen ánimo celebratorio de un nacimiento, con descendencia paterna argentina y ascendencia magiar, hasta donde la ruta genealógica era reconocida. Los vestidos de las mujeres embriagaban con humedades de siembra y afrodisíacos vapores agitados por hálitos de viento y bendiciones de remolinos en el corredor y los patios interiores. Las ventanas abiertas daban a un espacio único, abigarrado de colores que brotaban como copos espirituales de tapices y alfombras, que a su vez eran perezosamente barridos por el corredor de aire, que desde los fondos acudía soplando salmueras y bálsamos de té en ráfagas de canela, azafrán y cardamomo o frutos frescos hirviendo entre inciensos de opio, sándalo y menta. Disfrutaba estas caminatas por La Paternal deteniéndome y dejándome cautivar por los sentidos concentrados en olores y sabores, como una trasfusión ambulatoria que ingresaba por la nariz o se adhería al paladar sin cánulas ni intermediarios, a no ser por los enredos espirituales de las griterías en romaní y las gesticulaciones rítmicas y aspaventosas que azotaban benéficamente el ámbito sobre la avenida Warnes.

Recuerdos como fulgores, Elbiamor. Juguetes nacidos de las manos de mi padre que, como una continuidad lógica de sus dedos, aparecían en forma de patines para los pies de Aquiles y los mensajes de Hermes. Tensos arcos moldeados en fraguas íntimas y maderas nobles para las manos de Artemisa. Máquinas defectuosas que la minuciosa mano de mi padre curaba de sus engranajes díscolos como un ingeniero de sutilezas, o con parsimonia de joyero limpiaba sus mínimas briznas pulverulentas y los aliviaba del cúmulo de aceites mustios que los dejaban lentos y ruidosos: tanto para las Singer de las

 132

imitadoras de la Hilandera Eterna de La Paternal o para las desdichadas Aracnes del barrio de Saavedra. Descalabrados relojes de Cronos con una diástole agónica de herrumbres y fricciones eran recibidos en la sala de operaciones, entre diminutas herramientas y el ojo ciclópeo de mi padre, tras su lupa con montura de carey que pormenorizaba los motivos de la arritmia en el rodaje de la minutería y su clepsidra original, convirtiendo lo que era descalabro y caos mecánico en un tic-tac límpido, rítmico y armónico como un milagro de laminillas y artesanía santificada. Sus manos acariciando la música a cuerda para bailarinas en cajitas de alhajas o destierro de catas odoríferas con pétalos de rosa machucados. Sus manos de callos como botones florales desgajando la ropa íntima de los objetos hasta llegar al centro principal de una nervadura eléctrica o de un resorte herido en el espiral de sus tensiones. Sus manos atreviéndose al conjuro y los misterios como quien diera su última puntada sobre el vestido de la Novia Eterna, dejándolo en virginidad de costuras y remiendos. Sus manos, repito, como la letanía de un sueño, que ennoblecieron las chucherías de mil desvanes y que pusieron muñecos, radios y ventiladores en eterna salud y desvelo.

Como fulgores, Elbiamor: las manos de mi padre haciendo y deshaciendo. Reparando ilusiones o alterando fracasos, adorado por la vecindad, que sabían que sus maravillas quirúrgicas sobre máquinas inertes no buscaban pecunia ni recompensa: eran sanaciones por amor a la caducidad de los objetos y al cansancio brutal de los materiales. También por no soportar ver detenido lo que debiera estar en movimiento o por desafiar el carácter beligerante entre un movimiento errático y un movimiento exacto. Nunca hubo la banalidad oprobiosa y desaprensiva del comercio, nunca sumó un peso al puchero por recobrar la música del carrillón de un reloj *«art noveau»* con tres pesas sonando en los cuartos y las medias. Fulgores de aeroplanos en Longchamps, entre varillas y telas, pegamentos y mecanismos porfiados que nos dejó un vuelo trunco, pero un sabor a cielo conquistado o al menos invadido por el destino

certero de sus manos. Máquinas, herramientas, mecanismos y portentos, Elbiamor, todo nacido entre las yemas de sus dedos y elucubraciones de regocijos cerebrales, todo entre diminutas pinzas de trefilar alambres y pesadas llaves de ajustar rudas tuercas de obraje. Maderas que aromaban el espacio cuando las hacía sangrar hasta pulir sus nudos de belleza y la suavidad en sus encastres. Desdentados engranajes que volvían a morder su rutina de fuerza o sus pequeños sacrificios de segundero, formones y martillos, calibres y compases: una danza perpetua entre óxidos y líquidos de eterna juventud para bisagras. Pulimientos perdurables para molduras de cuadros, dinteles y balaustradas. Bruñidores de bisel alisando terminaciones o emparejando uniones. Yugos y chaponetes inmovilizando uniones y contornos, gubias, escofinas y garlopas hurgando en las maderas antiguos verdores y humedades de la tierra. Finalmente me detengo en el trampantojo de la vigilia evocativa y veo la mortecina luz de las ennegrecidas ampollas eléctricas colgando de sus sombreros de lata, sombras oliendo a virutas y olores grises de metal y lubricantes, mezclado todo con una policromía errática de esmaltes, lacas y acuarelas encerradas en latas, potes y frascos ordenados como velas de catafalco. Y ya cerrando mi visión crepuscular aparecen ante mí desafiantes e interminables herramientas desordenadas sobre un banco de trabajo lleno de cicatrices, herrumbres y trapos, como un ejército reponiéndose de las fatigas del intenso combate.

Elbiamor, recuerdos como fulgores o fulgores del recuerdo cuando paseábamos por Maipú y de la pulpería Santa Isabel salían peones que no acertaban el tranco y caían abrazados al primer árbol, mientras yo, temeroso en esos tiempos de la embriaguez etílica de los hombres, temblaba, como esperando un acto de brutalidad y sangre. Entonces mi padre me ilustraba sobre la verdadera y peligrosa embriaguez de los hombres: el odio, la estupidez y la codicia. Porque mi padre, Elbiamor, llevándome de la mano sentía que modelaba mi alma con herramientas de ética y esperanza, mientras sentados a la orilla de la laguna Kakel Huincul ponía sobre el agua una

 134

embarcación liviana con motor de goma de honda retorcida, que al soltarse hacían girar endemoniadamente la rueda de paletas, como si navegáramos el Mississippi, mientras, señalando la estela que dejaba el barco (resultado del astillero de sus manos), como al desgaire me decía: «solo estelas en la mar» y reía sin mencionar a Machado, pero calculando con su herramienta más sensible y poderosa el efecto alentador de sus palabras, tanto por inercia emocional como por impulso de la curiosidad del niño que aún dependía de los fulgores de esas manos y los pormenores de su artesanía de sueños.

Entonces, andando las veredas de Balvanera o las llanuras de Maipú, abro ventanas como horizontes, como atardeceres o como una pregunta convertida en piedra sobre el corazón de las evocaciones: ¿son esos recuerdos como fulgores o es el tiempo que enciende antorchas y luces magníficas para entibiarme de melancolía y dejarme anclado a la bondad taciturna del pasado? ¿Son los recuerdos o soy yo el que enciende antorchas para quemarme en remotas fulguraciones? ¿Es el hombre, tendido como cualquier hombre tendido que va a morir, o es el niño que todo lo que sabe es todo lo que necesita, el que empuja esos fulgores hasta el barranco de mis ojos?

Como fulgores, Elbiamor. Todo es cuestión de no sucumbir a la voracidad de los recuerdos, que temblando en el hueco de una campana y heridos de silencio nos acosan como a un niño desbastado por la inmensidad y la lucidez escalofriante de atesorar hasta lo no vivido, intentando, a su vez, olvidar lo que aún no tiene potestad de olvido.

Todos somos niños de un tiempo invisible, de una eternidad inútil y tramposa. Estamos hechos de agua y caminos sinuosos, de voces sin rostros y caballos sudorosos, sin jinete y sin reposo.

 135

32

Como si fuera hoy en el velorio de mi madre, me asombro del olor a fruta amarga, vapores de acíbar y flores mancilladas.

Como si fuera hoy en el velorio de mi madre y mi oído no pudiera sustraerse a los susurros ensordecedores que poblaban la casa, articulando una sinfonía excesiva y trágica. Atronadores susurros descascarando las paredes, estallando en súbitas oleadas como un ronquido grotesco de bocinas oxidadas, chorreando su inutilidad insidiosa hasta el centro del patio, articulando en el aire un coro de ausencias y demoliciones cotidianas.

Como si fuera hoy en el velorio de mi madre, paralizado ante esa caja de sombras apenas iluminada por la fulgente mortaja, impasible al infortunio de lo que ampara. Paralizado ante su rostro de dolorosa frescura a la vez que marchita soledad de maestra. Incurable saliva en mi tráquea hasta la hiel que paladeo como un perfecto bocado de moribundos. Y ese olor a lirios machucados en un jardín de escombros, humedades y silencios. Y yo ante sus ojos yertos y los míos desorbitados por no entender la vileza del sueño ni la lejana relación entre la delicadeza de sus manos y los dolores del cuerpo.

Como si fuera hoy en el velorio de mi madre, veo los manijones de bronce dispuestos para manos afectuosas que asumirán el peso crepuscular del cuerpo y las secas costillas del alma, que buscarán su luz entre las maderas de esa caja que esplenderá en la oscuridad de un hoyo a pocos palmos del suelo. Veo a los que han venido de Maipú con sus ropas de domingo y sus chalones de misa, oliendo a variedad de flores corroídas por la química, atrapadas en frascos y desvanecidas sobre los cuerpos y las vestiduras liberadas de sus rigideces de perchas y almidones, rehabilitadas de sus convalecencias de naftalina y jabones secos.

136

Piensa Leopoldo o siente que piensa estos estremecimientos, mientras su pipa Eleonore aún insinúa su fatiga de saliva y humo apoyada en el contramarco de la ventana, acosada por la luz invasiva de una madrugada crujiente. Hay fragancias batallando por ocupar su lugar en el ámbito apenas ventilado, algunas con saludable frescor de lavandas, otras de una acidez de encierro o acritud de olvido; hay remolinos exhalando naranjos y pinos desde una inestabilidad de libros como torres ardientes de Alejandría, aromas amarillos en la retama del recuerdo y de infancia azul en la cocina, como una herida con olor a espinas o al pasto sangrante de una soledad atardecida entre nubes de tormenta y ventisca de aguacero.

¿Era yo o era Adán el niño «que imaginaba la muerte de su madre para que todos lo compadezcan y admiren»? ¿Era Adán o era yo el que evocaba «esa niñez como si no fuera la suya sino la de un hermano ausente»? «Siempre fui yo, aunque fuera Adán o el hermano ausente», se dice Leopoldo, intentando un tono neutro para su yo que responde y atemperando el tono inquieto para su yo que inquiere. «Intuyo que en las veredas de Villa Crespo me asomé a los baldíos de las preguntas y a la soledad de las respuestas», reflexiona Leopoldo, entre la flagelante profundidad de los bostezos oníricos de hombres de cálculos y rutinas, holgazanes y laboriosos, malheridos por horizontes paralelos y melancólicos destierros del destino sinuoso e imperfecto de los que sueñan que siguen despiertos.

Aquí fui la impostura de una sonrisa indolente para que el alma esquive la fogarata del infierno, también fui un penitente de la vida como farsa, porque toda exageración de sublimidad empobrece y decepciona y porque todo acto humano está más cercano a una burla de los designios del Supremo que a una reverencia circunspecta y remilgada de sumisión y complacencia. Por eso me inventé el caleidoscopio de espejos que reflejan los pedazos nuestros: multicolores partículas geométricas de nuestra alma; por momentos en círculos amarillos de pena o rojos triángulos de tristeza, blancos

 137

rectángulos de ilusión u obtusángulos azules de júbilo bailoteando sin encastre ni medida entre oscuridades y relumbrones. Un cuadrado celeste de ilusiones o un dorado octógono de pasiones, todas nuestras esquirlas espirituales que si encajan romperán la magia, que si no encajan seguirán buscando la forma adecuada de los pedazos convergentes y los colores combinatorios y arbitrariamente exactos.

Como si fuera hoy en el velorio de mi madre, veo desvirtuados los objetos y sus sombras, traicionadas por otras formas parecidas al llanto, cuando el llanto vierte su revés de sal y deja en los ojos agua de cegueras. ¡Ah, tristes rosales espinando milagros de sangre en las manos de mi madre!

Como si fuera hoy en el velorio de mi madre, soy con mis pasos un retumbar doliente hacia el recinto fúnebre, entre quejumbres familiares y lutos simples, desprovisto de la coraza sutil que teje el tiempo, balbuciendo un adiós con la cara entre mis manos de hombre que buscan al niño que no mira sus manos, digo, que atravesado por la santidad crística de sus ojos ahora cerrados, dejo de mirarme corriendo hacia sus brazos y me abrigo en la soledad de palabras de consuelo y condolencia y formales tarjetas de visita.

“Como si todo fuera hoy”, dice Leopoldo, y se detiene al borde de un pensamiento, que si lo supone un abismo está dispuesto a empujarlo. Como si fuera hoy, y entre las brumas triviales del recuerdo me llegara hasta el olor a alcanfor y el amenazante ojo de aceite de ricino, las barritas de azufre y los tópicos con bicarbonato, las pastillas de menta y la caja de jabones Fulton, hechos en San Luis y aromando a violetas los cajones de los armarios. Todo es hoy, hasta mi madre acercándome la cuchara del jarabe:

Se va, se va la barca,
se va, se va el vapor.

Y con Brecaol para niños,

también se va la tos.

Todo es hoy, hasta la vieja radio soplando vientos de aventura y radioteatros o jingles publicitando la virtud del consumo, perforando la inteligencia del consumidor con slogans y productos innecesarios y sin destino.

Como si mi madre fuera hoy en Maipú cruzando el Puente Blanco con el viento danzando en inútiles remolinos a ras del piso, agitando briznas de pasto y pequeños guijarros, desatando una diminuta y zarandeada polvareda entre sus pies demorados en su quietud de bailarina. «Como si fuera yo», insiste Leopoldo, «en el hoy de todos los tiempos y mi madre estuviera a metros del palenque, donde el tobiano de un solo tirón soltó las riendas y corcoveaba casi flotando de furia sacudiendo sincronizadas sus cuatro patas como en una danza endemoniada, batiéndose, vaya uno a saber con qué fantasmas, hasta que un paisano de cara roja y labios morados, le puso un pañuelo de cuello sobre los ojos al bruto espantado».

Como si fueran hoy todos los momentos atrincherados en el espacio que inauguran mis ojos proyectando imágenes de mi propia substancia: allí estoy, con el atardecer subido a la cresta de los ceibos, esperando que el abuelo deje escapar sueños y me envuelva en rumores de lejanía y puertos de olvidos y barcos decapitando olas en noches de tormenta. Allí estoy, buscando los hilos de color y el bastidor con pedestal para que la abuela redimiera sus manos en el tramado de lino, hasta que flores y animales quedaban atrapados en punto cruz o punto de bastilla, con destreza de artesana y tedio de nodriza, y otra vez mi madre señalándome al cristo que posa una mano sobre el pecho con el corazón visible y herido, y con la otra mano bendiciendo. Y yo, atribulado, temeroso, penitente y sin consuelo posible, atrapado al enigma de alguien ofreciendo su corazón a los hombres con

 139

los ojos puestos en el Padre y con el resto de su cuerpo demolido por los hombres sobre un rústico madero aferrado en tierra.

Y ya no sé si soy yo o todo lo que soy está puesto en evidencia en este día, bajo este cielo, en Buenos Aires, un 26 de junio de
1970, mientras leo un título de algo que si es un sueño aún me mantiene despierto: «El empresario del caos», lee Leopoldo, y con un ademán cadencioso siembra de papeles el cuarto y murmura: «como si fuese hoy y la lluvia no se atreviera a mojar la tierra porque nacemos del barro».

 140

33

A puertas cerradas, en un taller de Villa Ortúzar llamado El Nuevo Amanecer, varios manifestantes (entre los que se encuentran Cantabel y Nebiros) discuten estrategias terrenales ofensivas y tácticas celestiales defensivas.

Están presentes para intercambiar sus experiencias: Los Desatadores del Nudo Gordiano, los cuales aseveran como los dioses que: «tanto monta cortar como desatar». También participan Los Incendiarios de todo lo que Arda, encolumnados bajo un cartel que dice (como dijo Leopoldo que le hizo decir a Almada en La Batalla de José Luna): «un incendio se parece a una bandera». Asimismo, están presentes Los Públicos Demócratas y Masones, un grupo no muy numeroso de dudoso origen y con tufillo germanófilo. Además, pueden verse otros tantos grupos apiñados en batahola de carteles y consignas, agitadores de ideologías opuestas, cultores de momificadas idolatrías aristocráticas; todos en sus versiones corpóreas e incorpóreas como una variedad de contrapuestos tropeles jubilosos venidos desde el umbral de la Veladura del Fulgor Patrio de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria.

La variopinta convocatoria se apiñaba entre los estrechos pasillos del taller, entre las máquinas y los bancos de montaje, contra las paredes encaladas o peladas al ladrillo, esquivando pilas de cajas y amenazantes enchufes ennegrecidos, montones de fierros, moldes, carretillas y roldanas. Había también un espacio central de tierra apisonada y aplacada diariamente con agua en regadera, dispersos montículos de aserrín sobre charcos de aceite y algo de yerba con la humedad intacta.

Algunos discutían entre sí mientras esperaban el inicio de la asamblea, otros aferrados al caos sistemático pero feraz de los representantes del Espontaneísmo Popular Prolongado, que sería como la guerra a la hora de la tregua: todo consiste en no

dejarse empaquetar por discursos ni arengas y que, a la hora de apuntar, hay que espantar bandadas de chimangos para que el refrán pierda consistencia y la improvisación se vuelva ciencia. Hubo quienes discurseaban sobre la presencia del grupo La Vitalidad de la Vanguardia, señalando (no sin una pizca de ironía) que sus adelantados combates o alegorías levantiscas iban a ser respetadas siempre y cuando los que fueran dos pasos adelante recordaran «que se enoja el general», como les pasaba a los radicales cuando la muchachada peronista les entonaba su himno partidario.

—¡Atención, compañero: vamo a iniciar la Mítica Asamblea Plenaria de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria! —vociferaba desde un megáfono quejumbroso un morocho sin eses y con gomina como para aplacar púas de quirquincho—. Anótensen en el Libro de Actas y también en la lista de oradores, después no me vengan con que no sabían y arman esos quilombos de rompe y raja.

—¡Para uno de los nuestros no hay nada mejor que otro de los nuestros! —gritaron desde algunos de los grupos asistentes.

—¡Nadie debe sentirse más de lo que es y menos de lo que debe ser! —sentenciaron desde otro sector.

—¡Que la memoria no encalle entre fangales de miedo y charcos de olvido! ¡Que no naufraguen nuestras consignas de amor por Leopoldo en la barca oligárquica del odio! —gritaba uno como desafiando al cielo.

—¿Me equivoco o están presentes los compañeros de la Marina Mercante con sus acuáticas metáforas? —comentó otro con sarcasmo.

—Seguramente es un exabrupto metafórico, una exaltación verbal de alguien que mantiene un equilibrio catártico entre su musa recóndita y el exterior sonoro —explicaba uno que estaba sentado sobre un cajón de bujes recién torneados.

 142

No todos intervienen en forma ordenada. Hay un grupo metódico que pide la palabra y la defiende a capa y espada, un segundo grupo que interrumpe a los gritos y conmociona hasta las sombras con teatralidad en los gestos y fogosidad en las palabras; un tercero, conciliador y austero, que intenta conjugar esto con aquello sin perder el equilibrio de lo que empuja o se columpia en el borde argumental o en el abismo de una bravata. Por último, La Comparsa Combatiente, el grupo que encabezan Nebiros y Cantabel, acompañados por los adictos a disfraces y máscaras, contorsionistas y lanzafuegos, forzudos y hasta la giganta de Baudelaire, pidiendo con gritos de madama veinte centavos para la causa o al menos una vida color de rosa para encajar en la ranura del alma, como diría González Tuñón en otro orden y en otras circunstancias.

Hay amas de casa con una foto en sepia de la joven Capitana sonriendo con perfil cinematográfico y mirada despreocupada. Obreros y obreras con los brazos en jarra, expectantes y atentos, con el gesto de quien conoce el terreno y sus escarpas. Un amigo del cantor que filmó la novela de un comunista (Alfredo Varela) que meaba la pared de la embajada donde el embajador Braden era elípticamente putiado por el general y a él (al comunista) lo llevaban en cana. Una imitadora de La Cantora Nacional Descamisada, que se desgañitaba cantando La Morocha (Saborido y Villoldo), intentando el tono y los modos de la Gardel con polleras (no le digas así que se cabrea). Uno que se hace llamar El Librero en Alpargatas, que reparte ediciones baratas de las obras del Poeta Depuesto, también La Razón de mi Vida, El Cancionero Peronista, el Qué Hacer y Los Vendepatria; vestido con un traje brilloso y gastado de un color indefinido, entre azul arterial y un gris de labios yertos, agitando las ediciones aferradas a su mano izquierda mientras vocea los títulos y con el índice de la derecha (que tiene dones de batuta), dibujando octavas y arpegios ante una sombra sonora de orquesta típica. También el dueño del taller, un extremeño con ojos de tigre y mirada mansa y su hijo, aprendiz de tornero y «*beatle* profesional», que ha decidido colaborar con los

ingenieros marechalianos en la construcción del poeta electrónico que defenderá la «Palabra Creadora con una solución en forma de trompeta». Finalmente, grupos heterodoxos y la ya mencionada Comparsa Combatiente, a la que se han unido Gog y Magog, que aparecieron como surgidos de las blandas costras de las paredes o de los ahumados chorros de luz que apenas destilaban las bombillas eléctricas. Rápidamente, se incorporaron a la Asamblea cual Pedro por su casa. Estaban vestidos de overol con funyi calado y zapatos de charol, deslumbrando con su oscura luminosidad y presencia ambivalente, mostrando desde un trasluz lateral sus semblantes enigmáticos y universales: sonrisa de malevaje concupiscente y sonrisa melosa de cantor de boliche nocturno, ojos de gerente general de empresa bonaerense o de cajero del Banco Hipotecario; nariz de sparring de barrio o nariz de estatua de La Recoleta, orejas de gigoló del Abasto o de marinero polaco; mentón de actor de reparto o de indio montuno, y frente de albañil media cuchara o de ínclito académico de la Universidad de La Plata. Apariencias que mezclaban e intercambiaban del uno al otro, en mutación tal que nunca se sabía a quién pertenencia la fisonomía y sus combinaciones arbitrarias. Asimismo, tenían una lengua trágica y de reflexiones pertinaces, se evidenciaban como ideólogos miméticos, aunque no gatopardistas. Eran provocadores sin voluntad suicida. También instigadores natos, aunque componedores ingénitos y de orondas pláticas sobre la condición humana y sus agonías de ángeles entre perros cancerberos y las alas de Samael.

Con esta composición extravagante y estridente discurrió el mentado encuentro que intentó unificar las dispersas y heterogéneas masas venidas desde todos los rincones de Nueva Cacodelphia. Masas, multitudes, gentío acudiendo impelidos por el influjo del Poeta Depuesto que está etcéteramente tendido y la vibrante Real Realidad de La Terca Mula de la Memoria.

 144

—Vea, compañero —reflexionaban a coro los obreros y obreras con los brazos en jarra—. Está bien eso del espontaneísmo popular prolongado, pero sería conveniente ser espontáneos a la hora de convocar homenajes y desagravios a nuestro Poeta Depuesto, con conciencia popular para que esto vaya para donde tiene que ir y tan prolongado como sea necesario: hasta lograr la victoria en la Real Realidad de La Terca Mula de la Memoria.

—Adhiero y agrego —intervino un amigo del cantor que filmó la novela de un comunista (Alfredo Varela) que meaba la pared de la embajada donde el embajador Braden era elípticamente putiado por el general y a él (al comunista) lo llevaban en cana— que estamos aquí, dolidos y condolidos por el que está tendido como cualquier hombre tendido que va a morir, lo cual nos demanda un esfuerzo original y permanente. Dicho lo que acabo de decir, digo que me propongo para filmar los acontecimientos presentes: con La Marcha de fondo y los bombos al frente estallando en multitudes nazarenas y fundiendo a negro mientras nuestro Poeta Depuesto fuma su pipa de hornillo de porcelana, en tanto, como difuminados en sepia, aparecen unos «ojos iguales a dos mañanas juntas» que lo miran y se desgarran en sutiles lágrimas de plata con aroma a palosanto.

—¡Que en esa película se cante La Descamisada (Helu y Maroni)! —irrumpió una imitadora de La Cantora Nacional Descamisada, entonando su arenga en ritmo de milonga—. El Poeta Depuesto sería el primero en elegir esa canción para La Santa, que de seguro lo acompañará para que no afloje ni un tranco de pollo en su nueva morada. Humildemente, me propongo para interpretar el papel de La Morocha Gaucha y hacer tronar hasta los últimos arpegios y los primeros pulsos de una vihuela bien templada.

—¡Que Adán Buenosayres me ayude y Lisandro Farías me proteja! —prorrumpió vociferante uno que se hace llamar El Librero en Alpargatas—. Andan pensando en películas para el

 145

biógrafo, canciones para el fonógrafo y artistas para los autógrafos. ¡Uy! Me salió rimando hasta el pleonasmo —se interrumpió brevemente—. Lo que hay que hacer es repartir los libros del Poeta Depuesto casa por casa, en las plazas y los bares; en las paradas del bondi, en las terminales ferroviarias; en los teatros y burdeles, en las puertas de las fábricas y hasta en el biorse y las amuebladas. Que cada poema sea una morada o refugio de los suburbios del alma, que cada sainete sea un entrevero de alegorías místicas y un cobijo de provincias su teatro clásico, y que en cada novela florezca la mismísima Patria como amparo terrestre a nuestro sueño justo, libre y soberano.

—Acá, digo yo —dijo el dueño del taller, un extremeño con ojos de tigre y mirada mansa—, lo importante es ver lo que el Poeta Depuesto vio. Lo que sus ojos, tanto los del alma como los de la cara, vieron aquel día cuando pasábamos por debajo de su departamento de la avenida Rivadavia al 2300; vociferantes y bien dispuestos, transformados de «masa numeral a pueblo esencial». Eso que vio el poeta aquel día, eso debe seguir viendo cuando entre a Nueva Cacodelphia por el portal de la Real Realidad de La Terca Mula de la Memoria.

—Podemos equilibrar lo que vamos poniendo en la balanza —razonó el aprendiz de tornero y «*beatle* profesional»; podemos mirar al Poeta Depuesto como quien mira un recuerdo, podemos cobijarlo como el sol, que hace de poncho de los pobres en el invierno. Podemos remendar las costuras de su traje de gladiador poético en los telares del sueño, seguir, aunque más no sea las migajas de una aventura escrita en clave terrena para un combate angélico. Todo eso podemos, hasta construir un aljibe que columpie agua en el brocal mientras suenan melodías de duelo en la manivela de ese organillo enladrillado y hueco. Eso podemos hacer, aunque no haya balanza para equilibrar lo que ponemos y mucho menos lo que pesamos.

—Impresionante el muchacho —dijo Gog con tono confidente y mueca de salmodiante amnésico—. Nosotros,

 146

Magog y yo, apoyamos cualquier iniciativa que haga reventar al Gran Cipayo y al aún no mencionado Cerdo Capitalista.

—No muestres las cartas Gog —recrimina Magog a su camarada, y toma él la palabra—. En todo caso, yo diría que «hay que pasar el invierno y que no haya vencedores ni vencidos» (ya todos saben que me gustan las frases hechas y maltrechas), o algo similar que nos dé tiempo a pensar quiénes son los impostores, esos que pretenden hacer de Nueva Cacodelphia una Guantánamo crepuscular y maledicente desde donde atentar contra la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria.

—¡Que alguien haga callar a ese clown, macilento como una lombriz y entrazado como ejecutivo de carbonería o peón de la Santa Sede! —gritó desde el fondo Nebiros, intentando armar más alboroto del que ya existía.

—¡Nebiros, mirá que sos mañoso, astuto y tramposo! —le gritó Cantabel en las propias narices al maltrecho íncubo—. A ver si, aunque sea por una vez, abandonás tu obvia naturaleza de alacrán de fábula y dejás de echar leña al fuego de tu difamatoria hoguera del averno.

Con la mirada baja y silbando una polka, Nebiros se hacía el distraído, mientras con la punta del pie (de pezuña hendida, mejor dicho) horadaba el piso ferroso como quien apaga un pucho.

—¡Que esos dos andrajosos con pinta de drogados y los otros dos con disfraces inverosímiles y caras indefinidas digan de qué barrios vienen o a qué comparsa van! —dijeron a coro las amas de casa con una foto en sepia de la joven Capitana sonriendo con perfil cinematográfico y mirada despreocupada.

—Los beneficios de la cordura apenas trascienden las convulsiones de un alma seca —dijo Gog que hubieran dicho Barrantes y Barroso si estuvieran presentes—. Además, si el Gran Cipayo supiera de esta convocatoria en esta Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria, intervendría los intersticios

 147

espacio temporales con algún aparato supra-sensorial, fabricado por aquel rampante lobo con piel de cordero; explotador de sus propios sepultureros; obeso deglutidor de plusvalía: el muy mal parido Cerdo Capitalista. Quiero decir con esto que, cuanto más chiflados estemos, más seguros estamos, sin olvidar que en el guiso espiritual de toda alma Marechaliana, Marechaldina o Marechaldiana el problema no es un eructo didascálico, sino el olor a ajo del conocimiento académico.

—Lo que nos preocupa —intervinieron a coro los obreros y obreras con los brazos en jarra— es que el Poeta Depuesto se vaya antes de tiempo y que no nos crucemos en el momento exacto cuando el envase, el cuerpo, la mole carnal y flatulenta deja invisible su modalidad terrena y la parte astral, etérea, el alma, sin ir más lejos, quebranta la costra de la materia hasta volverse ubicuidad y holgorio.

—¿De dónde salieron estos laburantes melanco-místico-peronistas? —preguntó Magog gritándole al oído y agitando su dedo índice a Nebiros, que seguía silbando, ahora Mano a Mano (Gardel, Razzano y Celedonio Flores), habiendo a estas alturas labrado un hoyo petrolífero en el piso del taller—. ¡Acá, lo único que cuenta es resistir al Olvido y al Perdón y que la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria siga creciendo hasta llegar al mismísimo encuentro con el Poeta Depuesto!

—¡Eso! Eso, ni olvido ni perdón: ¡paredón! ¡Eso! ¡Eso! ¡Cinco de ellos por cada uno de los nuestros! —gritaba frenético Gog mientras hacía piruetas, revoleaba clavas de fuego, prendía un cigarrillo y se cambiaba el funyi por una boina negra con virola de cuero y estrella roja al frente.

Las intervenciones siguieron hasta que el aprendiz de tornero y «*beatle* profesional» enchufó su guitarra y dijo que ya era hora de su práctica electro corrosiva, la que con el tiempo lograría imponer (con la previa creación de un poeta *beat* robotizado) la Palabra Creadora y sus vertientes de alta fidelidad a la Causa Nacional, facilitada por la ya mencionada «solución en forma de trompeta».

34

Voy apagando lumbres mientras recorro este ignoto pasillo de despojos al que he sometido el sueño de lo que sueño que he soñado y soñaré, como porción ingrávida e inmaterial cuando mi cuerpo se aleje de su YO previsible y, entonces, un YO inopinado e inespecífico encuentre la Veladura del Tiempo en los rincones de lo inexplorado: visiones de duermevela, ambiguas regiones de mis pesadillas, tristezas de ensueño, euforias de alucinación con los ojos inexpresivos y yertos.

No voy solo, Elbiamor, voy con todos mis posibles (al menos con todos los que estaban dispuestos a acompañarme) navegantes supra e infranautas de Oniros y la Psiquis. También con los hombres que he intentado ser y con los que he sido sin que mediara intención ni respiro. Me voy con amores plenos y en ostracismo, desamores de olvido y beligerancia; con polvorientos atardeceres de tropilla mansa sobre los campos de Maipú rumbo a los corrales y con un grupo de amigos ebrios que han dejado sus almas mozas, sus lascivias de cinematógrafo y sus ironías zumbonas. Otros que de puro recuerdo me acompañan dentro de botellas sin utopías o en damajuanas de oprobioso llanto, cargadas de mosto sanjuanino, orujo riojano y alcoholes fermentados en alambiques íntimos, entre vapores de desventura y estremecimientos de guerrero solitario.

Voy con los ornamentos dignos de un combatiente clásico (atributo cuasi heroico en la ceremonia cotidiana de afrontar el día sin decir muchas macanas), rodeado de mis convicciones humanas, mis criaturas literarias y mis embelecos poéticos. Voy componiendo un simulacro contingente y desprevenido por las calles de Buenos Aires («la del río que lleva nombre de metal») porque me pergeño una sorpresa en cada barrio y me arremolino sin ubicuidad entre caricias familiares y amigos que rara vez llegaron a tiempo, cuando llegaban si llegaron.

 149

Por eso, Elbiamor, para este nuevo recorrido he de construir una embarcación de atributos tan impropios como navegables, siguiendo las instrucciones vitales y precisas que las manos de mi padre hubieran trazado: desde las cuadernas a las velas, desde el trinquete hasta el mascarón de proa; tan ligera como espaciosa y tan irreal como deseada, que atraviese la carnadura de las tormentas interiores, que revele el pulso del deseo y el latido de la saciedad, que navegue aun sobre los naufragios. Que arribe siempre sin destino de puertos ni lugar exacto, sin guía de faros ni descanso de orillas o muelles sanadores; amarrando en santidad y holgorios venturosos a tanto trajín militante y pertinaz, arribando al fin a estuarios de otras infinitas posibilidades navegables.

No estoy desdeñoso, Elbiamor, apenas intento viajar sin rumbo y sin bandera por los toboganes rústicos del alma y el mar oscuro con sus negras lunas sobre mis espaldas, llevando bien abiertos los ojos, como lámparas de ultramar o enormes cíclopes con el monstruoso párpado cortado. Quiero deslizarme en esponjosas nubes de arroz atravesando parras enjundiosas de uvas fragantes, descansar sobre rizomas chorreantes de jugosa pasta alimenticia; emborrascado en tormentas de espinudos rosales que me tienten al tormento de sus púas, mientras muerdo sus capullos cerrados y caigo herido en la trampa de la Psiquis o en la metamorfosis del Asno de oro de Apuleyo.

No he sucumbido al delirio, Elbiamor, el delirio es lo que sucumbe frente a un hombre tendido como cualquier hombre tendido que va a morir. Solo quiero juntar los distintos planos del sueño (de mis sueños), tejerlos en sus cuatro nervaduras astrales y en sus doce tentáculos terrestres. Crear erráticas metáforas en la parte sensible y profunda de los seres humanos; quiero huir por un momento de las maquinaciones de los dioses y de las artes cuando lo que *Natura non da Salamanca non presta.* Ya no quiero lidiar con las corrientes de aire ni con el momento de la cena o con la rutina de los fármacos y los vanos estropicios del entendimiento. Quiero alejarme de los estantes donde los

 150

libros adoptan un orden propio y deambulan independientes de toda propiedad subalterna o precepto de nomenclador y abecedario.

Aunque más no sea por un momento, Elbiamor (que pueden ser horas o días si uno logra concatenar las evidencias de Morfeo), quiero romper las reglas del peregrino elegido y vagar al garete del cuadrante terrestre, ajetreado por los vientos y las olas, abstraído de toda misión y trascendencia; insomne por los caminos olvidados de Dios y las tentaciones del Otro, bendecido sin decoro ni maestría hasta caer como un árbol desarraigado o una sentencia de párpados.

Quizá, Elbiamor, sean migajas de imaginación e insensiblemente esté buscando un cómplice para esas imprevisibles muecas ulteriores del alma; quizá por eso busco en las estancias del sueño una metáfora estridente que junte los pedazos del silencio, una metáfora fulminante que agreda los tímpanos de los que han dejado de escuchar las sirenas de Ulises y que de todos modos mueren atraídos por ellas como náufragos sin barco ni tormenta.

Quizá, Elbiamor (solo quizá), busque defenderme de las sombras que baten sus alas de luz a mis espaldas. Sombras de Eurídice amenazada de sombras, sombras de la soledad de Orfeo, sombras de un farol en una esquina ignota quebrando al contraluz una despedida o un abrazo de sombras.

Intento llegar a la frontera de lo imposible, asomarme por el umbral del universo a los temblores metafísicos de mi baldío interior, donde los que mueren tienen su lugar para calmar el desasosiego de interrogarnos sobre el lugar del mientras tanto.

Seguramente nada trascendente, en todo caso y sin veleidades ni rescompensas, busco desentrañar este Bodrio Universal como un filósofo en chancletas, que después de tantas cavilaciones y acertijos pueda sostener que no sabemos un corno y aún menos qué pito tocamos.

 151

Es más, Elbiamor, diría (y algo de todo esto ya he dicho antes en el Adán Buenosayres) que todo este circunloquio es para abandonar mi costado sublime y abandonarme a mi Existencia por el Absurdo hasta abandonarme tan «solemne como pedo de inglés».

35

Los diálogos, las escenas y el posterior encuentro que se relatan a continuación han sido recogidos de escritos recopilados del Álbum Familiar de la Biblioteca de Todos los Depuestos de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria y firmados por puño y letra por los Atesorantes Perpetuos de tales escritos, como así también dedicados a compilar las publicaciones y los antiguos códices de la Ilustrísima Alteridad Histórica de los Héroes Patrios. Y que con fruición reverencial han traducido a los siete mil idiomas vigentes, también a trescientos veinte y dos mil dialectos, treinta lenguas muertas y tres mil nativas, los siguientes párrafos: «o juremos con gloria morir» y «combatiendo al capital» como síntesis sinfónica de la argentinidad.

También fueron acopiados en grabaciones posteriormente expuestas en forma directa desde la Oralidad a Voz en Cuello, replicada y amplificada por el Eco Migratorio de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria, que atraviesa atemporal y vociferante el vacío líquido, sólido y gaseoso-pulverulento de todas las realidades convergentes entre la Buenos Aires de fragilidad terrestre y la Nueva Cacodelphia de tenacidad metafísica; serpenteando como un gusano las arterias del Umbral Místico sin perder nunca la orientación física, con rigor metodológico y una voluntad biológicamente nutricia y estereofónica.

Los textos que corresponden a las versiones originalmente orales del Eco Migratorio son ricos en vaguedades histriónicas, vehemencias textuales, sinécdoques orales y teatralidades de conventillo, que resuman un entusiasmo de domador en briosas yeguadas de corral sureño y una policromía de paisajes de crepúsculo a lo Quinquela, haciéndolos imprescindibles a la

hora de cifrar la emoción y el entusiasmo, pero precarios a la hora de intentar un poco de rigor histórico.

De los escritos recopilados textual y fielmente (salvo algunas transcripciones que debieron realizarse porque resultaban ilegibles los originales) pudimos rescatar una línea común de reflexión sobre lo observado y escuchado, propias de quien echa mano al recurso de trabajar la palabra escrita sin perder el pulso emocional y la objetividad de los hechos. Hay una cantidad de textos (muy pocos) que desbordan en literatura de factura barroca y descripciones churriguerescas, haciendo encantadora su corteza gramatical pero poco convincente su jugo conceptual.

Teniendo en cuenta los personajes intervinientes y el pandemónium proverbial que se vivió en aquella gesta, convocatoria, marcha penitente, murga ditirámbica o Comparsa Nacional Unificada; fueron creadas como respuesta a la invocación poética y a todos los etcéteras atribuibles e imaginables al momento abundantemente referido en el que nuestro Poeta Depuesto se nos moría tendido como cualquier hombre tendido que va a morir, en las redivivas puertas de la Nueva Cacodelphia o Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria. Teniendo en cuenta estos pormenores es que expondremos solamente el material más ilustrativo, guiados por la subjetividad de la razón razonable y por la objetividad moderada de la conmoción emotiva. En cualquier caso, todo se exhibirá sin aclarar si corresponden a las versiones orales, escritas originales o transcriptas del original.

Es importante comprender que la dimensión espacio-temporal con la que tales acciones, dichos e interpelaciones ocurrieron no son moneda corriente. Están fuera de las cavilaciones y cosmovisiones astrofísicas habituales y también de las insólitas calificaciones de efemérides milagrosas o momentos de lucidez divina. Lo acontecido está más allá de cualquier equilibrio geométrico o medición astronómica, nada responde estricta ni someramente a comparativas filosóficas ni a paralelismos históricos, meta-históricos o esoterismos de

 154

ritualidades paganas. Finalmente, y como decía mi abuela Pepa: «ninguna etiqueta encasilla ni pone en caja aquello lo que viene suelto y revuelto».

Finalmente, los hechos en Nueva Cacodelphia o Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria trascurren no solamente en un rezago de eternidad fluctuante, sino también en una sólida virtualidad de embudo cósmico invertido, esto es: empieza finito y termina desbordante.

Otra cuestión a tener en cuenta: tales acontecimientos se originaron desde todos los barrios de la Capital Federal (que componen especialmente este trabajo) y muchos del Gran Buenos Aires (los pertenecientes a las provincias forman parte de otro volumen dedicado exclusivamente al interior profundo) en forma simultánea y congruente, conectados con pericia técnica y sensibilidad de orfebre al Eco Migratorio de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria, todo coordinado por el aprendiz de tornero y «*beatle* profesional», del cual ya hemos hablado cuando referimos los hechos acaecidos en un taller de Villa Ortúzar llamado El Nuevo Amanecer.

Aclarado lo que debía aclararse y mientras oscurece lo que ya venía subido de tono, se exhiben a continuación los referidos textos y oralidades pasadas a escritura textual de los hechos, acaecidos durante la combinatoria discursiva y testimonial que concluyó en la histórica Choriceada de Órdago, la cual se llevó a cabo en el barrio Juan Perón de Saavedra, en el mismísimo patio de la Iglesia Justicialista Parroquia San Juan Bautista El Precursor, a la que llegaron en individualidades de masa esencial y sin conexión aparente, atraídos por el Eco Migratorio y la Invocación por el Poema que Leopoldo irradiaba desde Balvanera, entre jazmines de embriaguez inhalatoria y tormentas de aromosas glicinas sureras:

—Todo está en el lugar de siempre, teniendo en cuenta los cálculos de Hiparco de Nicea. Nuestra misión está alineada al zigzag celeste de los números astrales y a la geometría móvil del poliedro terrestre, por lo tanto, esta libertad enderezada a las

155

leyes de la catarsis cósmica nos deja ubicados en el centro mismo del influjo convocante de nuestro Poeta Depuesto. Y eso nos pone más cerca que ayer y más lejos que mañana, en esa sincronía saturnal a sarcófago abierto que despunta toda relación considerada cósmicamente —dijo uno de los convocados a la Choriceada de Órdago: el Matemático de Boedo, mientras con un ojo relojeaba el cielo y, con el otro, el cordón de la vereda.

—¿Qué animal del reino o engendros quiméricos entierran a sus muertos bajo vientos ligeros y sobre flores de adormidera? —se interrogaba una vidente tarotista que era médium en San Telmo y curaba el empacho en Chacarita—. ¿Será como dice Shakespeare que «las tumbas son los únicos trabajos de los hombres, y la tierra, su único salario?» —continuaba como poseída bajo un farol de luz amarillenta y una luna de menguante—. Aquí estaré, entonces, cavilando lo imposible hasta que nuestro Poeta Depuesto nos convoque con la elegía del Oráculo de Delfos o el Cantorum de La Regla Lucumi de África —esto último fue proferido con voz taciturna y oronda mientras encendía un puro de tabaco misionero con vitola corona.

—La hiedra de la ambición repta por el tronco de la humanidad chupando la savia a sus expensas: el Cerdo Capitalista (Creso Desencadenado) desata la tragedia (humana) al solo efecto de ver su cotización en el mercado y aprovechar sus consecuencias y beneficios: ya sea por esquilmación, aplicando astucia de pájaros carroñeros o desatando guerras… tantos dioses sacrificados en la vulgaridad de la fe y la precariedad ideológica de la ciencia para justificar la rapiña económica… concluyo, aunque no definitivamente, en lo siguiente: si no quieren entregar los anillos, habrá que cortarles los dedos —tecleaba en su rémington 1929 el Pensador en Galochas de la Paternal, mientras masticaba un higo seco y dejaba reposar un chifle de guampa de buey, atestado de ginebra

 156

de destilación casera en el alfeizar de la ventana bañado por la sombra de un plátano tabasco.

—De lo cierto al desconcierto solo media un acorde, por eso la matraca discursiva es monocorde. Somos el resultado viscoso de los pormenores de la materia y la cantinela de la angustia de la psiquis. Por finitud o por la infinitud, vamos dependiendo del ánimo social y de la angustia individual que, medida a cascotazos por la cultura judeo-cristiana, nos da algo así como las dimensiones teologales de la ciencia o las virtudes liberales del diván, opuestas a la oquedad enconchada y medieval del confesionario en beligerancia con la moral anarquista… —se desgañitaba un enfermero del Posadas, aficionado a la música sacra y estudiante de psicología, mientras comprobaba la fluidez de una jeringa con suaves pero certeros golpes, usando el anular catapultado por el pulgar de su mano derecha.

—«El pueblo recoge todas las botellas que se tiran al agua con mensajes de naufragio. El pueblo es una gran memoria colectiva que recuerda todo lo que parece muerto en el olvido. Hay que buscar esas botellas y refrescar esa memoria» —escribió en cartulinas estucadas y en papel de estraza, usando plumines con tinta china negra, delineados con letra cursiva redonda y clara, una que vive en La Plata y que se hace llamar Atila del Amor—. ¡Nuestro Poeta Depuesto es un náufrago Olímpico —agrega con énfasis—, un Rastreador de Almas Puras, ¡un pionero fundante de la Letra Argenta! —todo fue dicho mientras apretaba entre sus manos una botella de irisadas transparencias que contenía diez lágrimas nocturnas, un pétalo de margaritas y otro de azucenas recién decapitadas.

—Todas las cifras y coeficientes que ponen en caja al universo son un pedo en la glorieta de la sabiduría cósmica. Esto se mueve, pero nadie sabe si va para algún lado o si simplemente no puede estarse quieto: hay más vértigo que ciencia, y nadie sabe cuántos nudos en el pañuelo de las rogativas necesitaría Pilatos para frenar semejante tormenta —reflexión atribuida a

 157

un barbado y anónimo taxista de Avellaneda y cofundador del gremio.

—Los que crean en el drama como representación humana, por favor que se ubiquen a la burguesa suerte de sus emociones. Los que adscriban a la tragedia pueden prescindir de su ubicación de clase, pues serán arrastrados por el peso de los hechos y la borrasca de sus actos. Los que adopten la comedia y, fundamentalmente, los cultores de la farsa, pasarán por el agujero de la aguja bíblica, descubierta en el pajar de la Penitencia Cotidiana junto a un rumiante camello en el preciso lugar donde la mayoría veía alimento para bestias o abono para la tierra —escrito de puño y letra por el Filósofo Ditirámbico y presocrático de San Cristóbal. Alma oscurecida por los alcaloides y de carácter enardecido por yuyos macerados con saliva de un chamán mixteca o de Santiago del Estero, que vivía en los fondos de un establo en Mataderos y que se hacía llamar El Nombrador—. La farsa —continuaba el Filósofo Ditirámbico y presocrático de San Cristóbal— es lo más sublime del teatro y la más pura expresión de la comprensión de la condición humana: todos sabemos que no hay salida, pero la farsa nos muestra la puerta de entrada; todos sabemos que no hay salvación, pero finalmente la farsa enciende hogueras con un balde de agua. La levadura filosófica de la farsa es la tragedia de Luis Bonaparte y el último acto de una traición republicana muy cimentada por el 18 Brumario de Marx —dijo finalmente con la voz quebrada por humo de mezcalina y vapores de cucumelo.

....

Y así, como nazarenos de la Patria, caminaban al influjo de la Invocación por el Poema y subyugados por el Eco Migratorio que de sus propias gargantas fluía y se reproducía, al igual que los papeles escritos en forma de volantes de publicidad callejera, que inundaban el aire y alfombraban las calles. Parecían posesos, aunque en realidad marchaban con voluntad de guerreros y libertad de santos, con paso firme sobre la tierra y con la

transparente mirada hacia la verdad celeste. Era un acontecimiento macerado en la ambigüedad del que se muere tendido como cualquier hombre tendido que va a morir y el reflujo celebratorio de la inmortalidad de los que a la diestra de Dios manejarán los piolines de los símbolos terrestres.

Así fueron convergiendo hasta el barrio Juan Perón de Saavedra, más precisamente al patio de la Iglesia Justicialista Parroquia San Juan Bautista El Precursor, donde se preparaba la Choriceada de Órdago sobre una parrilla de dimensiones incalculables. Sucedía que, donde se acababan los crujientes primeros centenares de chorizos, ya estaban al punto otra cantidad similar y multiplicada, esperando ser atrapados por las tapas de panes de fonda previamente inundados por chimichurri picudo y provenzal casera. Asimismo, eran incalculables las pirámides de damajuanas de vino patero salteño y torrontés sanjuanino que, así como llegaban agónicas cantidades a su base apoyada sobre tierra y pasto fresco, volvían a constituirse en curiosos monumentos de contenido líquido y equilibrio de laboratorio.

Alguien creyó identificar a Ciro Rossini repartiendo los jugosos choripanes bajo una parra de uva chinche, frente a una enamorada del muro que trepaba en competencia con una buganvilla amarilla, agredida a su vez por jazmines invasores que despedían exagerados dulzores en vecindad con una morera que había teñido hasta la gramilla con sus oscuros frutos, estableciendo un contraste cromático con la albura de una magnolia contigua y el púrpura de un ceibo que asomaba como visitando la medianera. Entre semejante exuberancia, no fue raro escuchar al por ahora supuesto Ciro Rossini espetando: «¡per Bacco! / ¡Diavolo, sí! / Santa Madonna!». Lo dijo así, de corrido, con su ronco vozarrón de tenor melancólico como concentrando aspectos variados e indisolublemente unidos a lo que se vivía en la Choriceada de Órdago.

A pesar de tan inquietante y querida presencia del por ahora supuesto Ciro Rossini, todo seguía su curso entre vertiginoso y

funambulesco. Fue entonces que, entre libaciones sulfurosas y masticaciones salvajes, se presentó unos de los comensales, que haciendo ademanes de señalero de aeropuerto y con voz tonante dijo:

—Yo, el Académico de Avellaneda, un racinguista de fuste patriótico que soñaba con recuperar las Malvinas y traer al General a fuerza de equipo y botines, quiero manifestar que, si bien hemos nacido Barracas al Sur, eso no quiere decir que moriremos culo al Norte. —Y agregó, ya sin gesticulaciones corporales y con voz menos estruendosa—: Como todos saben, y si no se van enterando, fui el creador de un aparato semi-anfibio construido sobre la base de un brioso sedán justicialista y que únicamente por la impericia en la interpretación de la tabla de mareas, zozobró (zozobramos) a unos cientos de millas náuticas del Cabo Buen Tiempo. Estuve varios meses internado en Río Gallegos con magullones y contusiones hasta en el revés de los párpados y con una pulmonía que casi me lleva al tacho. Solamente pude rescatar del naufragio las tapas del carné albiceleste, una bandera argentina y otra del Racing Club con un bordado en bajorrelieve de las Islas Malvinas; una foto de Evita sonriente y con melena al viento, otra medio borrosa de José Seminario y la camiseta autografiada por el Chango Cárdenas, sudorosa de triunfo y bendecida por el coro ditirámbico de una multitud en apoteosis, cuando el Celtic maldecía la inoperancia de sus Druidas en el Estadio Nacional de Montevideo en 1967.

—¡Ah, compañero! Como si fuera hoy recuerdo ese momento —comenta el Filósofo Ditirámbico y presocrático de San Cristóbal, acercándose con exuberancia mística y recelo académico al fuentón de zinc con sangría, donde la fruta había naufragado tempranamente, quedando unas hilachas de hollejos de limón y amoratadas pieles de manzana, resultando un menjunje borrascoso teñido por líquidos de peligrosa tibieza y de origen ignoto. Finalmente, con decisión de incauto y firmeza de borrachín diligente, cató el contenido en un desbordante vaso de vidrio trasparente, corto y grueso, previamente

introducido (incluyendo el dedo índice y parte del pulgar de la mano derecha) en el fuentón-ponchera y haciendo una gárgara exultante y prolongada, que próxima al desborde gástrico arrojó como resultado la aprobación del brebaje, previo chasquido de una lengua pastosa y acartonada, para concluir como si se tratara de un elixir digno de Dioses y Vestales, diciendo—: Una borrachera filosófica es preferible a una abstinencia abúlica o de contemplación ecuménica —olvidado ya de las glorias del Racing Club y del reciente relato del Académico de Avellaneda.

—Hay que volver a lo clásico: el hombre y su costilla patriarcal, bueno, lo de la costilla, quizás no —dijo el Farmacéutico Gaélico de Floresta mientras trataba de esquivar los naranjazos que un grupo de mujeres le arrojaba al grito de ¡machista, energúmeno y gorila!—. En realidad, me refiero a su desnudez interior, a su desamparo original, a su infinito despojo afectivo. Me refiero al hombre esencial, genérico e inaugural. Volver al hombre (o lo que corresponda en su mención genérica al primer/ra homínido/da bíblico/ca, para que no se me confunda con un cavernícola/cavernícolo) cosido a imagen y semejanza de lo improbable y perpetuo: artículo de fe que se manifiesta en actos de fe y que se consolida en pruebas de fe. Y que la materia apenas sea un recurso para transportar el divino equipaje que permanece en virtud o candorosa expiación. Sintetizo: volver a comulgar con la angustia sin pegajosas conclusiones de diván y/o baptisterio.

—Este —empezó a argumentar con tono despectivo una exlocutora de radio Del Pueblo, oriunda de Quitilipi y residente en Caballito, en referencia al Farmacéutico Gaélico— está haciendo gala de una doctrina de sarcófago. Se metió en el agujero existencialista y nos arroja como enunciado la nada misma, como si se inspirara en los estudiosos del subconsciente y sus macanas freudianas y apenas si le da para hurgador de librería de usados o laico consagrado a un eremitorio vocacional de baratija teológica. Hay un desdoblamiento fraguado hasta el dramatismo para exhibir una supuesta dualidad humana: una

 161

mitad de cáscara con pulpa y carozo y su otra mitad inmaterial, culebreante de palabras y colapsada de conciencia neutra. Eso le pasa porque el que busca en el escombro original o en el libresco camino bíblico solamente cuando las papas queman y la olla está vacía, descubre que, para hacer un puchero, no se puede pensar en una paella y mucho menos en un caldito sancochado y soso de enfermo hospitalizado.

—Podríamos seguir así incansablemente —interrumpió un trabajador de la Swift habitante del barrio de La Boca, apodado Caballo de Ajedrez porque comía a los saltos—, escuchando malabares y pirotecnias verbales, masticando hasta el piolín de los chorizos y chupando hasta la borra del vino, pero si hemos llegado hasta la parroquia del cura Benítez es porque nuestro Poeta Depuesto se nos muere como cualquier hombre que va a morir. No quiero aguar el encuentro, pero en esta Real Realidad somos algo más que espectros, somos la sobrada evidencia de que La Memoria es Terca como una Mula. ¡Compañeros, a no joder, vamos! Hagamos nuestro homenaje por Catarsis Etílica e Invocación Cárnica, elevemos nuestras bendiciones apelando al Supremo Masticador, pero sin perder el rumbo de los amaneceres que en los ojos de Leopoldo son como dos bienvenidas astrales divulgadas en lo terrestre.

....

Hubo tantas intervenciones, tantos papeles y retintines persistentes del Eco Migratorio, que enumerarlos sería un despilfarro de símbolos y una reiteración ecuménica de la Fuerza Popular Invocada de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria. De todos modos, valdría la pena agregar que hay quienes aseguran haber visto a Gog vomitando contra las alambradas del fondo de la iglesia, al tiempo que recitaba fragmentos de la Vuelta de Martín Fierro e intentaba encender un puro cubano. Mientras, Magog brindaba con sidra casera, fermentada, destilada y oxigenada en el patio de un bodegón de Pompeya, sin lograr coordinar el efecto burbujeante con los eructos de barítono que envolvían el ambiente parroquial.

Asimismo, una buena cantidad de los choriciantes conjurados vieron al General Juan José Valle en traje de gala, masticando y bebiendo entre abrazos y carcajadas, y a la vez relatando que había estado minutos antes arengando a otro grupo de los invocados desde la Glorieta de Barrancas de Belgrano, donde asegura haber visto a Juan Salvo con los resistentes del estadio de River Plate, acompañado por el obrero Vallese y el coronel Cogorno. También hubo un poeta anónimo, que se hacía llamar el Versado de Versalles, que dejó escrito sobre un cartón de embalaje, clavado con cuatro clavos de una pulgada sobre una de las paredes del patio parroquial, justo detrás de una pequeña fuente de agua con querubines y tinajas, lindante con una enredadera de empalagosa fragancia, lo siguiente:

Tenía dos incrustaciones matemáticas en vez de ojos

Y una mirada de burla geométrica

Aunque lo más notable era su frente de égloga

Y el lirismo de sus cejas

Finalmente, un vecino ilustre de Villa Crespo se acercó a quien todos sindicaban como Ciro Rossini y le dijo: «algunos de los que vienen con nosotros parece que solo están por los chorizos y las damajuanas de clarete, si los descubro les haré beber agua tibia como en el banquete de Timón de Atenas y quizá con eso se salven de que los eche a patadas como hizo el que Nazareno con los mercachifles del Templo».

—«¡Diavolo, sí!». —espetó por todo comentario el ya no supuesto Ciro Rossini.

 163

36

—Desde la niñez me acompañaron ciertas borrascas interiores dañando mis letargos y recogimientos, respiraciones de asfixiantes jardines nocturnos, crepitaciones de ascuas madurando en cenizas, formas de cristalinos fulgores en la ceguera matutina de lo que nace, ensoñaciones de agua cuando el aire es una bocanada de lluvia. Palabras como flechas para llenar los días de mis poemas, poemas que llegan a mí huérfanos de todo. Atropellado por destinaciones de quien habla solo para hablar con Dios un día, como en el Retrato de Machado o como quien libra una batalla en el terreno de otras batallas que son las propias pero que han quedado en un tiempo vacío de victorias y de mínimas derrotas.

—Si el poema me asiste será para asistir a los que no tienen quien los asista —dijo Leopoldo tendido como cualquier hombre tendido que va a morir en su reposera de lona y fierro, ubicada frente a los cuadros de Quiroz y de Morera, los que a su vez flanqueaban un pesado escritorio y una buena cantidad de libros clásicos entre los que sobresalen por excelencia en la ubicación los seis tomos de las obras de Platón en francés y un busto de José Fioravanti.

—En mi niñez he tenido (creo yo, debido a un sudor natural de mi alma inquieta) tareas penitenciales: iniciaciones párvulas al laberinto existencial y a la voluntad religiosa de las plegarias familiares. Pero si algo ha revestido la forma de una verdadera tarea penitencial transitada con ofuscada contumacia, esa tarea, Elbiamor, ha sido: alimentar a las Musas al tiempo de invocarlas y promover el «descenso y ascenso del alma por la belleza»; algo lo suficientemente flagelante para enjugar pecados y tentaciones mundanas —continuó Leopoldo con una sonrisa fotográfica— . Al mismo tiempo, no soy muy proclive a la mortificación de la carne ni la laceración del espíritu. Mil veces prefiero el escarnio

 164

público por prácticas licenciosas que una beatitud ganada con el desabrimiento de remendones de la ética y de abstemios razonadores de la moral, acorralados en fiebres teológicas o hipocondríacas filosofías de fábula. De todos modos, y a cuenta de mi anecdotario (ya no del niño sino del hombre que ve las manos del niño que será el hombre que es), debo reconocer que he provocado un peripatético encuentro de mi alma en dualidad de duelo: se batían mis gemelas y antagónicas almas en una bifurcación de espejos y tramposas distancias. Un alma incógnita y la otra manifiesta enfrentadas en perspectiva de complicidad antagónica, en un ámbito de calma chicha y desgarramiento por tracción metafísica, compadreándose con conceptos equívocos y sugerentes o recriminándose preceptos de ambigüedad ignota y perimida: la una aduciendo que el origen de la catástrofe estaba contenido en la molécula de oxígeno y la otra aduciendo que la renguera espiritual empezó con la amenaza del carbono-14.

—Gota a gota hemos mojado el universo con nuestras lágrimas por el hombre —exclamó el alma incógnita— hemos derramado todas las posibles sangres por una conjetura de la existencia y apenas si quebramos algunos huesos teológicos o corrompimos un abotagado hígado de filtro etílico-filosófico. Sí, hemos sido redundantes en la incógnita —replica el alma manifiesta— y perdularios en la respuesta, por eso hemos de dejar una incongruencia basada en el discurso bíblico y en una congruencia basada a groso modo en la ciencia. Y ya sabemos que en nada ayudamos a tranquilizar la sensación de final de fiesta que acompaña a la humanidad desde siempre —intentó redondear el concepto el alma incógnita—. Después de todo, hemos arrastrado nuestra invisible potestad humana en confesionarios religiosos y consultorios de la Psiquis —atinó a concluir el alma manifiesta— y hemos sido invocadas con promesas de redención y conformidades espirituales del dolor, imprecaciones ancestrales y hasta pastillas que adormecen la cáscara sin acercarse al padecimiento de la pulpa.

 165

—De tales cavilaciones me alimento y ayuno —murmura para sí Leopoldo—, saltando de la vara al pértigo, buscando la verdadera y única pregunta original y no respuestas de inteligencia y chapucería.

—Solo sé que tengo una verdad hibrida y un paraíso olvidado en algún camino que ni siquiera estoy seguro de haber recorrido, así es que prosigo atosigado de símbolos y desorientado como una gaviota en Bolivia.

—Perplejo veo la violencia que las formas esconden en la virtud de la belleza esencial, abriéndose paso a fuerza de bondadosas patadas suplicantes sobre los tobillos del hado creativo y una metódica gresca discusiva que construye y tira abajo los puentes para cruzar y las puertas para abrir. Por eso —se dice con tono vacilante Leopoldo—, voy en busca de la noche incomparable, noche única de oscuridad plena; no la pesada noche de los condenados ni la frágil noche de los amantes o la noche caótica de los moribundos (mucho menos la unánime —¿unánime?— noche de Jorge Luis). En realidad, busco la plenitud de una lobreguez ideal, una oscuridad henchida en sus ascuas de nocturnidad sin adyacencias y en esa noche desenterrar destinos al desgaire. En zozobra permanente, pueril e infortunado. Pero libre de encontrar en una noche sin tiempo las reveladoras riquezas del alma, escondidas en cacharros de luz como tesoros de navegantes lúcidos, conjeturales y admonitorios.

—Desde mi niñez he visto al hombre que ha visto las manos del niño que será el hombre, que tendido como cualquier hombre tendido que va a morir, ve la distancia que el mundo pone a las conquistas morosas del alma (pudiendo ser dos en pugna) y que al acercarnos a la realidad de lo palpable se esconde, se invisibiliza como expulsándonos de una posible palpitación física, reconocible en vibraciones estomacales, empujándonos nuevamente a una virtualidad redundante, vulgar e inasequible.

 166

—Somos el resultado de nuestras preguntas, al menos, somos la mejor respuesta posible en esta circularidad que nos tiene agarrados por las entrepiernas de la historia, entre la irracionalidad de la fe y las aporías científicas del inconsciente.

—En cualquier caso, debiera ya dejar de tirar de una manta tan larga que ni siquiera me da la satisfacción de destaparme los pies, y aceptar que estas disquisiciones son tan desatinadas e inservibles como intentar cuantificar el vacío o como a Zenón de Elea demostrar la imposibilidad del tiempo.

—En todo caso, seguiré incansable o exhausto mis derroteros cruciales y mis estancias de descanso cuando logro apaciguar mis pesquisas fatuas. Lo que no he de olvidar será el guiso de caracoles que de tanto en tanto he deglutido en el restaurante Gildo de Rivadavia y Azcuénaga, mientras mis hijas, sin ocultar su desagrado, pedían algo menos viscoso y a la vez menos acorazado, como un simbolismo de gourmet provocado por los paladares de Malena y María de los Ángeles.

 167

37

—El capital simbólico de la Patria destila arrebatos de tragedia, pero también tormentosas alegrías y manojos de floridos absurdos, entre un lodazal de festejos de sarcófago y proemios al heroísmo que arrojan aún más símbolos, expuestos en su carnadura de pomposas manganetas oligárquicas y persistentes glorias de la masa numeral y sus emergentes esenciales —con voz firme y en sordina bufa Leopoldo, profiere estos pensamientos con el índice de la mano derecha señalando un rumbo fortuito.

—¿Y si se debieran ordenar los símbolos, domarlos como potros montaraces, no para que coman de la mano, sino para poder recorrer sobre sus ancas las bravuras de sus cuatro patas y la infinitud astral de su galope místico, haciendo tronar la tierra seca entre polvaredas y cardos secos? ¿Y si sobre pasturas y hojarasca retumbaran como rataplanes ahogados en la inmensidad pampeana destinados a un horizonte que se niega, afirmando soledad y desamparo, que como tormentas aferradas al suelo arrastran motivos invisibles y convocatorias de oscuros secretos?

«En nuestra fauna sumergida existen hoy el Gobernante Depuesto, el Militar Depuesto, el Cura Depuesto, el Juez Depuesto, el Profesor Depuesto y el Cirujano Depuesto. No quedó aquí ningún hijo de madre sin deponer», dejó escrito Leopoldo en su Megafón, incitando ahora, desde su reposera de lona y fierro, al músculo literario de sus obras para que, como Hércules, cumplieran sus tareas.

Y continúa diciendo: —cabezas en suplicio sostenidas por el hueso de las lanzas, desgañitadas bocas de silencio y melenas al desconsuelo del aire o del recuerdo entre eriales y frondas, entre calveros y bosques. Símbolos rotos y a la vez intactos: rotos en la carne, intactos en el halo de la historia; galopiando tierra

 168

india, ocupada y martirizada por españoles, agobiada y esquilmada por los ingleses, entregada por la oligarquía y sometida al yanqui, como síntesis brutal del «Hombrecito Económico» y su democracia de la libre empresa. Símbolos de la Patria: acrisolada de criollos y mestizos a fuerza de martirios y sables por el lomo, transformando el desierto en umbríos esteros de sangre y la llanura en cerros de osamentas del indio. Como si de pronto el paisaje fuera un malón de ceniza, una gritería ofuscada en polvaredas de sombras espectrales. Símbolos de la Patria: con viajeros aferrados a una estrella de orientación errática y nostálgica, saturada de barcos de todos los continentes y de todos los océanos, migración que hubiese incluido las galaxias, si la morosidad científica hubiese rascado mejor la costra de la Vía Láctea o si el Creador, con otros mundos bajo el poncho, se hubiera dispuesto a escribir actas de nacimiento sobre un renglón del espacio cósmico y entregar pasaportes con la fuerza gravitacional adecuada para habitar la tierra argentina.

—Berrinche simbólico y caos cultural: ¡los niños y las mujeres primero!, ¡que usen como salvavidas un salmo y que se aferren al poema para no naufragar en tormentas alegóricas y océanos de castración de ideas! —clama casi en un grito Leopoldo, siguiendo su derrotero reflexivo—. Y más todavía: ¡los símbolos también atesoran tareas belicosas que renuevan el símbolo en el campo de batalla a fuerza de aniquilar cualquier simbología perturbadora y de ajenidad intrínseca!

—De todos modos —ya más tranquilo elucubra Leopoldo— aunque derrotado quedara el símbolo que nos simboliza, nadie se atreverá a reemplazarlo, a no ser que otro símbolo engendrado de la misma catadura y cordura alegórica se vistiera frente al espejo de la historia. Es más: aumentaría su volumen místico y exigiría una nueva lid para validar su perpetuidad taxativa y su nervadura de coloso incoativo y tenaz. Porque el símbolo es victoria inclusive en la derrota: la derrota y/o la victoria son una circunstancia transitoria y prosaica, el símbolo es una sustancia sutil y permanente, un contrapeso espiritual en la balanza de la

 169

razón y el Perogrullo, un brindis con el néctar del árbol primordial del hombre y no esas destilaciones de la maquinaria de alcoholizados fordistas, que producen transitoriedad de marketing bastardeando hasta el Cristo con tal de vender el óxido de sangre de sus clavos y las astillas de dolor de su madero.

—También hay un opuesto en cada símbolo, en su versión contraria: un espejo negativo y distorsivo, como un cuchillo nocturno que a pesar de sus reflejos de luz hunde su negrura hiriendo las sombras del tajo mismo —susurra un Leopoldo que huye del cansancio atrapando el sonido mínimo de sus palabras.

—El Bien y El Mal, he ahí el símbolo de los símbolos, Dos que son Uno. Uno y el Otro que bifurcan el alma de los hombres: Dios y el Demonio, los dos innombrables o de nombres insuficientes hasta volverlos una imposibilidad sin rogativas ni consuelo. He ahí que todo lo representable es Uno y también lo Otro: a toda Santa habrá quien le grite ¡viva el cáncer!, y todo Cristo tendrá su madero y su calvario o una bala de Judas en el monte boliviano.

—Pero las barbas de la historia son muy hirsutas para rasurarlas a navajazos de objetivismo y con fomentos escolásticos. Bastaría, sin embargo, con aparentes sustratos menores, como las contiendas deportivas, a las cuales nuestro crisol de razas es afín en su modalidad adictiva y beligerante, por ejemplo: tomemos una contienda futbolística de un club de barrio, veremos que la clave no está en la contienda en sí, sino en el símbolo idealizado que la barra lleva tatuado en el alma y la Psiquis: laceración verdaderamente indeleble en la piel neuronal y catártica que recorre las arterias metafísicas hasta el subconsciente hepático en un holgorio de glorias biliosas y sanguíneas. Sin tantas vueltas: puede verse en una derrota o en una victoria enarbolar el símbolo en forma de bandera, en su peculiaridad de canticos más o menos irracionales; ingeniosos de ofensas e insultos escatológicos, aunque también en holgorio y festejantes, arrasando (no tan simbólicamente) con los

 170

símbolos-fetiches-adversarios, a la sazón quemados y desacreditados en orines y escupitajos. Rostros transfigurados en una descomposición facial que tanto se descoyuntan por alegría laudatoria como en el dolor arrasador de la derrota, mentando al contrincante hasta la madre que lo parió y adyacencias parentales, tanto ascendentes como descendentes. En tanto, el símbolo crece por amor y decrece por desconsuelo, pero a pesar de todo permanecerá intacto en su nervadura emblemática y su vitalidad de pertenencia identificativa y excluyente.

—Solo algunas veces —propone Leopoldo a la sombra de una lámpara que se alarga hasta su reposera de fierro y lona—, el símbolo puede consignar ambivalencias y hostilidades de convivencia relativamente conciliatoria, es decir, que el símbolo primordial y su opuesto pueden convivir en tensión sin necesitar el aniquilamiento del otro, a saber: recuerdo un revistero colgado sobre la pared de alguna casa familiar; fabricado en madera harbor, con las placas unidas por un cordón trenzado de fibra de lana, color rojo intenso, adornado con un fileteado austero de arabescos, flores y volutas clásicas y con letras en color blanco, góticas y en bajorrelieve sobre fondo negro que decía: «Madre: único Dios sin ateos en el mundo». Durante años me acompañó ese símbolo de la Madre invocada como Dios Único, dulce y delicado, hasta que llegó Freud y hubo un colapso simbólico desde Edipo a Elektra, pasando por Eva y Adán y la concepción virginal de María, produciendo un temor admonitorio en la Psiquis. Sobrevino un cataclismo figurativo, rudimentario y belicoso, encajado a duras y maduras sobre las médulas simbólicas de la vida cotidiana, todavía ancladas a una fe sin confesionario y a un secreto onanismo de purgatorio.

—A estas alturas, me animo a decir que en la masa se dirime el símbolo y en la individualidad, su verdadera consistencia inconsciente. O también podría decirse que quien aprieta el cuello de la hermenéutica a duras penas conseguirá una simbología asfixiante. Finalmente, me propongo afirmar que un

símbolo tira más que una yunta de bueyes — concluye Leopoldo con una media sonrisa al tiempo que canturrea remedando el grito campero— ¡Hopa! ¡Hopa! ¡Hopa!

 172

38

—¿Es necesario tropezar con la esencia de lo terrestre desde su incógnita original —casi increpante interroga Elbiamor— y andar limosneando mendrugos metafísicos como si fuéramos charlatanes filosóficos o huérfanos ideológicos?

—Lo realmente importante es manifestarse en plenitud, con toda la costura humana, incluyendo sus remiendos e hilachas de pespunte aristotélico. No competimos con el Inmóvil porque su eternidad no es un suceder sino una permanencia de inactividad creativa, fatigosamente nosotros sucedemos porque asistimos a la virtud del Movimiento, hasta que el propio suceder nos reemplaza por otro sucederse. Por eso, Elbiamor, nuestro suceder no admite sujetarse a nada, ni siquiera al asa de una vasija: huyamos del ancla racional de lo transitorio y mensurable. Soltemos del palenque del alma al tobiano de nuestro sur interno hasta que tropiece con la incógnita del horizonte y la polvareda que se nos pega en la cara sudorosa, como una respuesta que con el agua se resbala —responde cariñoso un Leopoldo tendido como ya sabemos.

—Entonces, ¿todo lo que esperamos está atrapado en la Inmovilidad Divina? ¿Hemos puesto en jaque la sonoridad del Verbo Inicial para aturdirnos de estereofonía santa? ¿Hasta las barbas mismas de la Creación tienen un barbero en cada esquina? Y el suceder, tengo entendido —concedió Elbiamor, con fingida indiferencia— es una distancia que comienza en la nada y limita con la náusea. Es más, bastaron tres días en la cruz para eternizar en la quietud de sus clavos al que fue puro movimiento y, simultáneamente, eternizar el movimiento en la humanidad, que quedó inmóvil mirando entre dos maderos el abismo de un ser empujado a la nada.

—Todo siempre es un comienzo y todo siempre es un final. Desde tu mano girando el picaporte, desde un misterio de luz

emanado de frotar el mínimo arroz del universo hasta el misterio mismo de una sombra mostrenca. La Eternidad es todo lo inacabado, es una imposibilidad disfrazada con la máscara del tiempo, una inflamación hepática del alma con reflujo gástrico en la conciencia. El Suceder es la posibilidad de lo Eterno y la eternidad de lo posible. Y lo Eterno es una Inmovilidad que solo detenta Aquel que todo ha creado desde su reposera universal. Entonces, lo único eterno es el suceder, y a nosotros nos toca una chispa de eternidad mientras sucedemos. Es una ecuación perfecta porque su número final es indefinido y resistente a todo cálculo científico: maduramos sobre un algoritmo de resultado metafísico, donde la única incógnita despejable llega con la calvicie en forma de peine o de boina vasca —cuando dice lo que ha dicho, Leopoldo deja que resuene una risita de retablo de títeres tras su pipa tallada en madera de cerezo.

—Debo colegir, entonces (con virtud de adocenamiento), que lo que abunda no daña si del suceder se trata: ¿¡la escasez temporal de nuestro envase terreno es la abundancia atemporal del contenido divino!? —dijo Elbiamor en tono de pregunta una aseveración exclamativa de estilo femenino—. Admitiendo —prosiguió en tono afectadamente neutro— que dicho refrán hace agua por los cuatro costados como todo salvavidas inflado con el sentido común, porque ¡vaya si daña!: la profusión de un recurso tanto en el arte como en la sobremesa, retintines de anécdota vieja; golpes de efecto en la cesura de un poema o siempre el mismo latiguillo de enamorado melindroso, decoraciones doradas hasta la ceguera; aluviales actitudes afectadamente piadosas que enferman hasta la blasfemia, montañas repetidas de incansable oratoria que dejan vacíos hasta los circos más deslumbrantes de la inteligencia. De todos modos, adhiero a tu fe en el caos y a tu esperanza en el orden alterado de los factores como producto directo de la existencia.

—Ambos estamos atados a sinalefas filosóficas, a tautologías místicas, a engendros de ubicuidad teológica y trashumancias metafísicas en este refugio entrañable de Balvanera. Pero no es

menos cierto que yo, el Poeta Depuesto, lo soy por solidaridad de naufragio con mis congéneres y contra la sedición y el ultraje de los Vendepatria Castrenses, respaldos por Cerdo Burgués y su jefe, el Cipayo Oligarca, nieto tributario de la Gran Bretaña y bastardo de la Unión de Estados Bélicos del Norte de América. Quiero decir —dice Leopoldo intentando balancear imagen y concepto—, que a mis poemas también le cayeron bombas en el centro indefenso de la metáfora, que mis novelas fueron fusiladas con el calibre del silencio en un patio de la penitenciaría de Las Heras, que mis cuentos y apólogos fueron sometidos a tortura y persecución. Que cada una de mis reflexiones ardió con los colchones y las frazadas de la Fundación Eva Perón. No hubo uno de mis sainetes, de mi dramaturgia de la humildad de lo sublime, que no padeciera los balazos en los basurales como Julio Troxler, Libraga o Carranza. Todo ardió en sus hogueras de odio y de venganza dejando tras la humareda cenizas de exilio y rescoldos de resistencia.

—Como ves, Elbiamor, pongo en otra dimensión las eminencias del discurso, hurgo en sus contingencias inmediatas, en sus códigos de trinchera, en la retrógrada y oscura teoría política de Los Horribles. Para ellos fuimos los descamisados de las artes y las letras, los grasitas del pensamiento nacional, el aluvión zoológico de la conciencia de clase. Y otra vez la barbarie era nuestra divisa mientras los civilizados llenaban a la Patria de oprobio, violando hasta la delicada cáscara de un cadáver o prohibiendo hasta el recuerdo de su nombre y su retrato en las paredes. Por eso, hoy, tendido cualquier hombre tendido que va a morir, rescato las divisas de octubre como el más alto carajo ideológico y el más llano baluarte revolucionario.

—De un hondazo discursivo y de una pedrada ideológica has derribado las conjeturas existenciales para revolver las entrañas del cuerpo de la Patria —un tanto enfurruñada fustiga, a la vez que complacida, Elbiamor, a esa repentina incursión en la batalla política que le propone Leopoldo—. Muy bien, no seré yo quien no cumpla tus deseos, y menos aún frente a un

guerrero metafísico y militante terrestre en situación de estar tendido como cualquier hombre tendido que va a morir —dijo esto intentando que no se advirtiese la quejumbre de gozne vencido de su voz ni el descenso sinuoso de una lágrima, que como un océano se depositaba sobre las dunas de sus mejillas hasta el tembloroso quicio de sus labios—. Agregaré, entonces, que se ha mancillado la democracia y, como diría el Oscuro de Flores: «se han deshonrado las armas». Digo que no olvido al Gran Fusilado, que todos los días amanece con flores frescas recién cortadas sobre su tumba terrestre y con velas para alumbrar su destino de héroe. Al igual que Eva en cada uno de sus infinitos altares chiquitos o en los bustos improvisados en esquinas y plazas; porque, aunque Los Horribles orinen sobre su cadáver o arrojen su nariz sobre un banquete de endriagos condecorados por la Sociedad Rural en los Ministerios del Gran Cipayo, ella resiste en millones, tornando el oprobio en gesta de antorchas para iluminar de la Patria a su hembra más hermosa. Digo que no olvido al fusilado, digo como si hiciese falta que lo dijera. Y mientras lo digo, siento que la mortaja del general se abre al cielo como la camisa del cuadro de Goya, encegueciendo con sus destellos de virtud el mismísimo zanjón de la derrota.

—Has descripto el camino angular de la Patria, sus recodos ardientes, sus aristas de duelo, sus bordes de luz quebrados —casi recita Leopoldo, orgulloso de que Elbiamor siguiera y aumentara la apuesta de su batalla alegórica por la Patria—. Has puesto en la picota de los sentimientos la razón de odio y sangre del Gran Oligarca, sus melindrosas mutaciones de guerra y hasta el Gran Tustús de la Gran Potencia del Norte ha tenido su remojón de agua yodada y de tibia salmuera, en la palangana que a veces me preparás para aliviarme la fatiga de mis callos plantares y la dureza lítica de mis talones, que hubieran evitado que Aquiles sucumbiera a mil flechas envenenadas.

—Ateniéndome al relato bíblico: has superado la costilla hincando el diente en la manzana prohibida de los «Profetas del

Odio» y has puesto en evidencia que la serpiente del burgués guarda un crucificado en sus asientos contables y que son bendecidos por el Caifás de las leyes del mercado. Esos que fustigaste, Elbiamor, con tu serena flecha de Valkiria, son los que se visten con la seda de la mona oligárquica, que, más que mona, es gorila y, más que vestida, desnuda como animal del erebo, buscando aparearse entre los despojos de Creso en la sala de operaciones, que yo mismo preparé para su autopsia y posterior informe de la inutilidad del agujero de una aguja para evaluar la pertinencia de un rico compitiendo con un camello en eso de enhebrar expiaciones.

—Somos Uno y somos Universo. Hablar de la Patria es hablar de la existencia y hablar de uno es hablar de todos, también de sus textos y contextos. Somos otredad en la individualidad de la existencia y todo lo terrestre nos convoca a la virtud celestial de un alma solidaria.

—El alma, Leopoldo, vive en la luz, pero se alimenta de sombras —evalúa Elbiamor con la mirada absorta en las volutas de humo que permanecen atadas al ombligo de la pipa tallada en madera de cerezo.

—El alma, Elbiamor, es un rallador de cuatro caras: la primera desgarra finamente los sentimientos inaugurales, las emociones primordiales devotas del amor y las gestas generosas. La segunda cara desgarra la piel de la Psiquis hasta su epidermis, donde el deseo serpentea con sus dos cabezas alertas, mientras la ambición regentea un cuchitril en el cual la bondad atiende heridas nuevas y amenazas viejas. La tercera escarba pedazos con sus cráteres separados y filosos, pelando el hueso teológico de los benditos en el credo y tronchando hasta la renguera confesional, a los que con el fémur roto afirman que la fisura de la verdad está escondida en la férula de la ciencia. Y la cuarta y última cara rebana en flecos horizontales los desmanes y los temores, dejando sobre el plato de la vida un puchero existencial y una sopa sazonada de culpas y redenciones.

 177

—«¡El puchero que vos ingerís goza de buenos codeguines, porotos pallares y panceta gorda!» —espetó Elbiamor parafraseando al refranero hispánico con un tono en falsete de nodriza manchega.

—Sucede, Elbiamor, que estoy transitando la arbitrariedad de los filósofos que miran de frente la única certeza oblicua de la eterna incógnita. Aquí estoy, entre un amanecer de lunas rotas y una noche fronteriza de pájaros diurnos. Me voy como un regreso. Y si hay un norte para este camino, lo haré con todo el íntimo sur de mis ausencias. Y si al oeste el sol se despide al rojo vivo, será al este de mi desnudez peregrina donde se inaugurarán mis ríos interiores y tropillas de eternidad en polvareda de auroras atronarán la partida: ¡pá que naides sepa hacia dónde galopió el pingo ni qué poncho tenía el jinete! —casi gritó Leopoldo con un brazo en alto y muñequeando en fintas un facón invisible.

—No hay despedida lo suficientemente aferrada al laberinto del regreso ni puerto capaz de atrapar la soledad que deja un barco. Aquí estoy, entre navegaciones interiores y horizontes de luz exterior, como un navegante en quietud terrestre y agitación astral, vestido en la virtud civil de un hombre tendido como cualquier hombre tendido que va a morir —lo dice casi con sonoridad de ópera, mientras Elbiamor camina evaluando la soledad de sus piernas—. Me quedo como una ausencia, como el sabor de una fruta en la boca de un niño que ya no será más ese niño ni el sabor de la fruta el mismo.

—Seré, entonces —atropella el aire Elbiamor como una soprano en la tragedia inminente del último acto—, tu Patricia Bell, recogeré los pedazos que el odio diseminó de tus territorios de amor: arraigos de luz entre Patria y Poema, desarraigos de oscuridad entre oligarcas y matones, reconstrucciones entre la luz y las sombras de las batallas de tu cada día. Buscaré en el sur de tu peregrinaje por Maipú y Las Armas. En tu norte de tabaco y caña seca. En el oeste de tus eventualidades sin rumbo y de tus lobregueces domésticas y al este de tus palpitaciones iniciales

 178

cuando Adán Buenosayres crecía de tu lirismo terrestre y de tu hígado metafísico. Seré tu Guadalupe Cuenca y recibiré (como recibió ella de los que traicionaron a su Mariano Moreno) un abanico y guantes negros, que no usaré jamás, tan solo por decoro y por no abusar de inmerecidas licencias poéticas. ¡Pero que empuñaré…! —se desgañita Elbiamor con quejumbre de madera herida por cinceles de venganza y tembloroso puño de novia eterna agitando el aire, y repite—: Empuñaré, llegado el momento, ¡ante quienes te mancillen por odio o por desdén! ¡Ante los filisteos de exultantes arengas fervorosas! ¡Ante los que te desaparecieron entre silencios y agravios! Y también —ya con voz queda pero acerada— sacudiré por sus solapas políticas a quienes, por oportunistas, olviden al Poeta Depuesto y sus infinitas batallas, que de tan terrestres ¡se han librado mirando al cielo y con el corazón metiendo sus patas en la Fuente del Alma!

 179

39

Antes de continuar con los intrincados derroteros de esta historia de símbolos e íntimas verdades patrias, debo aclarar que mi misión (por momentos como una importunación del fluir errático y otras en un acontecer límpido y geométrico) es perentoria y fatalmente atendible como la de un relator testimonial de lo peliagudo que resulta sostener en pie a la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria. Debe tenerse en consideración que el Traidor Omnisciente de nuestra Psiquis nos perturba con embelecos de filosofías paisajistas, décimas de módicos payadores sin virtud y sin oficio. También atentan las montañas de tinta y papelería periodística, propaganda radial y televisiva y hasta el bastardeado «Sucesos argentinos» en los cinematógrafos. Por último, los manuales de historia en las escuelas, institutos e internados, escritos por los Fraudulentos del Octavo Círculo que derraman su ponzoña y mendacidades para asegurarse que «cuando muere el zonzo viejo, queda la zonza preñada».

No tengo más credenciales que mi argentinidad y mi devota pasión por el Poeta Depuesto, la cual exhibe como límite una metáfora estrangulada en la impía resurrección de lo prosaico y una égloga derramada como simiente onanista sobre los malambos del sur y las bagualas del norte. En cualquier caso, apenas aspiro a que mi nombre sea un camino para llegar a las Batallas Poéticas y los Combates Metafísicos que libró Leopoldo, poniendo la pluma y el pecho, urgido y acosado por la realidad civilizatoria de generales veniales sin virtud de soldados ni humildad de patriotas. Todos ellos acompañados por una larga y pingorotuda lista de conciudadanos lacayos y cipayos. Debiera sumar una bruta cronología de efemérides con olor a bosta y reclinatorio de confesionario. Anteponiendo todos estos recaudos a los desprevenidos e incautos y haciendo hincapié en que, si algo de lo hasta aquí narrado hace mella,

aunque más no sea para espabilar conciencias y perturbar morriñas, el que suscribe estará más que satisfecho. Casi como Alberto Williams lo estuvo, cuando entrando a la química de lo clásico manipuló el embudo de la música hasta hacerlo malambo sinfónico en las puertas del rancho.

Dicho esto, y con la necesaria pompa de un futuro precario, vayamos entonces por la continuidad de lo que se nombra:

Sublime es la hora en la cual las multitudes en comunión, a destiempo y en deshora y, por qué no decirlo, en pelotas, ingresan al oscilante Carro de la Historia, tirado por corceles de fuerzas antagónicas que pugnan al arbitrio de sus cascos de dos fraguas y de sus riendas con cuatro mayorales unidos por la discordia.

Tal como lo digo: las fraguas de sus cascos tienen coladas diferentes, unas que burbujean con los metales sólidos en un crisol aferrado a la tierra; las otras funden sus medialunas de hierro en el fuego en un crisol de tributos celestiales. En cuanto a los mayorales, están los de manos crueles e insidiosas de patrón autócrata hasta las manos duras y piadosas de un peón jornalero. Van de los azotes crueles de la añoranza de un rústico ligur añorando las pasturas del norte de Italia a un fóbico de fustes y lonjas, que recitaba versos en San Andrés de Giles tañendo una siringa que amansaba brutos a la hora de siesta o al final de las novenas.

Por eso el Carro de la Historia es inestable y de traqueteo incierto, de ahí sus estremecimientos en el rumbo, sus cabriolas de venganza y sus tormentas de destino axiomático y cálculo ignoto. De ahí sus vientos de clase, sus lluvias de reformas, las noches de terror, las primaveras populares y esa constante humedad que ablanda el caos y emponzoña la probidad de los días y las cosas.

Hacia allí van las muchedumbres: las congregadas en murgas y comparsas, en barricadas y tablados callejeros, las militantes y belicosas, las reunidas en bares, plazas, talleres y en patios de

 181

iglesias populosas. Las convocadas bajo el influjo de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria, invocadas por el que está tendido como cualquier hombre tendido que va a morir, aquí, a la vista de todos, en esta Nueva Cacodelphia de los siempre presentes, de los demandados a subirse al oscilante Carro de la Historia. Ya sea entrando por la Puerta Sagrada de los Héroes o por el zafio Pórtico de los Dolientes. No importa, porque, una vez adentro, la Historia reconoce más los hechos que las palabras, y todo queda registrado por puño y letra de los que ganan y, a veces, no muchas, truena un disparo para el lado de la justicia y cambia el rumbo, no solamente el de la letra y las palabras, sino que hasta la manera de mirarnos cambia. Y otras veces, hasta ahora las más transitadas, la revancha oligárquica pisotea las papeletas del voto, los registros fiduciarios, los natalicios y las defunciones. ¡Y hasta las hojas en blanco!

En esta tropilla de acontecimientos, hombres y mujeres suelen montar desde potros bravos a matungos cinchadores de calesitas, de trapiches de caña o norias surtidoras de agua. Mujeres y hombres de todas las simplezas del laberinto cotidiano que salen a la calle a reclamar lo negado y recuperar lo que ha sido arrebatado. En cuanto al héroe o la heroína, son una fruta de carozo duro, cosecha abrupta y maduración larga.

Llegado a este punto, debiéramos encarar el posible resultado de esta matemática de las palabras. Tarea sencilla desde una ecuación literaria pero ingrata y ardua desde la gesta que se narra. Razón por la cual nos conformaremos con aproximaciones al abismo de la verdad y a la náusea taxativa de los hechos.

Además, debemos aclarar que, llegados a este momento, y reparando que el que está tendido como cualquier hombre tendido que va a morir en su reposera de lona y fierro empieza a abandonar el recurso teórico y asume el oportuno manifiesto de la complicidad fáctica. Digo que, llegados a este momento, se asumen las despedidas como sabiendo de qué ritual estamos

hechos, lúcidos y listos para librar la Última Batalla en la Real Realidad de la Terca Mula. Aunque lo curioso es que nadie, a ciencia cierta, pudo saber, es por qué este momento inaugural de la Última Batalla en la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria debía realizarse en la Biblioteca Popular Alberdi y por medio de un juego de truco (Truco Final, lo bautizaron) con cuatro participantes elegidos por sufragio directo de Voto Cantado y proferido por el Eco Migratorio de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria, en horas de misa *pro populo*.

Las condiciones y reglas de juego fueron las siguientes:

Primero: el juego se desarrollaría a cara é perro, con flor y sin maldón.

Segundo: se establecía una exigencia estética, aunque no descalificatoria, que constaba en cantar las flores y los envites con virtudes de payador y humildad de tropero.

Tercero: dos de los contrincantes deberían ser del universo literario del Poeta Depuesto y los otros dos debían contar con antecedentes reconocibles en arduas y variadas lidies de lecturas Marechalianas, como así también en diversas fraguas de metafísica o de jornadas de poesía espinosa y chapuzones míticos en vinos balsámicos o alcoholes de destilación nativa, sin advertir contradicción alguna en la exigencia de los términos.

El acto eleccionario se llevó a cabo a mediados de mayo de 1970 y el 25 de junio de 1970 se concretó la contienda de los dos equipos de tahúres en los momentos iniciales de la madrugada, cuando el gallo cantor atiende el traspunte del Gallo Mayor y sale a escena gorgoreando sombras y con buena inflexión canora en ese recodo diáfano de la alborada.

A los abocados a la organización, puesta en marcha, ejecución y desarrollo de la contienda se les exigía concurrir de indispensable y elegante sport, asimismo el evento sería sustentado con una mateada multitudinaria, tortas fritas, pastelitos de batata y dulce de membrillo caseros, galletas con chicharrón y empanadas doradas en crujiente fritanga de grasa

de pella, no siendo esto restrictivo pero sí orientador de una nativa cultura culinaria.

Estaban previstos pequeños intervalos en los que solo sonarían tangos de Homero y Discépolo porque, como decía un ñato taciturno y medio pesado de Mataderos: «a la final uno siempre se inclina por los clásicos». También se preveían breves publicidades de exclusivos productos argentinos, como las alpargatas Ombú: «las mejores del mundo» y la camioneta Gauchita Rural Justicialista: «para el campo y la ciudad, mejor no hay».

La contienda del Naipe Nacional sería transmitida en directo a través del Eco Migratorio de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria, a cargo de Ciro Rossini y yo mismo, el Poeta Pretencioso, que además oficiaría como testigo y parte de estos textos nacidos del cogollo de amor al Poeta Depuesto. También a mi cargo estaría la división de las tareas emanadas de la función de relator y sonidista. Sin contar que debería sopesar entre la tensión ambiente generada por el abigarrado programa contingente del Truco Final y el análisis lirico-emotivo de las rimas en los mentís de juego más relevantes, como así también de las habilidades más notorias en el arte de los cánticos del retruque, el convite, el envite y el zumbón desafío al remate por el resto.

Lo más notable de tales preparativos fue la dedicación religiosa y la precisión científica de cada paso: se distinguieron la limpieza de plazas, bares y tablados; también hubo limpias rituales de casas, talleres y parroquias, y obviamente de cada rincón de la Biblioteca Popular Alberdi a cargo de chamanes y chamanas de Santiago del Estero y de los Esteros del Iberá. Se acicalaron y remendaron trajes, pancartas, pendones y gallardetes. Los murguistas, paseantes y curiosos reordenaron y alistaron sus murgas, comparsas y barricadas; las columnas manifestantes practicaron nuevas consignas y «aggiornaron» alegatos y convocatorias.

 184

En este trajinar laborioso y sin desmayo, se pudo ver desde los Asambleístas de Villa Ortúzar a los Choriciantes de Pueyrredón, pasando por Nebiros y Cantabel hasta nuestro General fusilado; todos y cada uno con picos y palas, con escobas y trapeadores. Con energía de malón originario y temple de combatientes libertarios, pusieron en orden a la Nueva Cacodelphia y en plena plenitud a la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria.

Y así quedó todo dispuesto, tanto en la exterioridad expectante como en la interioridad monacal que lucía el ámbito del encuentro. Asimismo, la única mesa dispuesta en la sala principal de la Biblioteca Popular Alberdi había recibido los favores de un ebanista de Trenque Lauquen. El que además lustró «a muñeca» la notoria caoba en la lisura de la tabla, resaltando los nudos y nervaduras de las patas y el único cajón con tirador de bronce, también bruñido hasta el relumbre.

A la hora convenida se empezó a sufragar el Voto Cantado como se expone a continuación: la vocería votante canturreaba sus candidatos como en un Canon Polifónico, o sea que de las voces participantes sobresaldría una síntesis canora y la consecuente revelación electiva del nombre, como sucede en algunas texturas corales donde una voz resume las otras voces. Inclusive podría ser por contrapunto o de variante imitativa de ambigüedad polifónica. O también ejecutarse desarrollando la variante clásica de propuesta-respuesta operística e inclusive a la manera de los Corifeos o de gemebundas ceremonias ancestrales de algunas tribus del Norte del África, a gatas, pero categóricamente comprensible y descifrable por el ejercicio de una democracia supra-popular-organizada y por un respeto humano superior a las ya malgastadas huellas ontológicas. Cuestión que, a medida que avanzaba la vocería en multitud multiplicada, iban coincidiendo en un nombre que se volvía impar y de ubicuidad indiscutida. Desde Constitución a las orillas del norte del Río de la Plata y desde Saavedra a La Boca, cubriendo con esta maniobra circular y circulante gran parte de

las capacidades sonoras del Eco Migratorio, de tal modo que esa sincronía de voces preconizaba a los combatientes del Naipe Nacional y futuros contendientes del Truco Final, quienes deberían ir aproximándose sin distracciones ni remilgos a las ya dispuestas instalaciones de la otrora Biblioteca Popular de la Parroquia de San Bernardo, hoy Biblioteca Popular Alberdi del ilustre barrio de Villa Crespo.

La precedente descripción sirve como ejemplo para las restantes zonas del cono urbano bonaerense (ya que la Capital Federal quedaba completa es esta primera maniobra vociferante), que ameritaría varios días y buenas gargantas. La totalidad de la Patria fue abordada por criterios similares. Algunas provincias no renunciaron a la chaya y otras a la chacarera, vidalitas, cueca y chamamé maceta, que retrasaron el escrutinio espontáneo del Eco Migratorio por la complejidad del contrapunto no solo rítmico sino idiomático (los hubo en guaraní, mapuzungun, aymara, mocoví y varios más que ya no recuerdo). También hay que tener en cuenta localismos interpretativos y cosmogonías originarias para unificar la diversa artillería simbólico-sonora. De todas maneras, se cumplió con el compromiso de conseguir la mayor y más amplia participación de las voces sufragantes de la Patria en la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria.

Teniendo en cuenta la metodología ya descripta debe destacarse que, solamente con llevar un registro sonoro final en una cinta magnetofónica, quedaba resuelta la nominación para la extraordinaria contienda, fabricada a tales fines por técnicos y científicos egresados de nuestras Universidades Nacionales. Todo aprobado y meticulosamente revisado por el CONICET. Bajo tales condiciones y supervisiones, se dio por terminado el escrutinio y se hizo público el certificado que acreditaba su legitimidad y contundencia. Por lo tanto, al finalizar el acto coral eleccionario y reproducido el resultado del Voto Cantado por el Eco Migratorio de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria, quedaban automáticamente consagrados los

 186

contendientes del Naipe Nacional para llevar a cabo el Truco Final.

El primer resultado del escrutinio vociferante fue con las sonoridades provenientes de la barca literaria del Poeta Depuesto. Los elegidos fueron el payador Tissone, que, como consta en el Adán Buenosayres, se autodefine de la siguiente manera: «nací en La Paternal y nunca salí del barrio, ¡me caiga muerto!» y el payador Franky Amundsen, o «el Toro Rubio de Saavedra, como le llaman».

Y los surgidos de la otra entraña mítica visiblemente arraigada al animal de la Memoria eran el payador Martín Gramont, conocido como El Taumaturgo de la Isla de La Paternal, y el payador Juan Pérez, al que le decían El Gordo Utópico, no por su contextura física sino por masticación intelectual, oriundo del conurbano bonaerense y porteño medular del barrio de la Paternal, además de peronista y racinguista empedernido.

Después de los aplausos y los vítores, hubo cierta perplejidad por la coincidencia barrial de la mayoría de los electos. Algunos atribuyeron esta casualidad geográfica a la centralidad que ostenta la barriada con respecto a la ciudad de Buenos Aires, la cual y por tales circunstancias influiría como fuerza centrípeta, tanto en su extrovertida configuración de ferrocarriles y bodegas, su isla de hospital abandonado, el solar del camposanto y el sepultorio del arroyo Maldonado (que arrastra aguas en sombras y sombras arrasadas por las aguas), como así también por su abstracción geo-psíquica, que abusando de esa fuerza catalizadora de cataclismos y probidades del espíritu influye en la pulpa onírica y en el cacumen geo-electivo, tanto de los porteños como en los habitantes de todo el territorio nacional. Este fenómeno es atribuible también al centralismo político («Dios está en todos lados, pero atiende en Buenos Aires») y las sucesivas migraciones internas. Aunque se ha preferido la explicación por el lado místico y la teoría del fenómeno de la geografía de fuerza centrípeta para no ahondar en los problemas

 187

del federalismo en momentos de otras motivaciones y descontentos, de festividades y tristezas por el que está tendido en su reposera de lona y fierro.

En todo caso, nadie se atrevió a cuestionar (más allá del experimento aleatorio y a la vez determinista de la ubicación geográfica de los elegidos) que los nombres coreados fueron el resultado espontáneo, libre y plus-ultra-democrático de las multitudes participantes del Voto Cantado.

Los contendientes se reunieron a las puertas del bar Izmir, lugar elegido por rigor histórico-geográfico, no solo por ser vecino de la Biblioteca Popular Alberdi, donde se llevaría a cabo la contienda del escolazo de la Última Batalla por la Última Morada de nuestro Poeta Depuesto en la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria, sino que, además, un grupo de sefaradíes, musulmanes y cristianos habitués del bar habían llegado a la conclusión siguiente: no había otro lugar donde el símbolo marechaliano estuviera más arraigado a los libros sagrados, los salmos y las bendiciones ecuménicas. Porque —continuaban argumentando— nuestras discusiones teológicas no solo fueron exageraciones de anís y nubes de tabaco, sino también en vibraciones utópicas al calor de una cítara que sonaba con aires de nácar y un kanún ejecutado con dos púas de concha de tortuga, para bendecir la bondad de nuestras labores cotidianas y las rogativas multifacéticas de los domingos. Y eso —afirmaban— es razón suficiente. Eso y Adán Buenosayres, que nos metió de lleno en lo simbólico de este pedazo de Buenos Aires sin arrugar ante cataclismos mundanos y rígidas ambigüedades de lo sacro.

A medida que iban llegando los combatientes del Naipe Nacional, podían apreciarse sus variadas personalidades: el payador Tissone, envuelto en una especie de túnica, mitad bandera argentina, mitad italiana, exhibiendo en la espalda lentejuelas multicolores que dibujaban el nombre de La Paternal. El payador Martín Gramont, también de túnica, pero de la clásica ateniense, descalzo, con su cabeza de Zeus

desmelenado y arrojando papiros, confeccionados en papel arroz, en los que ofrecía sus servicios de barrido y limpieza filosóficos-proféticos. El payador Franky Amundsen, haciendo su aparición en una *robe de chambre* fosforescente color obispo, mientras gesticulaba argumentos que se dibujaban en el aire con consistencia de vapores de limoneno, aromado el ambiente y dejando trazos visibles, fantasmagóricos y fugaces que, como surgidos de la estirpe del muralismo mexicano, desbordaban argumentos carnosos como agaves. Por último, el payador Juan Pérez, bailoteando como un púgil en el *ringside* del Luna Park, con una máscara sonriente de teatro noh y una sotana franciscana que, en la parte posterior, a la altura de los hombros y hasta casi donde la espalda pierde su buen nombre, exhibía en letra cursiva blanca sobre fondo negro, el siguiente mensaje:
«hacele comba que colea».

Fueron rodeados y vitoreados por multitudes compactas, siempre cambiantes y devotas, que los acompañaron en procesión las tres cuadras y media que había desde Gurruchaga al 400 (donde estaba el bar Izmir) hasta Acevedo al 600, lugar en el que se erguía la biblioteca mencionada, donde Leopoldo, en 1919, fue contratado como bibliotecario rentado y donde Megafón lo convidó a redimir lo redimible y desechar lo desechable, en una nueva y febril batalla: la que desvela a los hombres y que «fluctúa entre lo sublime y lo ridículo».

A estas alturas, la Biblioteca estaba hasta las verijas de concurrencia y palpitante de fervor patriótico-competitivo y a la vez fraterno. Aviones Pulqui pasaban con un silbido hidráulico o de serrucho vibrando, que dejaban en perplejidad auditiva todo el ámbito y a la vez colmaban a la multitud de holgorio y sonrisas de orgullo tecnológico. Tanto en su exterior como en su interior, que había perdido ese aire de caverna filosófica, adquiriendo el meritorio aspecto de una kermese social o bailongo de conventillo, con gente llevando, trayendo, sacando y poniendo desde una silla hasta una guirnalda, desde una cafetera de aluminio con bola de vidrio hasta un paño verde

recién planchado para la ocasión. Y el trajinar se hubiese prolongado «in eternum», si no fuera por la intervención de la voz proverbial y cuadrafónica de un armenio del barrio de Liniers, fanático del equipo de fútbol de San Lorenzo de Almagro, que a fuerza de cinchar por su escuadra «a voz en cuello» había adquirido una prolijidad modulatoria, a la vez que estridente y perturbadora, dejando en más de una oportunidad petrificados a árbitros perplejos e incontables *lineman*, que subían y bajaban banderines sin atinar a cobrar nada, aterrados por el «vibrato sostenuto» de ese vozarrón de orígenes ancestrales certificados hasta por los sumerios. Fue entonces que, al grito del armenio: «los de afuera son de palo», empezó a ordenarse el ámbito de la biblioteca propiamente dicha, rodeando con su portentosa carga de cromos, tinta y madera, una mesa cuadrada de uno veinte por uno veinte, prolijamente cubierta con un fulgurante y aromado paño verde y sus cuatro sillas aun vacías, como cuatro sitiales de madera noble y prolija esterilla de caña del Tigre en entramado francés de medio punto.

Si bien no se había previsto un árbitro (no por desinteligencias sino por la falta de cálculo en este enquilombado y festivo espontaneísmo de masas), quedó establecido por el mérito de estar a tiempo en el lugar justo, a un jailaife del Bajo Belgrano, por su inaudita presencia de ánimo y su impecable traje Príncipe de Gales, quien rápidamente dispuso a los payadores-tahúres en sus respectivos lugares, aclarándoles las reglas de la contienda al estilo de un árbitro de box. Y sin que mediaran más palabras de apertura y revoleando una moneda de dos pesos conmemorativa de Eva Perón, se decidió qué equipo barajaba en primer término. Acto seguido, se dio por comenzado el Primer Chico del Truco Final.

A partir de ese momento, el recinto de la contienda quedaba aislado. Custodiando la entrada, los hermanos Domenicone por la parte Leopoldiana y dos héroes anónimos representantes de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria o Nueva Cacodelphia. Uno de ellos con un costurón en la mejilla

 190

izquierda y con funyi marrón como en el tango de Contursi, pero del barrio de Barracas, y el otro con zapatillas de boyero y boina vasca negra calada al etilo bonaerense, que tenía dedos que parecían un racimo de butifarras catalanas y callos en la palma de la mano como para lijar mármol travertino. Dentro del recinto solo estaban los contendientes, el árbitro y los ya mencionados relatores: Ciro Rossini y un servidor.

Lo primero a destacar fue el murmullo con forma de tsunami filarmónico que se prolongó por varios minutos, cuando a través de los etéreos y estereofónicos nudos sonoros del Eco Migratorio anunció Ciro Rossini el inicio del Primer Chico con estas palabras: «¡Diavolo, sí, la contienda è iniziata!».

Y cuando a mi turno, como testigo embelesado por esta oportunidad única de un mortal en equilibrio sobre la cuerda de lo posible, quise decir unas palabras alegóricas, empezó a sonar la milonga titulada «*Un partido al truco*», de Francisco Romano y Francisco Brancatti, que salió a toda potencia por los altoparlantes del Eco Migratorio, violando el acuerdo de exclusividad: Homero-Discépolo. Aunque sin consecuencias por esta licencia poético-tanguera, debido lo oportuno de la selección musical. A continuación, siguió el tango: «*Las cuarenta*», de Roberto Grela y Francisco Gorrindo, siendo aceptado sin bronca, pues, aunque no hiciera mención al juego convocante, tenía una frase de síntesis perfecta: «toda carta tiene contra y toda contra se da». A partir de allí, solamente sonaron los clásicos oportunamente previstos en el reglamento.

Después de varios minutos de contienda y con el Primer Chico cabeza a cabeza, me tocó comentar la intervención del payador Amundsen, en la que, con tono épico y a la vez costumbrista, puso en el centro del contrapunto al Poeta Depuesto:

De Maipú a Las Armas
Leopoldo galopió entre zainos y tordillos

Enredao en guitarras y festejando un vino
Mientras retaba a la noche con un envido

Casi tropezando con las últimas estrofas, el payador Juan Pérez arremetió con unas cuartetas, que Ciro Rossini comentó diciendo: «¡No, per Bacco!» Son bravos estos bardos callejeros, arremeten con versos de sentir profundo y cosidos con el sufrido hilo de Penélope y la pasión de las náyades por un lírico naufragio «¡¡Mamma mía, quanta bellezza!!»:

De Maipú hasta Las Armas
Hay zainos y hay tordillos También
matungos de hocico oscuro Que
relinchan quiero y resoplan truco

Los cuatro payadores y combatientes del Naipe Nacional se quemaban en la ardiente orejeada de esos cartones pintados, enmascarando señas y bufando la angustia de alguna mano sin gloria. En esos momentos, apenas era perceptible el trajinar infatigable de mates, aguardientes de las cuatro latitudes de la Patria Grande, empanadas crujientes, rebosantes de grasa con destinos arteriales, churros y pastelitos de batata, tortas fritas y bizcochos de grasa, acarreados por todo el territorio de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria; solo ese deleite de fritangas y bebidas venerables lograba matizar la tensión reinante. Digo que ese atosigarse de glotonería cívica era la constancia móvil de una multitud en inmovilidad catártica, de sonoridades sordas y de policromías ciegas, expectantes del momento último del Truco Final y que sería a su vez el momento inicial de la despedida Leopoldiana.

 192

El Truco Final y la Despedida Inicial. La inmovilidad de un final construido con las partículas elementales del héroe lírico y la movilidad inicial de un poema terrestre.

Mientras tanto, todo este desajuste sincronizado arremetía en contra o a favor de una teología de sacrificadero y embarullaba el tiempo, empezando los despueses en la notoria terquedad de los ahoras, dejando a la deriva un mientras tanto que discurría entre lo ya dicho y lo nunca mencionado.

En medio de este titubeo de trajín de tristeza celebratoria en frenética quietud gastronómica y esta certeza de un movimiento roto o seriamente colapsado, un fulano, hasta ahora inadvertido, aparecía en escena en intervalos regulares y constantes. Era un flaco desgarbado y melenudo con pinta de Jipi Infra-Terrestre, al que le decían, según informaron los hermanos Domenicone, El Purificado, al parecer porque había sobrevivido a menesundas y tósigos varios, alcoholes ecuménicos y una actividad sexual libre, metódica y febril. Se dice también (ya en tono de leyenda) que El Purificado soportó los vahos de alcanfor concentrado, orines y ácidos estomacales. Sin contar los esparadrapos yodados durante toda una tarde canicular, con sus pulmones gimiendo un rock and roll frenético y otras sonoridades psicodélicas bailando por su tubo respiratorio y gástrico; tumbado sobre una astrosa cama del hospital Durand y bajo un ventilador de techo de aspas renegridas por el larvario y las cagadas de moscas, con un asma ingénito en su motor y una oscilación de Damocles sin beneficio de anécdota y aún menos de inventario.

Como decía, cada tanto pasaba con un martillo, alambres, clavos y una pinza de fuerza y corte. Al rato llegó arrastrando un pesado rollo de tela, más tarde trajo una escalera que apoyó sobre la pared del frente de la Biblioteca Popular Alberdi, junto al resto de los utensilios que ya había amontonado oportunamente. Los que deambulaban en busca de masticaciones y bebestibles fueron los informantes de los hermanos Domenicone, los que a su vez nos transmitían esas

alternativas a quienes estábamos viviendo el encierro mítico de esa contienda estratégica.

Según los relatos recogidos, apareció como surgido de una nube de olor amargo y sabor dulce, con un aire entre fantasmal y de paciente psiquiátrico, deslizándose con un andar cansino y a la vez anhelante. Hubo aglomeraciones itinerantes de curiosos que veían como un espectáculo más al mencionado Jipi Infra-Terrestre que, según consignaron luego, no dijo palabra ni emitió ningún otro sonido que el chifle de sus pulmones y el sonoro tin-tin de unas cuentas de metal multicolor con enormes medallas que le rodeaban el cuello, sin mencionar los brazaletes de cobre, pulseras de mostacillas y anillos de abalorios que adornaban la superficie epidérmica visible, además de unos tatuajes con dragones y pájaros de fuego. Una vez que pareció haber terminado de traer todo lo que quería traer y con el mismo mutismo imperturbable, se sentó en la vereda, apoyando contra la pared su espalda larga y espinuda bajo el ventanal, adoptando una postura de buda y con la mirada en beatitud de santo o en tránsito de serlo que no coincidía con la tensión de su mandíbula ni con el intermitente y constante temblor de su pera y párpados.

De La Paternal vengo desde
galaxias sin tiempo entre
dioses tuertos y rengos y con
esta flor por abolengo

«¡Santa Madonna! El payador Martín Gramont *«è un antico trovatore»* pagano, sus estrofas son una invitación lírica, un desafío dionisíaco al plexo poético», dijo Ciro Rossini salpicando el micrófono de saliva y emanaciones de ajo colorado de Mendoza, con voz temblorosa y emoción sincera, mientras

miraba como poseso un punto imaginario en los vitrales del salón.

Mi origen es itálico
La Paternal, mi escudo
Y como de galaxias no entiendo
A flor quiero y al truco no arrugo

El bravo payador Tissone arremete sin excesos ni rimbombancias, pero con precisión de navaja tripera y ardor de facón criollo, poniendo las patas sobre el imaginario fango del campo de batalla y mirando con recelo como jinete en campo ajeno. Me despaché con el comentario precedente, improvisando un falsete agudo de relato futbolístico, agitando la mano derecha como cortando el aire a hachazos o como revoleando el rebenque al galope de un azulejo sudado.

Ciro Rossini y yo sudábamos la gota gorda. Manteníamos un encierro deliberado para asegurarnos el silencio necesario en defensa de la concentración requerida, para acompañar una de las Batallas meta-marechalianas que no tendrán emulación o sucedáneos de semejante envergadura, no solo en la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria sino en todas las otras realidades de la Argentina Simbólica Posible. Como decía, no permitíamos intromisiones, salvo a los autorizados informantes que nos traían novedades del exterior, sobresaliendo entre las noticias más jugosas la actividad del ya mencionado como El Purificado, que permanecía sentado con rigidez de estatua sedente. También pusimos atención a las noticias nacidas de un grupo de ortodoxos católicos que perseguían a Nebiros y Cantabel para exorcizarlos, mientras Gog y Magog mantenían un quilombo conceptual de proporciones límbicas sobre el origen del hombre y el carácter entrópico del peronismo.

 195

Por otra parte, todos estaban expectantes de las alternativas de la contienda del Naipe Nacional que ya había entrado en la mitad del Segundo Chico, dibujando un futuro empate con el Primero, lo cual nos llevaba indefectiblemente a El Bueno, aumentando la tensión y las cantidades de sustentos sólidos y líquidos que ya no guardaban relación ni equilibrio entre la ginebra, mate y vino tinto, ni las tortas fritas, empanadas y pastelitos de dulce de batata.

Más triste que uruguayo contento
Y más contento que cubano triste
Lo estuve esperando hace rato
Para cantarle un sonoro a flor quiero
Y también revirarle un vale cuatro

El payador Amundsen arremetió con picardía, provocando a los hermanos yorugas en su circunspecta prosapia charrúa y a los cubanos por su exultante pachanga caribe, cerrando con un giro tradicional y un revire inesperado que dejó allanado el camino para el tercer round sobre el paño verde: El Bueno. Atiné a decir, casi mecánicamente, mientras uno de los husmeadores autorizados me comunicaba que un manifestante, conocido como el Petiso Rufino, fundidor de Villa Fiorito y oriundo de Trenque Lauquen, vociferaba y repartía volantes sin solución de continuidad, acorazado en una voluntad sanmartiniana y una constancia de resero empinando una loma, con la siguiente monserga: ¡el Perito Moreno, el General Roca y el Presidente Avellaneda (y no sé dónde se me quedó Sarmiento) figuran en las gloriosas páginas de la historia como verdaderos patriotas y fueron unos recalcitrantes hijos de puta. Entre los tres (el cuarto se me escapó con una maestra yanqui) masacraron indios a fuego y macanas. Los encarcelaron, esclavizaron y sometieron a servidumbre. ¡Los momificaron,

exhibieron fotos vergonzantes para luego poner en vitrinas sus esqueletos como curiosidad zoológica en el Museo de La Plata! Calmé al husmeador autorizado, que no cabía en su exaltación patriótica ni en su curiosidad por el ámbito de la Batalla del Naipe Nacional, motivo por el cual (el de contener la ansiedad del husmeador patriótico autorizado) me perdí el inicio de El Bueno, al que Ciro Rossini dio apertura diciendo, casi en un sollozo: *«¿¡Per Bacco! questo è un concorso di lirica e non un gioco di carte!?»*.

Promediando El Bueno, salí un rato a la vereda intentando aflojar tensiones y respirar un sano aire cargado de hidrocarburos, hierbas de sanación y humaredas de fritanga, intentando compensar el enrarecido aire a ajos machacados que exudaba Ciro Rossini por todos sus poros, incluido su letal aliento y su meteorismo de retreta festiva. Mientras encendía mi pipa recta de raíz de brezo, descubrí el cuerpo casi inmaterial del Jipi Infra-Terrestre que seguía en la posición que ya sabemos y con la mirada en el mismo punto nirvánico. Me acerqué, y apoyando una mano en su hombro derecho le pregunté si estaba bien, obteniendo por respuesta: «bien, hermano, rascando la ambigüedad de mi existencia y acariciando la cáscara del huevo universal, soy un punto en la escritura divina y una coma en el relato terrestre». Dijo esto sin cambiar de postura ni de mirada, salvo por el breve soslayo que echó sobre el rollo de tela, la escalera y las pocas herramientas que guardaban cierta contradicción con sus dedos de yemas pulidas para cuerdas o para acariciar objetos de escasa materia. Debo agregar que su voz era de una fluctuación ronca y casi inaudible, que a la vez reconfortaba y ponía en desvelo la curiosidad íntima del alma y la membrana timpánica. En eso estaba cuando, a través del Eco Migratorio de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria, escucho que estamos a tres puntos justos y parejos para la definición de El Bueno. Casi tartamudeando y con voz urgente relató Ciro Rossini el nuevo convite del payador Tissone, diciendo: "desde la íngrima libertad de los poetas ha venido a con sus rimas «*il trovatore* de La Paternal»":

La Terca Mula de la Memoria
Es un animal de ancas filosóficas
Que puede arrastrar ilusiones y quimeras
O venir aromada con esta esta flor callejera

A estas alturas se había instalado un murmullo unánime en el Eco Migratorio de la Real Realidad de la Terca Mula de la Memoria, en un crescendo suave e insistente. Un moderato sostenido y tremolante que solo fue interrumpido cuando el payador Juan Pérez gritó como soltando la voz de mil potros espantados:

Esta partida está escrita Por el
coraje de los nuestros Ansina
pues que ponga atención
Y no afloje, aunque lo hayan depuesto
Porque nos hemos reunido pa' gritar:
¡CONTRAOLVIDO AL RESTO!

Fue la primera vez que hubo un mutismo total y asfixiante, como si en una grieta hubiera caído la sonoridad del universo. Silencio punzante como de mil batallas concluidas. Silencio como de sombras nocturnas huyendo de un amanecer de cegueras rojas. Silencio de responsos y de victoriosos silencios de lo recóndito.

Y eran tantas lágrimas que, si todos los ojos pudieran verse entre todos los ojos existentes, hubieran visto cada uno que todos eran la mismidad del otro en un mar de congojas y festejos.

Una vez roto este paréntesis de congoja, mutismo, resonancia y lágrimas, un murmullo comenzó a tomar una forma de canto coral de tango sinfónico, mezclando momentos de chacarera santiagueña y litoraleñas de rasguido doble, donde el nombre de nuestro poeta regía el destino de acordes y melodías de nuestras entrañas, entre vidalitas, milongas sureras y chamamés cargados de policromía de acordeones y sapucay que desbarataban hasta la pulpa del tímpano y la estabilidad eléctrica de las neuronas.

Fue entre ese final de silencio consagratorio y el inicio de los cantares laudatorios cuando la multitud puso en andas a los cuatro payadores y combatientes del Naipe Nacional, transportándolos entre vítores y sacudidas por el aire, rumbo a donde estaba el que ya moría tendido como cualquier hombre tendido que va morir.

Y todo hubiera seguido sin tiempo ni destino, si no fuera que el payador Gramont dijo en un grito: "¡¡Paren, che, y miren a ver si ven lo que yo veo!!", señalando hacia la puerta de la Biblioteca Popular Alberdi, al tiempo que hacía advertir a la multitud que el Jipi Infra-Terrestre, vanguardista clásico y joven soldado en éxtasis combatiente, subido a la escalera desplegaba de vereda a vereda el histórico cartel que decía:

EL POETA DEPUESTO VA A VOLVER CUANDO
SE LE CANTEN LAS PELOTAS

Al ver esto, Ciro Rossini, con las manos entrelazadas, transformadas en un solo puño que subía y bajaba desde su otoñal frente hasta su prominente abdomen de tenor dedicado a cocinar a las brasas y con voz casi inaudible, dijo: «*Giovinezza! Giovinezza!*».

Y así fue que Leopoldo, tendido como cualquier hombre tendido que va a morir, contempló su atadura astral en lo

terrestre con la metafísica carnal en lo eterno y experimentó lo inmaterial y etéreo con lo material y rudimentario de su cuerpo yaciente.

Y como asistiendo a una metáfora histórica de su saga patriótica, vio llegar a un guerrero justo y puro (como aquel hijo de Neleo y Cloris) junto a un pueblo que recuperaba sus rescoldos de antaño y sus fuegos pretéritos.

Puedo asegurar que mientras desandaba ese tiempo oblicuo y este espacio de torrencialidad eterna, conjugó en su Cuaderno de Tapas Azules un verbo ignorado por el resto de los mortales, en un idioma de complejidad mínima donde aseguraba lo siguiente: "…debo decir que la arquitectura del Gran Albañil sufre de chapucería pagana y que la obra inconclusa de su Media Cuchara, hecho a su imagen y semejanza, dejó torcidas las paredes del alma humana porque usó el piolín sin plomada y el nivel sin agua".

*Colofón a cuatro voces

Barrantes y Barroso, ya presentados en el exordio y asomados cada tanto al escarpado umbral de este escrito, insistieron en lo necesario y oportuno de un epílogo que redondeara conceptos y aclarara algunas oscuridades del presente texto con ambiciones literarias, según las fieles palabras de los eruditos supraliterarios.

Después de una breve pero ardua discusión, convinimos en la construcción de un Dueto del Colofón, instante en el cual el dueto Barrantes-Barroso me solicitó hacer un Colofón a Cuatro Voces; incluyendo en él a Gog y Magog (tan infraseres y supraliterarios y tan Marechalianos como ellos), los cuales también han discurrido brevemente en algunas páginas de la presente obra.

Al principio me pareció una desmesura de fibrilaciones dialécticas y polémicas beligerancias. Un desbarajuste metafísico y una imposibilidad práctica llevar a cabo un conjuro de personajes tan rimbombantes, sin contar con la desconfianza en mi propio equilibrio psíquico y emocional, el cual poco a poco fue cediendo hasta lograr el desequilibrio natural de mis emociones psíquicas. Esto fue el resultado de abundantes argumentaciones (de los cuatro, pues ya se habían incorporado a la evaluación del meneado colofón Gog y Magog, invocados no por mí, sino por sus otras dos esencias solidarias) y por las también no menos abundantes botellas de caña quemada Legui e inciensos de combustión barata y aromas de portentos, todo lo cual nos condujo a la barranca precaria de lo posible por el tobogán erudito de las doctas presencias visibles e inmateriales. Así que, cuesta abajo (Gardel y Le Pera), nos abrazáramos en señal de haber logrado un acuerdo sin restricciones, censuras o condiciones previas, a no ser la inquebrantable autenticidad alegórica, académica y sardónica de los colofoniantes.

Lo que sigue es trascripción fiel de la cinta magnetofónica encontrada dentro del buzón postal emplazado en el cruce de la Avenida Canning (ya la vamos a cambiar por Scalabrini Ortiz y le vamos a levantar un monumento a Don Osvaldo Pugliese, me interrumpió Barrantes) y la Avenida Corrientes, asegurado con cadenas unidas por un candado del siglo XIX, sobreviviente y herrumbrado hasta su dolor ferroso pero de impecable funcionamiento y recuperado del caserón del Oscuro de Flores. No hace falta aclarar lo innecesario de toda esta operación de ribetes de cine mudo y sainete clásico rioplatense, pues las cintas en cuestión, la cadena y el candado fueron colocados el día anterior por los mismísimos cuatro insurrectos del imaginario Marechaliano. Como siempre, la complejidad alegórica y el escándalo onírico fueron y serán el sello de nuestros mártires infra-ultra-literarios.

Continuando con el momento de recuperación de las cintas magnetofónicas: hubo que untar con sólidos argumentos de a mil a la policía hasta convencerlos de que no se trataba de un atentado a la propiedad del estado ni una astucia de boicot de empresas privadas a la mensajería pública, sino, apenas y solamente, una extravagancia típica e inofensiva de unos clowns en camiseta, extraviados de su troupe trashumante, acompañados por dos filósofos superrealistas en su versión de alter ego estereofónico, vestidos con idénticos trajes con chaleco y pantalones de botamanga con ruedo plisé. Después de argumentar y untar a los uniformados y comprobar que el noble mecanismo del candado había finalmente colapsado, siendo tan inútil la llave con muestras de carcoma verdosa y la retahíla de improperios en arameo y tehuelche que, con estridencia en la voz y el cogote colorado, proferían los cuatro en alternancia de coro de Orfeón en contrapunto y sin equilibrio armónico ni pausas respiratorias, finalmente se aprobó el uso de una pinza corta-candados de cuarenta y cinco centímetros de largo y filosas paletas para liberar las cadenas y posteriormente abrir la ya indefensa puerta del buzón, rescatando las dos cintas magnetofónicas del referido colofón a cuatro voces.

 202

A continuación, expongo y me expongo a las transcripciones correspondientes:

—¿Me equivoco, padre, o ahora se nos convoca a digerir los resultados de este engendro de haraganerías literarias y pretensiones poéticas? —inquirió Barroso con voz de salmodiante húngaro y mirada de grumete nórdico clavada en Barrantes.

—El pomposo upite de un gato al caminar con su cola erecta no desmerece su ferocidad innata. Ni hay que esperar que un chancho vuele bajito como el carancho para comprender las coordenadas del emisor o las urticarias de la hermenéutica en la misión última del discurso literario. O sea, chango: al pato se lo conoce por la cagada y en eso consiste nuestro trabajo: evaluar el detritus creativo para ver si corresponde a un emisor en éxtasis, a un simple redactor de actas societarias o a una incontinencia en letras de molde del Barroso básico y material —respondió Barrantes en un alarde de zoología filosófica o filosofía zoológica, destilando (según comentarios anexos al final de la presente cinta) unas vaharadas a caña que volteaban.

—Mi noción de la incumbencia y mi relación con lo inverosímil me hace suponer que esta invitación a la decodificación del berenjenal ecuménico en el que incurre el Barroso terrenal, más que un desafío, es una turbulencia intelectual repentina que terminará, según mis cálculos, en ventosidades de escaso valor filosófico y exuberante lamentación elegíaca —intervino Gog, como despuntando una introducción al debate colofónico.

—Esta invitación a la que hace referencia Gog —arremete Magog con tono académico y boca pintada (descripción hecha por Gog interrumpiendo la grabación) a lo «pagliaccio veneziano», es como hacer un viaje al tártaro con un Lunanco azulejo al trote, sin estribos y al grito de: «¡mamá, haceme grande que zonzo me hago solo!». Quiero decir y digo, señores, que el que yo me sé, ha escrito el resultado de su malambo interior en contrapunto con su minué de gesticulación externa, que él se atreve a llamar novela,

sin darle las gracias a Cortázar por haber escrito Rayuela y dejarle allanado el camino a la innovación del género o de generar una innovación en el camino del retruécano narrativo. De todos modos, invito a indagar mejor el mamotreto del Poeta Pretencioso, no sea cosa que me pase como aquel que escupió (que no fue Apolo, por cierto) en la boca de Casandra y como resultado solo logró una patada en el bajo vientre (después de habérsela vaticinado insistentemente), en manifiesto desafío a los dioses y al chueco García.

—Si alguien debiera guardar silencio que calle ahora o que grite para siempre —arremetió un Barroso frenético y despistado—, que en la nómina de los arrepentidos estaré buscándome cuando logre descifrar si mi espejo terrenal merece ser mi homónimo homínido, no sin antes indagar si el Poeta Pretencioso merece balbucear siquiera sobre el Poeta Depuesto sin incurrir en inevitables y debilitadas cataplasmas literarias. Sea dicho esto que estoy diciendo con la mayor desorientación posible, pero con el mayor apego a la crítica doctrinal y a la malicia de una lectura oblicua.

—¡Bien dicho, pichón! —intervino entre lágrimas un Barrantes orgulloso—. Hay que devanar la duda de este piolín de retóricas líricas y retorcer sus hebras estéticas, ¿acaso la conciencia obstétrica de los filósofos no da nacimiento a criaturas existencialmente cartesianas y/o solipsistas? ¿O me van a decir que la duda es un ombligo que nace muy campante atado al cordón de los hombres y que madura con el tiempo hasta caerse como una fruta que ha de podrirse si no se recoge a tiempo? ¡Si vamos a sacar conclusiones, que sea raspando el fondo de la olla de este puchero que el Poeta Pretencioso nos preparó con el caracú de sus desvelos!

—El dulzor de una fruta no viene necesariamente desde el tallo, a veces una oscura y amarga raíz se vuelve luminosa y dulce en su follaje —reflexionó un Magog atribulado en su ropaje de funebrero inglés y su sombrero de color rojo con una margarita blanca volcada a su diestra (según consta en descripciones

 204

enumeradas al final de la grabación)— porque de la botánica —continuó ya con el sombrero en la mano— a la filosofía del lenguaje hay apenas una semilla sembrada y un pensamiento enterrado. Por eso insistiré en lo fundamental: la utilidad terrestre de los relojes es la agonía cotidiana del alma, por lo tanto, no dejaré que lo utilitario de la crítica condicione el tic-tac de la sustancia emocional que destila la obra…

— ¡Ay, tata! ¡Hace años que vengo pidiendo turno para mártir, pero la hoguera la están mereciendo otros que reflexionan con la enjundia en cueros! —murmuró al oído de Barrantes un Barroso con intenciones de polemizar con golpes bajos y adjetivos altos.

—Cachorro, cuando al marinero le dan de beber, o está jodido o lo han de joder, por lo tanto, no bebas de esa retórica embriagante ni pruebes los brebajes de las brevas inmaduras del lenguaje. ¡A orar y a enmudecer hasta la hora del pastel!

—¡Oh, Padre! «Le bacio la mano, a buon intenditor poche parole: ride bene chi ride ultimo…».

—Pichón —interrumpió Barrantes a un Barroso macarrónico—, creo que te estás excediendo en la liturgia «in testa» del refranero y abusando del sentido común sin barreras lingüísticas, abundando hasta dañarte y sin beneficio de inventario ni herencia que lo permita. Por lo tanto, querubín, escuchemos la cantinela de Magog sin provocativos cuchicheos marginales.

—… y si el mundo es una lógica de otra galaxia y un ensayo infinito de la Obra Inconclusa, bien podemos considerar estos escritos como una novela. Es más —continuaba parsimonioso y profético Magog—, podríamos considerar este colofón como una empresa de re-rescate y puesta en valor de los sedimentos simbólicos nativos en clave de escritura elegíaca e invocaciones panegíricas, sin olvidar sus rudimentos oníricos. Este pastiche (me refiero al escrito del Poeta Pretencioso) ingerido con dosis de prudencia histórica y melancolía sociológica puede tener la

 205

eficacia de un homenaje y la virtud de una purificación patriótica. Finalmente, creo que, a la hora de una evaluación, el resultado será sino favorable al menos de beneplácito por el esfuerzo neo-revisionista-clásico-apodíctico sobre nuestro Poeta Depuesto. Destacando algunas congruencias básicas y varios desatinos metafóricos, computados como aciertos poéticos de un ateo que apenas si ve en el Cristo a un hombre crucificado.

—A riesgo de que me acusen de simbolismos digestivos, debo decir —dice Gog— que en un eructo de erudición he regurgitado algún acre clasicismo, además he constatado con angurria de huérfano, que extraerle el jugo a este balurdo en capítulos y sin atragantarse con masticaciones líricas pueden saciar sus intenciones de ragú lingüístico. Inclusive, podemos ofrecer, de tanto pelar la fruta del texto, el carozo creativo del contexto y hasta la semilla de la inspiración. Finalmente, asevero —aseveró Gog— que mi olfato circense, puesto a prueba como resuello de mancarrón, reconoce la estructura de un malabarista, el estilo de un volantinero en bicicleta y la poética del payaso triste aturdido por cabriolas de enanos y efusivas ecuyeres en paños menores.

—Padre, si un otro Barroso provoca una contienda de barrunto épico y deja a la intemperie sus bondades pastorales, ¿debo interpretarlo como un convite fraterno de parentela metafísica o tendría que pergeñar un suicidio tipográfico sobre este manuscrito hasta ahora inédito? —moqueaba un Barroso desconsolado de interrogantes.

—¡Ay, purrete! No hagas un drama de lo que es apenas una tragedia, de la que, sin beneficio histórico-dialéctico, se reirá todo el mundo. Gog exagera y busca centimetraje colofónico, en tanto Magog tantea el ocaso culto de las tertulias martinfierristas, mientras clava guampas en la ignara llanura de un sociólogo burgués del medio pelo progresista. Así que remojá tus desasosiegos en las aguas tranquilas del charco literario y pintá tu aldea que, sin dudas, pintarás el universo, o al menos

 206

salpicarás los muros de tus deseos y, de paso, las veredas de tus barriadas interiores.

—Me dejo llevar, padre, por sentimientos heterónomos, surgidos de mi escasa solvencia en la cuerda esencial que vibra en el texto del Poeta Pretencioso, la cual está más allá de las empedradas buenas intenciones por las que se llega al infierno discursivo, ya sea por el camino del Eterno Parrillero de Almas o por un mínimo atajo literario y sus rescoldos estéticos. De resultas, tata, que cuando más niebla hay en el camino la claridad me ciega menos, como las verdades que en el texto me sugieren mentiras y misterios —respondió Barroso como tropezando con su propia lengua en medio de una apnea que lo dejaba lívido y acuoso.

—No estamos aquí para que nos tomen para el churrete —exclamó Gog, rojo de ira y mosto sanjuanino—. Nuestra empresa colofónica tiene aliento de animal casero, pero usa afeites de colombina. Por lo tanto, como profesional de todo lo quimérico e inverosímil, dejo sentado aquí que tanto el maese Magog como yo alentamos la lectura de esta catarsis patriótico-memoriosa, aunque a veces desatine en dudosos personajes y redondee en abstracciones proselitistas las alegorías de la Patria de los argentinos. Además, es sabido y resabido que los templos han sido erigidos para no dejar a la intemperie a los dioses, obviamente esto redunda en beneficio de acólitos y sacerdotes que tendrán algo más que la fe sobre sus cabezas.

—Bien dice Gog —interrumpió un Magog displicente con las manos encajadas en el bolsillo del saco de su pijama a rayas—, nuestro humilde aporte concluye en una recomendación en forma de atril: no hay que desperdiciar papel para que la tinta hecha letra y la letra hecha mensaje inicie su cabalgadura de imaginarios y realidades crudas. Asimismo, invitamos a que sea de lectura obligada el texto aludido, tanto a la hora del insomnio y los desvelos procelosos como en los prolongados retiros espirituales y de los otros; incluyendo enfáticamente, aunque más no sea, dedicar un vistazo perentorio en la ociosidad de los

 207

escusados o en cualquier otra situación de indolencia u urgencia controlada. Digo —dijo Magog— que, al menos, a fin de que tanto esfuerzo no quede sin tino ni destino, podemos recomendar su lectura, ya que nadie modificará al hacerlo sus tulliduras intelectuales.

—En cualquier caso, me animo a aseverar que la verosimilitud de lo abstracto y la abstracción de lo verosímil someterá nuestra evaluación «ad finem», sin dejarnos fatigar por la humareda patriótica y el limbo paródico de nuestro Poeta Pretencioso —intervino Barrantes mientras miraba entrar a la cinta magnetofónica en su recta final—. Debiéramos, entonces —prosiguió reflexivo Barrantes—, justipreciar el hecho, nada menor, de que el Barroso carnal nos invocó en la plenitud obrante de su desquicio creativo y que nos dio un lugar en la privilegiada resurrección por la palabra como un sanador lírico de personajes olvidados. Su admiración y deslumbre por el Poeta Depuesto lo llevó a garabatear una historia amarrada al último día de Leopoldo y al primero de su inmortalidad Marechaldiana, Marechaliana. Y lo hizo hostigando estructuras, mancillando estilos y provocando derrumbes sintácticos que serán puestos a prueba en la maquinaria lectora, tanto la del pueblo numeral como del esencial. También será diseccionado por los cirujanos de la pepita simbólica y de la crítica docta, tanto de la empingorotada como de la mistonga. Y en ese cautiverio de palabras y desasosiego de símbolos, este homenajeante módico de bigotes torvos y prominente napia, arrancado de su clínica diletancia cotidiana, nos ha resucitado a nosotros en esencia poética y consistencia onírica. ¡Henos aquí, compañeros, tan campantes en nuestra resucitación por el bajo fondo de la égloga, con un tratamiento de casi héroes en vacaciones o consumados traidores vocacionales, vestidos con desnudez emblemática y con la emperifollada desvergüenza de un operador financiero!

—Me atrevo a predecir el final de nuestro colofón, no por nigromancias de las que carezco ni por académicas conclusiones, que si bien no carezco de ellas no las encuentro. En fin, creo

tener más del carácter caótico-alegórico que de la virtud académica. Lo que digo, lo digo, que por el relojeo que hace sobre el grabador nuestro colofoniante Barrantes, y mi reciente comprobación empírica del visible agotamiento de la cinta magnetofónica —sentenció casi sin aliento un Magog que miraba turbiamente a un Barrantes en retirada—, simplemente y con urgencia debo rendirme ante la ineludible necesidad de exponer, aunque abruptamente, una conclusión oportuna: esta cuestión de hacer homenajes en letra de molde y evocar personajes de otros con demagogia protectora y edulcoradas semblanzas. Solo servirá para reblandecer a lectores iniciados y desprevenidos novatos en rascar la calvicie de escrituras pilosas.

—Creo que el maese ha hablado por ambos —intervino Gog, con voz de caverna y mirada de tahúr del Mercado del Abasto—, y si quieren cerrar en premeditada alabanza este colofón sin virtudes proletarias, os diré en la cara lo que otros callan: la poesía puede resultar más pesada que un submarino a remos y sus virtudes, pueden ser más duras que gato de yeso.

—Padre —sollozó Barroso—, si estamos llegando al final colófonico atravesados por una recomendación profética (la suya de sublime verba tata) y un desplante de trashumantes de avería, tanto la de estos dos monigotes de parla artera como yo, que he tenido antaño exabruptos y fugaces felonías…, digo que, si estamos arribando al desembarco, me ubico sin temor y sin valijas en la puerta de salida. Digo, y vuelvo a decir, que me ubico en esta perentoria jornada bailoteando en un equilibrio de inestabilidad bíblica, porque estas conclusiones tanto nos deparan un tsunami punitivo como una Arca salvadora, el holgorio de la carne en Sodoma o niños muertos en Gomorra. Entonces, me enfundo en la armadura sutil de mi alma guerrera y pongo a prueba las probas y rústicas macanas del texto en cuestión, hasta encontrar la aguja en ese pajar metafórico y la punta de la madeja en ese bollo de hebras alegóricas. Ya que solo se trata de un enjundioso legajo poético, perpetrado con alevosía, pero con atenuantes de emotivas intenciones por un

argentino serial que ha dejado en la gayola lírica hasta mi nombre y su prosapia.

—¡Hijo e' tigre! —profirió a voz en cuello un Barrantes pletórico de satisfacción y arrogancia—. Si lo apuran afirma las patas en tierra a la manera surera y facón en mano se enfrenta sin enmiendas como el negro de Martín Fierro o los matarifes de Avellaneda. Y no pregunta cuántos son o si tienen buen aliento, porque es más corajudo que Leónidas en las Termopilas y más porfiado que gallo comiendo tripa —terminó sentenciando en el mismo tono mientras apagaba el grabador y ponía las cintas en un sobre de papel de estraza.

* (Se reitera lo expuesto en el Exordio con el agregado de los otros dos por mí conjurados, a saber: Gog y Magog).

 210

GLOSARIO

¡Andá a cantar al Colón!: Expresión muy propia de los argentinos, y particularmente de los porteños, que se usa para descalificar a alguien invitándolo a que vaya con sus problemas a otra parte.

Abacanado/da: Lunfardo. Presuntuoso.

A gatas: Lunfardo. Criollismo, A duras penas, apenas:

Aluvión zoológico: Término discriminatorio que fue utilizado para definir a los simpatizantes del peronismo en la Argentina.

Ansina es: Criollismo por: de esta manera, así es. Alvearista:

Partidario de Marcelo T. de Alvear. Amueblada/do:

Lunfardo. Hotel que alquila habitaciones
por horas a parejas para mantener relaciones sexuales.

Balurdo: Lunfardo. Mentira, embrollo, engañar, cosa complicada.

Bartolero: Lunfardo. Desordenado, negligente.

Berretín: Lunfardo. Capricho, ilusión.

Bigotea: Lunfardo. Cosa gastada que muestra sus hilachas.

Biorse: Lunfardo. Excusado, baño, sanitarios.

Cachuzo/za: Lunfardo. Algo viejo, deteriorado, de muchos años, a mal traer.

Cafishio: Lunfardo. Hombre que vive de lo que ganan las prostitutas que él protege o controla.

Cirulaxia: Laxante de ciruelas, antiguamente se utilizaba para purgarse y pasar de una estación a otra con ese proceso de desintoxicación.

Codeguin/es: Lunfardo. Tipo de embutido fresco.

Caño/Caños: Lunfardo. Artefacto explosivo casero. Arma de fuego, revólver.

¡Caracho!: Lunfardo. Expresión de contrariedad, eufemismo por Carajo.., ¡caray!

Chamamé: El chamamé es una manifestación cultural que comprende un estilo de música y danza propios de la provincia de Corrientes y nordeste argentino. / Chamamé maceta: de pulso y ritmo más vivos.

Croto: Lunfardo. Vago, linyera, libertario.

Cualunque: Lunfardo.De mala calidad. Cualquiera, indistinto.

Chicato/a: Lunfardo.Corto de vista.

Chichipío: Lunfardo. Ingenuo, bobo.

Choriciantes: Neologismo. Comedores de chorizos.

Darle de puntín: Popular. Fútbol. Pegarle a la pelota con la punta del botín.

De bute: Lunfardo. Que algo vale mucho, es excelente, de gran calidad y/o valor.

Discepoliano: Partidario de Enrique Santos Discépolo "Mordisquito".

Doke: Lunfardo. Por Dock Sud, ciudad del partido de Avellaneda en la provincia de Buenos Aires, Argentina.

Engayolado: Lunfardo. Estar preso. Estar enamorado.

Enquilombado: Lunfardo. Desordenado, confuso, enredado.

El que te jedi: Lunfardo. Por: el que te dije, al revés al vésre.

Escruchantes: Lunfardo. Delincuentes.

Espamentoso/ Espamento: Lunfardo. Hacer alarde, exagerar.

Fiaca: Lunfardo. Desgano, pereza.

Fratacho: Lunfardo. Tabla lisa de madera que tiene un asa en uno de sus lados y se utiliza en albañilería para alisar el revoque de las paredes. Manosear, acariciar sexualmente con fines de excitación// excitación sexual sin llegar al coito.

Fuentón: Argentinismo Recipiente tratado en baño de zinc usado para lavar la ropa. Palangana.

Funyi: Lunfardo. Sombrero.

Galopiar/ Galopiando: Criollismo por galopar/galopando.

Garca: Lunfardo. Oligarca, traidor, estafador.

Golpe de furca: Tomar a una persona por el cuello, con el brazo y desde atrás, para inmovilizarla.

Gorilón/Gorila: En política. Antiperonista acérrimo, fascista, derechista.

Gotán: Lunfardo. Tango al revés o vésre.

Grasas: Lunfardo Originariamente de la jerga política (1945), aludía a los simpatizantes peronistas, quienes lo hicieron propio autodenominándose de esa manera con orgullo. Actualmente designa a la persona de conducta o hábitos considerados poco refinados, populares, masivos o comerciales. Sin: mersa, grasún, etc.

Hacele comba que colea: Frase usada cuando un barrilete fustiga oscilante y que, moviendo el hilo en comba, se estabiliza.

Jailaife: Lunfardo. Del inglés *high life*. Persona de la alta sociedad.

Lavalludos: Partidarios del Gral. Juan Lavalle.

Los cortos: Referencia abreviada por: pantalones cortos.

Lunfanía: Lunfardo. La musa lunfa, de la familia del lunfardo.

Maldón: Lance del juego de cartas de Truco. El que recibe, por ejemplo, tres cuatros, canta “maldón” (si está acordado antes

 213

del comienzo de la partida) y le serán cambiadas por otras del mazo a juego cerrado.

Mancarrón: Criollismo. Caballo viejo, lento o inservible, de mala traza.

Martinfierrista: Movimiento vanguardista y literario (1924), de los más importantes de la Argentina.

Me cacho en Dié: Popular antiguo. Insulto o blasfemia morigerado por "me cago en Dios".

Menesunda/s: Lunfardo. Sustancia narcótica.

Mistonga/go: Lunfardo. Cosa que tiene poco valor, persona que es muy pobre.

Orejear: En el juego de cartas, fundamentalmente el Truco: ir descubriendo una a una, lentamente, las cartas que tocaron en suerte.

Orsai: Lunfardo. Del inglés *off side*. En el fútbol: aquel jugador que se encuentra en posición adelantada.

Peroncho: Lunfardo. Alude despectivamente a quien se identifica con el peronismo.

Piletones: Construcciones de concreto para lavar la ropa.

Pituco/ca: Persona que ostentosamente pertenece o simula pertenecer a una clase social pudiente.

Pulqui: Fue un avión a reacción diseñado en Argentina por el Instituto Aerotécnico y construido en la Fábrica Militar de Aviones, entre 1950 y 1959. Flecha, en lengua araucana.

Puntín: En el fútbol: golpe dado a la pelota con la punta del botín.

Purretada: Lunfardo. Chiquillada, reunión de chicos.

Putear/putiar /putiada: Lunfardo. Insultar mentando a la madre.

Putrifango: Neocriollo. Lenguaje creado por Xul Solar.

Rantería: Lunfardo. Indigencia.

Relojeaba/relojear/relojeo: Lunfardo. Observando por rabillo del ojo, vigilando con disimulo.

Sapucai o sapucay: En guaraní sapukái. Hace referencia al grito característico del chamamé.

Sarmientudos: Partidarios de Domingo F. Sarmiento.

Tanguedia: Neologismo. Tragedia de tango.

Troesma: Lunfardo. Maestro al revés o vésre.

Un Ñato: Tipo/persona innominada.

Yotivenco: Lunfardo. Conventillo al revés o vésre: casa grande y antigua, con varias habitaciones o viviendas, donde viven numerosas personas de escasos recursos económicos.

Índice



CARA AL VIENTO
COMO UN LEÓN
se terminó de maquetar
una tarde fresca y arrebolada
del invierno del año 2020.

Tres miradas, tres amigas

Nan, mayo 2017

Has hecho un ejercicio de estilo descomunal a la medida del objeto de tu homenaje (o tu "chupada de medias" como me dijiste el domingo), sin "mancillar su estilo" ni mucho menos. Lo que muestra un conocimiento profundo de la obra marechaliana, marechaldiana o marechalina, y también un envidiable manejo del lenguaje en general y el poético en especial. Se diría que te propusiste "escribir con todo el idioma", algo que según decía hubiese querido lograr Bioy.

No soy ninguna iniciada en la obra de Marechal y con este texto me iluminaste lo esencial de su literatura y de su biografía. Impresionante cómo vas revelando ambas cosas, vida y obra de Leopoldo, al tiempo que contás la historia del país, del peronismo, con metáforas y parábolas perfectamente reconocibles (para los "argentinos seriales"; de los otros no tengo idea).

Cómo pintás –literalmente– aquella Buenos Aires, con puntillosidad (estoy consciente de la expresión borgiana) de enamorado. El rescate obsesivo del refranero porteño y campestre (no pongo campero para que no rime con refranero), desde el exordio hasta el colofón a cuatro voces, pasando por la celebración nacional y popular y ese truco infinitamente más leonardofaviano que bergmaniano, con el cual me hiciste reír mucho.

Cómo reflexionás sobre la literatura misma y la erudición con la que, concordando con Barrantes, "remojás tus desasosiegos en las aguas tranquilas del charco literario y pintás tu aldea, sin dudas pintando el universo, salpicás los muros de tus deseos y de paso las veredas del barrio de tus adentros" ....

Kuky, junio 2020

...Leí con parsimonia, recordando un Seminario sobre Marechal en el que aprendí que no hay escritos complicados de leer, sino la amorosa voluntad lectora de encontrarse con los autores.

Me dejó muchísimas sensaciones: tu profundo conocimiento de Marechal, que más allá de un acto intelectual trasmite amor, ¿admiración?; por momentos pasión, ¿bronca? Y para mí como lectora fue encontrar la inevitable mediación para encontrar en tu lectura un comprender-nos como gente de un tiempo y un territorio (habitado, si me permitís, por el Poeta maldito que fue, pero sin soberbia, eso sí).

Cuando necesité retroceder en el texto para avanzar en la lectura, pensaba en cuánto, cuantísimo trabajo tuyo trasunta el escrito....

Nora, junio 2020

...Es muy placentero leerla, se hace necesario un entrenamiento Marechaldiano que hace mucho no tengo. Pero una vez incorporado no podés dejar de avanzar...


ISBN 978-987-8313-71-9